Sophie Saint Rose



Un baile especial 2

Un baile especial 2

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo

Capítulo 1

Anne salió del coche mostrando su vestido de seda azul. Apartó su melena rubia para colgarse el bolso del hombro y le dijo al chófer —Enseguida bajamos, Tom.

—Entendido, señorita.

Cruzó la acera y unas chicas se detuvieron en seco al verla antes de chillar como si fuera una estrella de cine. Una pelirroja muy bonita se acercó con el móvil en la mano. —Es usted Anne Snow, ¿no es cierto?

Sus ojos azules se entrecerraron. —Sí, soy yo.

—¿Podemos sacarnos una foto?

—No —dijo una voz muy seria tras ella antes de cogerla por el brazo y meterla en la empresa.

Atónita miró el perfil de Tyger al que no había visto en dos años. Y estaba igual. No, estaba todavía más guapo porque se notaba que le había dado el sol y su cabello negro parecía más oscuro. Dios, ¿estaba más fuerte? Pasmada no se lo podía creer y se preguntó si estaba soñando mientras su corazón casi chillaba de la alegría. —¿Qué haces aquí? ¿No estabas en Tokio?

—Si no estoy allí es por tu culpa —dijo entre dientes.

Se tensó por su tono. —¿Por mi culpa?

—Para controlar los daños que has causado a la empresa. —La metió en el ascensor a rastras sin importarle quien les viera y solo cuando se cerraron las puertas la soltó para pulsar el último piso fulminándola con sus ojos verdes.

—Entiendo —dijo ya recuperada de la sorpresa—. ¿Los accionistas te han llamado mucho por teléfono por la caída de sus ganancias? —preguntó con burla.

—¡No tiene gracia! ¿Sabes cuánto nos ha costado tu numerito? ¡Sesenta millones de dólares!

Se le cortó el aliento. —No exageres.

—¡No exagero nada! Adiós a los beneficios de este año por los caprichos de una estúpida sin cerebro.

Perdió parte del color de la cara por la opinión que tenía de ella, pero no debía extrañarle que pensara así porque lo había hecho desde que la conocía y desde entonces habían pasado trece años. —Hasta que no tengas educación no quiero que vuelvas a dirigirme la palabra —siseó antes de mirar al frente con intención de ignorarle.

—Joder, sigues siendo una niñata consentida y es evidente que eso no cambiará nunca. ¿En estos dos meses sabes las veces que he recibido ese video donde enseñas las tetas en ese maldito club de striptease? ¡Lo ha visto todo el mundo! —gritó sobresaltándola. Intentando que no le afectaran sus palabras apretó las mandíbulas mirando las puertas—. Eso por no hablar de lo que ha dicho la prensa. ¡Pero claro, como nunca lees el periódico seguro que ni te has enterado! ¿Cómo se te ocurrió hacer algo así?

Le miró fríamente. —Será que no tenía con qué pagar el gas después de que papá para darme

una lección me quitara la asignación.

La cogió por el brazo furioso. —¿Por eso lo hiciste? ¿Para que aprendiera?

—Yo no voy dando lecciones como vosotros. —Sonrió con ironía. —Deberías estar contento si has visto el video, porque le he sacado rendimiento a la barra. Me la regalaste porque considerabas que estaba demasiado gorda. ¿Cómo fue lo que dijiste en mi dieciocho cumpleaños? Úsala, te vendrá bien para bajar peso. Pues le he sacado provecho.

Salió del ascensor dejándole con la palabra en la boca y cuando se acercaba al despacho de su padre escuchó —¡Anne ven aquí!

Atónita por su tono ante las secretarias se volvió. —¿Pero quién te crees que eres para hablarme así?

—¡Alguien debería haberte hablado así hace mucho! —Al darse cuenta de que las secretarias les miraban con los ojos como platos gritó —¡A vuestras cosas!

Agacharon la mirada a toda prisa. La puerta del despacho de Steven Snow se abrió de golpe y muy tenso dijo —Entrad ahora mismo.

—¡Papá, este imbécil me ha insultado!

—¿Ahora vas a llorarle a tu papá? ¿Ahora?

Le miró como si quisiera matarle. —¡Métete en tus cosas! ¡No sabes nada de lo que ha ocurrido! ¡No estabas aquí!

—¡Entrad! —gritó su padre poniendo orden.

Tyger muy tenso entró en el despacho y ella le siguió sintiendo que entraba en un consejo de guerra. Ese cabrito iba a estropear la delicada relación que tenía con su padre. Molesta entró en el despacho y Steven cerró. —¡Cómo se os ocurre poneros a discutir en medio de la empresa!

—¡Ha empezado él a atacarme, papá!

—Ha empezado él a atacarme —repitió con burla.

—¿Quién es el niñato ahora?

Él entrecerró los ojos. —Me ganas por goleada. ¡Yo no he hecho perder a la empresa sesenta millones de dólares! ¡Has jodido todo mi trabajo en la expansión en Tokio! ¡Nuestro posible socio se lo está pensando por la caída de las acciones! ¿Sabes cuánto llevo tras él?

Se quedó sin aliento mirando a su padre. —¿Eso es cierto?

Steven suspiró. —Desgraciadamente sí. —Miró a Tyger. —Pero no es culpa suya.

—¡No la excuses! ¡Siempre la has consentido en todo y estas son las consecuencias!

Separó los labios de la impresión porque era evidente que no le tenía ningún respeto, ni siquiera ante su padre. Steven la miró de reojo antes de ir hacia su mesa. —Es su vida y puede hacer con ella lo que le venga en gana. Si las acciones han caído es porque la empresa no es tan fuerte como pensamos y no damos seguridad a nuestros inversores.

—¿Pero qué coño me estás contando? ¡No damos seguridad a nuestros inversores porque piensan que si no puedes contener a tu hija cómo vas a poder dirigir una empresa de este calibre! ¡Por eso hemos perdido su confianza!

—Las acciones volverán a subir.

—¿Y lo perdido? —Miró a Anne como si quisiera matarla. —Espero que la experiencia de dejar a tu padre en ridículo haya merecido la pena.

Levantó la barbilla. —Te aseguro que no fue plato de gusto, pero sí mereció la pena porque conseguí algo que deseaba más que a nada.

Steven sonrió dejando a Tyger pasmado. —¿Qué quieres que te diga? Es mi única hija y la adoro.

Anne sonrió. —Y yo a ti, papi. ¿Nos vamos a comer?

—No me lo puedo creer.

—Tyger es hora de que empieces a tomarte el trabajo de otra manera.

—¿De otra manera? ¡Tú me hiciste así!

Hizo una mueca. —Igual fui demasiado duro. Tengo que empezar a controlar mi carácter.

—Sí papá, que luego pasa lo que pasa.

Tyger no salía de su estupor. —Joder, ¿estás enfermo? ¡Porque tu comportamiento no es normal! ¡Te estás muriendo!

—¿Yo? Estoy como un roble.

—¡Pues no lo entiendo! ¡Dile algo!

—¿El qué?

—¡Pues qué coño sé! ¡Échale la bronca!

—Mi hija y yo ya hemos hablado del asunto y no volverá a ocurrir.

—¡Hace dos minutos estaba a punto de hacerse una foto como si fuera una estrella del rock! ¡Está orgullosa de lo que ha hecho!

—Es que estaba preciosa y lo hizo muy bien.

Se sonrojó de gusto. —¿De veras? Pues estaba de los nervios.

—¿Que lo hizo muy bien? —Parecía que iba a darle una apoplejía y Anne reprimió la risa. —¿Te hace gracia?

—Tu cara sí —dijo con descaro.

—Te juro que…

—¿Qué? —preguntó con chulería.

Él entrecerró los ojos mientras Steven la cogía del brazo y la llevaba hasta la puerta —Vamos cielo, que parece a punto de tirarse sobre ti.

—Papá, deberías atarle en corto. Se toma demasiadas libertades.

—Cielo, es Tyger, es como de la familia.

—Más quisiera —dijo mirándole maliciosa.

—Te voy a…

—Uy, que se encabrita.

Su padre se echó a reír a carcajadas sacándola del despacho. —Serás provocadora.

Sonrió satisfecha consigo misma. Hace un año ni se le hubiera ocurrido replicarle, pero eso había cambiado. Todo lo ocurrido la había cambiado y ahora era otra Anne. Y esa Anne ya no se dejaba pisar por nadie. Ni siquiera por él.

Bufó repasando su pequeño vestuario. La verdad es que después de venderlo casi todo por internet no es que tuviera muchas opciones. Pero se negaba a gastar su manutención en ropa hasta que no tuviera algunos ahorros. Apretó los labios porque había aprendido muy bien la lección.

—Hija, ¿estás ahí?

Mierda. —Sí, mamá. Estoy en el dormitorio.

Marilyn Snow entró con su Birkin nuevo en la mano y miró espantada los pocos muebles que tenía. —Mamá, la llave que te di era para emergencias.

—Esto es una emergencia. ¿Y los muebles?

—Esto era lo que había cuando lo alquilé.

—¡Pues vuelve a casa! ¿Prefieres esto a un ático en la Quinta avenida?

—Quiero vivir sola.

Cogió un vestido rojo y su madre apretó los labios al ver que se lo ponía delante. —Es de hace tres temporadas.

—¿Y? Solo me lo he puesto una vez.

—¿Tu padre no te da dinero para estas cosas?

—Sí, pero por si acaso…

Marilyn la miró con pena. —No va a volver a hacerlo.

—No quiero hablar más de esto.

—Sé que te mentí, pero…

—¡Mamá!

Su madre agachó la mirada. —Tenía que haberte dicho la verdad desde el principio.

—Sí, tenías que haberlo hecho. Y él no tenía que haberse comportado así, pero lo hecho, hecho está y no hay que darle más vueltas. Mamá, tengo una cena con papá en una hora, ¿qué quieres?

—Me caso.

Dejó caer el vestido de la impresión y se volvió lentamente para mirar sus ojos azules. No, no era broma. —¿Cómo has dicho?

Levantó la barbilla. —James me lo pidió ayer por la noche y le he dicho que sí.

Sintió que se le paralizaba el corazón. —Si no le quieres. ¡Sé que no le quieres! —Su madre suspiró sentándose en la cama. —¡Quieres a papá!

—Pero él no me quiere a mí y nunca me perdonará. No quiero pasar el resto de mi vida sola. James me quiere, nos llevamos bien.

—¡Vas a casarte con tu amante! ¡Has destrozado tu matrimonio por él, tu vida por él y piensas seguir!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ya no hay vuelta atrás.

—Sí que la hay. ¡Pídele perdón!

—¡No quiere escucharme, Anne! ¡Si ha accedido a darme una pensión ha sido por ti, por lo que hiciste al dejarle en evidencia! Le hubiera dado igual dejarme en la indigencia. ¡Para él estoy muerta!

Pálida negó con la cabeza. —No puedo creer que le hayas dicho que sí a ese idiota.

—Anne…

—Vas a destrozar tu vida.

Se miró las manos ahora sin anillos porque los había vendido hacía meses para pagar los carísimos gastos de la casa donde vivían. —No quiero llegar a casa y estar sola.

—¡No me hagas sentir culpable por haberme ido después de lo que hiciste! ¡Me mentiste! ¡Dijiste que papá se lo había imaginado todo y llevabas con él meses! Me hiciste ponerme de tu lado y…

—¡No podía perderte también a ti! —gritó desgarrada cortándole el aliento. Le rogó con la mirada—. ¿No lo entiendes? Ya no me quedaba nada. —Se echó a llorar tapándose el rostro y Anne emocionada se acercó a ella sentándose a su lado para abrazarla por los hombros. —Lo siento —susurró su madre sin dejar de llorar.

—Sé que lo sientes. Me lo has dicho mil veces. Lo que no entiendo es por qué lo hiciste. —Su madre levantó la vista palideciendo porque nunca habían hablado de ello. —¿Por qué? Te amaba, lo sabías. Siempre te amó. ¿Por qué le hiciste tanto daño?

—No me odies —dijo aterrada.

—Mamá, nunca podría odiarte. Pero dímelo, necesito comprenderlo.

—¿Recuerdas cuando me contaste que antes de salir al escenario en ese club de striptease el dueño llamó a tu padre para contarle lo que ibas a hacer a ver si así abría los ojos y lo impedía?

—Sí. Pero papá no hizo nada.

—Tampoco impidió que le fuera infiel.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Durante los últimos años de nuestro matrimonio me sentía como un florero a su lado. La pasión ya no existía. Llegaba a la cama y se llevaba el trabajo. Casi ni hablaba conmigo. Entonces llegó James. En una fiesta me di cuenta de que me deseaba y pensé en provocar a tu padre. Le di todas las señales que se le pueden dar a un hombre. Tonteaba con él ante sus narices, me llamaba… Quería que hiciera algo, ¿y qué hizo? Ponerme un detective. Después de un mes James se impacientaba y qué quieres que te diga, yo estaba…

—Cabreada.

—No. —Negó con la cabeza mirando al vacío. —Decepcionada, triste y rota porque ya no era importante para el amor de mi vida, pero cabreada no. Una tarde quedé con James. Se dio cuenta enseguida de que no estaba bien. Él me escucha, ¿sabes? Le importo y sucedió.

—¿Te arrepentiste?

—Al principio sí, pero pasadas unas semanas ya no. James me hace reír, demuestra que soy importante para él y lo sigue demostrando porque quiere que comparta su vida. Así que he aceptado. —Se limpió las lágrimas y se levantó. —Bueno, ya está. Ya lo sabes todo.

Lo sintió muchísimo por ella. Por los dos porque habían roto su matrimonio aun queriéndose. —Lo siento, mamá.

—Bah, el dolor ya no es insoportable, ¿sabes? Todo pasa. Con James llevaré una buena vida. Nos comprendemos y nos apoyamos.

—Pero no le amas.

Tomando aire miró a su alrededor. —El piso no está tan mal. Igual una mano de pintura… Si quieres llamo a un decorador buenísimo que…

—Mamá, quiero hacerlo yo.

—Muy bien, no digo nada más. Te dejo para que te arregles.

—Mamá…. —Se volvió ya en la puerta. —¿Y tu anillo?

Se miró la mano. —Oh, me quedaba algo grande y hay que arreglarlo.

—¿No crees que esa no es una buena señal?

—No, cielo.

—¿El de papá no te quedaba perfecto?

—Déjalo, por favor. ¿Vendrás a la boda?

¿Para ver cómo seguía destrozando su vida? Los ojos de su madre reflejaban la angustia que sentía a que dijera que no, así que forzó una sonrisa. —Sí, iré a la boda.

Sonrió. —Gracias. Te llamo mañana.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mi cielo.

Capítulo 2

Sentada a la mesa miraba al vacío acariciando su copa de vino mientras aquellos hombres influyentes no dejaban de hablar. Levantó la vista hacia la señora Curtis que llevaba sin abrir el pico una hora por no molestar. Vio como miraba su carísimo reloj discretamente antes de coger su copa de agua. No podía dejar de pensar en todo lo que le había dicho su madre. En todo lo que debía haber sufrido por el abandono de su padre. ¿Quién había abandonado a quién? Todavía no se podía creer lo que había pasado ese último año cuando siempre había creído que eran una familia feliz.

El camarero se acercó a ella y le dijo al oído —Tiene una llamada, señorita Snow.

Le miró extrañada. —¿Una llamada?

—Si me acompaña…

—¿Me disculpan? —preguntó cogiendo su bolso de mano.

—Sí, por supuesto —dijo la esposa de uno de los principales inversores de su padre.

Siguió al camarero hasta un teléfono negro que había sobre la barra y cogió el auricular dando las gracias al camarero. Se lo puso al oído. —¿Diga?

—Haz el favor de hablar con tus compañeras de mesa, joder.

Frunció el ceño. —¿Tyger? —Miró hacia allí para ver que no estaba en la mesa y ella ni se había dado cuenta de que se levantaba. Puso los ojos en blanco. —¿Estás encerrado en el baño?

—Últimamente tienes mucho sentido del humor. ¡Si no ibas hacer caso a nadie no sé por qué has venido a esta cena, joder!

Vaya, al parecer iba a criticar todo lo que hacía. —¿Quieres que anime la velada? —preguntó como si nada.

—¿Qué?

—Pues espera, que la voy a animar. —Colgó el teléfono y fue hacia la mesa. Su padre al verla llegar frunció el ceño y le preguntó con la mirada qué pasaba. Ella sonriendo negó con la cabeza haciendo que todo estaba bien. En ese momento llegó Tyger que se sentó frente a ella advirtiéndola con la mirada. Levantó la barbilla retándole. —Padre…

Este que estaba hablando con el señor Curtis se quedó con la palabra en la boca mirándola. —Ya está bien de hablar de negocios. Estáis desatendiendo a vuestras esposas.

—Es que se ponen tan pesados con la empresa que se vuelven insoportables —dijo la señora Curtis. Soltó una risita—. A veces hasta sueña con acciones.

—Son insoportables —dijo Catherine Rogers demostrando que estaba harta de esas cenas—. La verdad es que ni sé para qué vengo.

Su marido carraspeó incómodo. —Cielo, ¿qué dices?

—¿Qué digo? ¡Qué estoy harta! ¿Cuándo vamos a cenar juntos para algo que no tenga que ver con negocios? ¿Cuántas veces puedo hablar del tiempo con personas que no conozco de nada?

—¿Crees que es el sitio apropiado para hablar de esto? —siseó.

—¿Cuántas pensáis así? —preguntó ella interesada apoyando los codos sobre la mesa.

—Anne no creo que este tema sea apropiado para la cena —dijo Tyger.

—¿Por qué? —Miró a su padre. —¿No es un tema apropiado, papá?

—Hija, estás provocando una situación realmente incómoda, la verdad.

—Oh… Eso me pasa por hablar. Pero claro, es que se suponía que yo venía de florero y me he saltado las normas. —Miró a la señora Curtis. —¿Qué opina de este maravilloso tiempo que estamos teniendo?

—Como te he dicho hace una hora, espero que siga así el fin de semana, aunque no sé para qué porque mi marido se va de viaje de negocios y yo me voy a quedar sola en casa.

—Será mejor que bebamos una buena copa de vino para aguantar este coñazo de cena —dijo la señora Rogers antes de levantar la mano y gritar —¡Camarero, la botella!

—Catherine me estás dejando en evidencia, será mejor que nos vayamos.

—¿Ahora que empieza lo bueno?

—¿Pero qué diablos te pasa?

—¿No te lo he dicho ya? —preguntó con ironía antes de mirarla—. ¿No lo he dicho?

—Sí, ha dicho que está muy harta.

—Pues él no lo ha oído y eso que lo he dicho bien alto. —Arrebató la botella al camarero y sirvió la copa hasta el borde mientras su marido la miraba como si le hubieran salido cuernos. —Pero es así siempre, soy invisible.

—Excepto cuando metes la pata —apostilló la señora Colter que hasta ese momento no había abierto la boca—. Cuando decimos algo que no les conviene siempre se dan cuenta.

—¿Eso no demuestra que te escucho, querida? —preguntó su marido cogiendo su copa.

—Cielo, mientras te vestías te he dicho el color que quiere la niña para las damas de honor. ¿Qué color era?

Su cara lo dijo todo y las mujeres suspiraron. Sin poder evitarlo sus ojos fueron a parar a los de su padre que apretó los labios antes de agachar la mirada.

—¡Era violeta!

La mujer chasqueó la lengua. —Rosa, cielo. No te esfuerces que te estás poniendo rojo. Esas neuronas no dan para más.

Anne suspiró apartando el plato. —Vamos a ver, ¿no tenéis suficiente con ocho horas en la oficina con comidas incluidas, que tenéis que arrastrarnos a cenas interminables para hablar siempre de lo mismo?

Las mujeres miraron a sus hombres esperando su respuesta, pero estos azorados ni sabían qué decir.

—Hija, ya está bien. Estás provocando un conflicto entre nuestros invitados —dijo molesto.

—¿Por qué? Si no hubiera un problema no habría conflicto. O es que estáis tan ciegos que no lo veis o sois idiotas y preferís ignorarlo para vivir como os dé la gana.

—No es tu problema los conflictos que tengan otras personas —dijo Tyger entre dientes.

—¿No? Estoy en esta cena como ellas y no me habéis dirigido la palabra ni una sola vez. Esperáis que haga mi papel como anfitriona y me encargue de ellas para desentenderos del problema. ¡Porque sabéis que hay un problema! ¿Para qué nos hacéis venir? —Separó los labios de la impresión. —A no ser que mamá tenga razón y realmente seamos floreros. Otro artículo que exhibir como un coche último modelo. ¿Es eso?

—Sabía que tu madre tenía algo que ver en esto —dijo Steven entre dientes.

—Igual si te hubieras enfrentado al problema ella estaría aquí. Pero la has perdido. ¡Cómo

estos perderán a sus mujeres por ignorarlas!

—Cielo, yo te quiero —dijo el señor Rogers.

—¿De veras? —preguntó ella como si le importara un pito. Esta cogió su bolso de mano y se levantó con una irónica sonrisa en el rostro. —Creo que ya es demasiado tarde —dijo a su pasmado marido—. Mi abogado te enviará los papeles del divorcio. Que tengan buena noche.

—Catherine, espera… —El hombre la siguió tirando la silla y todo en su prisa por llegar a ella.

Se hizo un silencio sepulcral y Tyger la fulminó con la mirada. —¿Has visto lo que has hecho?

—¿Crees que unas palabras mías van a provocar un divorcio? Esa llevaba pensándolo desde hace mucho.

—Sí, era evidente —dijo la señora Curtis—. Cuando hay ese desprecio por parte de uno de los dos la pareja no dura mucho. —Miró a su marido. —Toma nota.

Se levantó cogiendo su bolso. —Deberían tomar todos nota porque lo que acabamos de ver es su futuro.

Las mujeres asintieron dejándolos de piedra. —¿Señoras? ¿Nos vamos a tomar una copa mientras ellos recapacitan? Creo que necesitamos relajarnos un poco después de esta interesante cena.

—Me apunto —dijo la señora Curtis.

—¡Grace!

—Es hora de que me desmelene un poco. —Se acercó a su marido. —¡Y me tienes muy harta!

Con los ojos como platos él dijo —Una copita no te vendrá mal.

—No te estaba pidiendo permiso —dijo entre dientes—. ¿Glory? Nos vamos.

La señora Colter se levantó y su marido no dijo ni pío. —Buenas noches cielito.

—Que lo pases bien —dijo casi sin voz.

—Eso pienso hacer. No me esperes despierto.

Se fueron mientras sus maridos las observaban pasmados. Cuando salieron del restaurante los presentes volvieron la vista hacia Steven que carraspeó. —La niña me ha salido rebelde, ¿qué queréis que os diga?

—Eso será ahora, porque jamás la había visto comportarse así —dijo Tyger sin salir de su asombro.

—El divorcio la ha afectado muchísimo. Está… cambiada. Lo pasó muy mal y mi comportamiento no fue el mejor. —Levantó una mano al camarero. —Un whisky. Doble.

—Que sean cuatro —dijo Tyger—. Mejor traiga la botella.

—Sí, señor Cassady.

—No te disculpes —siseó Tyger por lo bajo.

—¿Por qué? ¡Cómo ha demostrado si Marilyn me fue infiel también fue culpa mía!

—La mía me fue infiel hace un año —dijo el señor Curtis dejando a Tyger de piedra.

—¿Y lo acepta?

—Qué remedio, hijo. Me había pillado con mi secretaria. —Bebió su whisky de golpe e hizo una mueca. —Joder, cómo necesitaba esto.

El señor Colter suspiró apoyando los codos sobre la mesa. —Lo que su hija ha demostrado es que nuestro modo de vida no es el más adecuado para una familia. Es cierto que me he desentendido del todo de la boda de mi hija. De hecho siempre he dado por supuesto que ella se

encargaba de todo. De su crianza, de su educación, sus enfermedades y todo lo demás. Y esta cena me ha demostrado lo egoísta que he sido.

—¡No me joda, trabaja doce horas al día! —exclamó Tyger—. ¿Qué se supone que va a hacer ella? ¿Mirar las musarañas? Algo tendrá que hacer para colaborar en ese nivel de vida que usted le proporciona.

—Hijo, no tienes ni idea de lo que hablas. Cómo se nota que no estás casado —dijo el señor Curtis—. Mi esposa se levanta a las cinco de la mañana para hacer una hora y media de ejercicio con su preparador físico. Desayuna y luego va a despertar a los niños. Se pasa todo el día de un lado para otro organizando cenas, se encarga de supervisar el trabajo de la casa y miles de cosas más que a mí ni se me pasarían por la cabeza. Jamás me preocupo por esas cosas porque está ella, ¿pero y si me dejara?

Todos miraron a Steven que apretó los labios antes de beber de su whisky. —Mi hija ya es mayor y tengo un mayordomo muy eficiente.

—Exacto. —Le miraron sin comprender. —Se sienten como otro empleado más. Si cuando llegamos a casa o cuando salimos con ellas no les hacemos caso, ¿qué sentido tiene el matrimonio? Quieren sentirse queridas, si no les damos eso, ¿para qué van a estar con nosotros?

Se hizo el silencio en la mesa. —Entender eso me llevó un año de terapia matrimonial después de que nos fuéramos infieles. Como dijo la psicóloga fue un toque de atención, pero es evidente que no he aprendido la lección porque estoy empezando a cometer los mismos errores.

Tyger miró a Steven. —¿Tú te diste cuenta de algo antes de…?

Él apretó los labios. —Siempre hay señales, hijo.

—Joder.

—De repente está más contenta e ignora aquello que le sacaba de quicio —dijo el señor Curtis—. Ya no ve tan mal los viajes de negocios y cosas así…

—Porque así tiene más tiempo para estar con su amante —dijo Tyger.

—Exacto. Sabía que lo hacía por venganza, pero os juro que se me pusieron por corbata pensando que le elegiría a él. Lo hablamos e intentamos solucionarlo.

—Menos mal que yo no tengo ese problema —dijo el señor Colter haciendo que todos le miraran—. ¿Qué? Mi esposa jamás me sería infiel. Si me ha aguantado tantos años es que me quiere con locura.

—Igual es que no la has pillado —dijo Steven antes de beber de su whisky.

Hizo una mueca. —Eso también puede ser.

—¿Es que no hay un matrimonio normal en esta maldita ciudad? —preguntó Tyger asombrado.

—Hijo, esto es lo normal. Te asombraría saber cuántos matrimonios infieles hay por ahí —dijo el señor Curtis.

—Entonces no es culpa de nuestro trabajo —dijo él entre dientes.

—Ah, la teoría de que somos infieles por naturaleza. —El señor Curtis sonrió divertido. —Intenté aplicarla en la terapia y me pusieron verde.

—Lo que Matt está intentando explicar es que si dejas de regar una planta, esta se marchita y puede que otro vaya a regarla por ti. No te sorprendas si te roban el tiesto.

Steven apretó los labios mientras Tyger le miraba de reojo. —No fue culpa tuya.

—En parte sí que lo fue. Como ha dicho mi hija la ignoraba, daba por supuesto que estaba ahí y no quise ver las señales, que hubo muchas. Incluso antes de que me fuera infiel me di cuenta de que él le interesaba y no hice nada. Si hubiera hablado con ella, pero mi maldito orgullo me lo

impidió. Hice que no pasaba nada hasta que la pillé con él en nuestra propia casa durante una fiesta. Ahí me golpeé con la realidad y me dejé llevar por la ira. —Le miró a los ojos. —Y fue Anne quien pagó las consecuencias porque su madre le mintió y la creyó a pies juntillas.

—Explícate —dijo asombrado.

Apretó los labios y los hombres carraspearon. —Creo que es mejor que nos retiremos a esperar a nuestras esposas en casa.

—Sí, Matt. Yo también me retiro. Steven, ¿el trato está cerrado?

—Por supuesto.

—Hablaremos en horas de oficina.

Se retiraron y Tyger le miró fijamente. Steven sonrió con ironía. —No he sido del todo sincero. Ellos estaban delante y es la versión que conoce todo el mundo, así que he dicho lo que ya se sabía por el juicio. —Tyger asintió entendiendo. —Es cierto que hubo señales, pero no las tomé en cuenta porque no creía que Marilyn fuera capaz de hacer una cosa así. Llevábamos treinta años casados, por el amor de Dios. Me amaba y yo a ella y jamás hubiera pensado que sería capaz de esa traición. Pero ocurrió algo que me mosqueó y contraté un detective. Cuando la sorprendí en nuestra habitación con él solo se estaban besando en el vestidor, pero en aquel momento yo ya tenía unas fotos de ellos dos en la cama que me había conseguido un detective. Pero de esas fotos no le dije nada a nadie para que la prensa no hiciera su agosto. Simplemente presenté la demanda de divorcio porque tenía otras pruebas de su infidelidad. —Suspiró pasándose la mano por la barbilla antes de beber. —El juicio fue desgarrador y la prensa estaba como loca. Sus continuas llamadas con él y que varios testigos fueron al juicio me ayudaron en el proceso, pero aquello se alargaba y solicité una reunión con ella para acabar cuanto antes. Le mostré las fotos. Tenías que haberla visto, estaba pálida, no se lo esperaba. Lo sabías, decía una y otra vez. Entonces me rogó que no las mostrara en el juicio, que no podía perder a Anne. ¿Qué pensaría su hija? —Sonrió con desprecio. —Como si no fuera hija mía.

—No querías humillar a Anne, por eso no las mostraste desde el principio.

Asintió. —Y a cambio obtendría mi venganza. En ese momento ya estaba dispuesta a firmar cualquier cosa.

—No se llevaría nada de ese matrimonio.

—Excepto la casa, siempre y cuando pudiera mantenerla. Solo eso. Pero al salir del juicio y ver el desprecio en la mirada de mi hija, te juro que algo se me revolvió por dentro, así que le quité la manutención porque sabía que ella la mantendría con mi dinero.

—Joder, Steven.

—Mi hija me llamó llorando sin entender lo que estaba pasando. Primero dejo a su madre, que para ella no había hecho nada por mucho que yo dijera que sí y después le quito la manutención. Tendrías que haberla oído. ¿Quieres que acabemos en la calle? ¡Cuándo dejamos de importarte! —Apretó el vaso entre sus manos. —Pero yo estaba ciego. Me levantaba odiando a la mujer que había compartido mi vida y me acostaba pensando en ello. Sabía por Jeff, el portero del edificio, que vendían cosas para mantenerse. Algunas joyas, muebles que llevaban en la casa toda la vida, aparatos de gimnasia… Fueron deshaciéndose de todo poco a poco para pagar los gastos de la casa y pasaron los meses.

—Y llegó lo del club.

—Cuando me llamó ese desalmado para decirme que mi hija iba a trabajar allí, yo ya estaba sobre aviso por un conocido que precisamente estaba en el local cuando ella fue a pedir el empleo, así que me esperaba esa llamada y escuché fríamente cómo me chantajeaba. Necesita el

dinero, me dijo. Pero usted puede impedir esto.

—Te pidió pasta por no dejarla actuar.

—Creí que Anne no se atrevería. ¿Mi hija? No, mi hija no haría tal cosa.

—Creíste que era un farol. Siempre fue muy tímida.

—Cuando vi el video no me lo podía creer.

—Como yo.

—La prensa estaba como loca y aunque ella no dio declaraciones se enteraron de que necesitaba el dinero.

—Algo incomprensible al ser la hija de uno de los hombres más poderosos de Manhattan.

—Estaba furioso. Mi hija exhibiéndose de esa manera por unos billetes.

Tyger retuvo el aliento. —¿Qué hiciste?

—El dueño del club me llamó de nuevo. Estaba enfadado con ella porque creía que le había utilizado y me ofreció un enfrentamiento con Anne ante la prensa.

—A cambio de algo, supongo.

—Estoy teniendo pérdidas porque nadie entra en el club al tener esos periodistas fuera. Quiero sacar algo de esto. Yo también soy un hombre de negocios.

—¿Qué pasó después?

—Cuando llegué allí se me cayó el mundo a los pies. Entré en aquel reservado, un lugar oscuro y cutre donde había una plataforma en forma de cama redonda. Se me revolvieron las tripas al pensar lo que ocurría allí cada noche. —Tyger se tensó mientras él continuaba. —Me di de golpe contra la realidad y le dije al periodista que se largara. Cuando mi niña llegó vestida de cabaretera ya no lo soporté más y le rogué que dejáramos de hacernos daño. Se puso a llorar. Nunca había visto a mi hija llorar así —dijo con la voz tomada de la emoción.

—Joder, Steven.

—Estaba rota y le confesé la verdad sobre las fotos. —Se quedó mirando su vaso. —Yo destrocé a mi hija.

—¡Marilyn le mintió!

—Pero yo destrocé su corazón. Yo se lo rompí en mil pedazos y nuestra relación nunca será igual por mucho que lo intente. —Sonrió con pena. —Y esa es la historia, así que no te sorprendas tanto porque ahora salte a la primera de cambio.

—¡Lo de esta noche no tiene justificación!

—Sí que la tiene. Marilyn va a casarse de nuevo.

Tyger se quedó de piedra. —¿Cómo lo sabes?

—Él compró el anillo en Tiffany y le vio un conocido.

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —¿Aún la amas?

Se quedó mirando al vacío. —¿Se puede seguir amando a una persona que has odiado tanto? Porque la he odiado, hijo. Y más después de ver en lo que había convertido a mi hija con sus mentiras. Los dos la convertimos en esa mujer a la que ya no le importa decir lo que piensa aún a costa de dejarme en ridículo. No puede evitarlo. Ya no se deja nada dentro.

—Sigue guardándote rencor.

—Sí. Porque no entiende por qué tuve que hacerle daño a ella para conseguir mis propósitos y tiene razón.

—¿Y a su madre la odia?

—Te aseguro que a su madre tampoco la ha perdonado. Para limar asperezas ahora le paso una pensión generosa a Marilyn y como ya no tiene que mantenerla se ha ido de casa.

—¿Se ha ido de casa? —preguntó espantado—. ¿A dónde?

—A un piso en Little Italy que es una mierda. —Gruñó. —Ni quiso irse a uno de los que yo arriendo. Quiero ser más independiente, papá. Saber lo que cuestan las cosas.

—¡Pero si la mantienes! ¡Esto es ridículo!

—¿Recuerdas que tengo acceso a sus cuentas? —Tyger asintió. —No gasta nada que no sea comida o alquiler. —Su protegido separó los labios de la impresión. —Ni tiene quien le haga la colada. Lo ahorra todo. De hecho, en estos dos meses ha ahorrado diecisiete mil pavos. Lo único que se llevó de casa de su madre aparte de sus efectos personales fue la barra de striptease que tenía en su habitación. Nada más. —Bebió de su whisky. —¿Te das cuenta hasta qué punto he marcado a mi hija? Joder, si tuvo que vender hasta el reloj que le regalé para pagar deudas. Cuando le compré otro hace un mes me miró decepcionada y dijo que lo devolviera, que ahora miraba siempre la hora en el móvil. Todo lo que antes le parecía divertido ahora lo ve una estupidez.

—¿Y sus amigas?

—¿Qué amigas? Durante el año en que ocurrió todo la fueron dejando de lado. Ya no podía ir de compras ni a fiestas con un vestido nuevo. No podía pagarse unas vacaciones, ¿cómo iba a hacerlo si no podía ni pagarse una hamburguesa?

—¿Tan mal fueron las cosas?

Agachó la mirada. —Cuando sucedió lo del reloj y vi las cuentas me preocupé y llamé a Marilyn. —Hundido se pasó la mano por la frente y Tyger impresionado vio como le temblaba. —Entonces me contó que habían vendido por internet todo lo que poseían. Que la niña había intentado buscar trabajo de cualquier cosa, pero nadie quería contratarla y a ella tampoco. Pasaron hambre, Tyger —dijo deshecho.

Se tensó con fuerza. —¿Qué coño me estás diciendo, Steven?

—La minuta de los abogados fue escandalosa. Más de trescientos mil dólares que tuvieron que pagar con lo que yo les había dejado, porque amenazaron con demandarlas. Vendieron todo lo que pudieron para pagar los gastos de los abogados, del piso... Mi hija hasta vendió su ropa en internet. Acabó en ese club por pura desesperación.

—¿Por qué no me llamó? —preguntó furioso.

—¿Para qué? Ella sabía que no podía contar contigo, siempre os habéis llevado mal. Anne veía en ti al hijo que nunca tuve y envidiaba nuestra relación. Tú veías en ella a una malcriada que no hacía nada provechoso en la vida.

Se quedaron en silencio varios minutos en los que solo bebieron. —¿Por qué no me contaste nada de lo que ocurría? —preguntó entre dientes—. Solo me dijiste que te ibas a divorciar y era evidente que no querías profundizar en el tema, joder. ¿Por qué no fuiste sincero?

—No quería involucrarte en esto.

—¿Entonces por qué me has llamado?

Steven miró a Tyger directamente a los ojos. —¿Quieres dirigir la empresa? Haz que mi hija sea feliz.

Le miró con desconfianza. —Creo que esa frase merece una explicación.

—Pide otra botella, aún tenemos mucho de lo que hablar.

Capítulo 3

Moviendo el trasero al ritmo de la música deslizó el rollo de pintura sobre la pared y después de dar un par de manos se apartó para contemplar el tono melocotón. Igual quedaba un poco oscuro. Bah, en cuanto secara quedaría perfecto y si no era así daba igual porque no pensaba cambiarlo. Siguió pintando y cuando el rollo ya no pintaba bien dio un giro doble para ir al bote a meter el rollo. Como había visto en internet escurrió sobre la bandeja y se volvió. Al ver en la puerta del salón a Tyger se quedó de piedra. —¿Qué haces aquí?

Él con las manos metidas en los bolsillos del pantalón dio unos pasos al centro del pequeño salón y se acercó a la ventana para ver que la vecina de enfrente se estaba depilando las cejas con luz natural. —Bonitas vistas.

—Repito, ¿qué haces aquí? ¿Y cómo has entrado?

—La puerta estaba abierta.

—¿Qué? —Dejó el rollo sobre la bandeja y salió del salón para caminar por el estrecho pasillo. Giró el pestillo y al darse cuenta de que no cerraba juró por lo bajo. —Mierda.

—Menos mal que he venido. Podría haber entrado cualquiera.

—Gracias por el aviso —dijo entre dientes antes de volverse para ver que entraba en la habitación—. ¿Qué haces?

Él al ver el perchero portátil que tenía con cuatro prendas apretó los labios antes de bajar la vista a la cama que estaba hecha con unas bonitas sábanas de flores. Bajo la ventana había colocado todos sus libros formando pilas perfectas y desde allí pudo ver un pequeño cuarto de baño con un horrible azulejo azul cielo —¡Sal de mi habitación! —Pasó ante él y cerró la puerta.

—Un piso muy interesante. Espero que la renta sea baja.

—No esperaba que te gustara. ¿Querías algo? —preguntó con ironía.

—En realidad solo venía a cotillear. —Entró en el salón de nuevo y fue hasta la cocina abriendo la nevera. —¿No tienes cerveza?

—No bebo cerveza.

Cerró la puerta. —Pues yo en un piso así me daría a la bebida, te lo aseguro. —Miró hacia la barra de striptease que estaba casi en medio del salón y él levantó una ceja. —Interesante.

—¿Qué es interesante?

—¿No piensas poner sofá ni televisión?

—Claro que sí.

—Pues con eso ahí…

—Tengo sitio.

—Si tú lo dices… —Cogió una manzana del frutero y le dio un mordisco. Exasperada se cruzó de brazos mientras lo miraba todo y cuando abrió una de las alacenas levantó una ceja porque el mueble estaba vacío. —Nena, ¿estás a dieta?

Se sonrojó porque nunca la había llamado así. —Pues no. Es que todavía no he ido a comprar.

—Perfecto, porque no la necesitas.

Se quedó de piedra, pero él continuó como si nada —Cuando te regalé ese chisme fue porque semanas antes protestaste porque habías engordado unos kilos cuando dejaste las clases de baile. ¿Lo recuerdas? Estábamos en los Hamptons y protestaste porque el bikini no te valía.

Ahora sí que le sorprendió. —¿Te acuerdas de eso?

—Tu berrinche fue de aúpa, como para no acordarse.

Gruñó mientras él no dejaba de cotillear. —¿Cuánto pagas por esto?

—Mil al mes.

—Demasiado. —Dio otro mordisco a la manzana. —En Long Island hay unos pisos mucho mejores por ese precio. De hecho, un edificio es nuestro.

—No quiero salir de Manhattan. Si ya has cotilleado lo suficiente…

Él pasó ante ella como si no la hubiera oído y se acercó a la barra. Tiró de ella y esta se desprendió. —¡Serás manazas!

—¡No estaba bien sujeta! ¿Estás loca? ¡Puedes matarte con una mala caída! —Miró hacia el techo. —¡Joder esto no puede engancharse aquí, Anne! ¡No hay buen agarre!

—Estaba bien agarrado hasta que tú has tirado de ella. ¡Ya la había probado!

—¿Y si te hubieras caído sola en este piso? ¡Ni asistenta tienes!

—Como miles de ciudadanos en esta ciudad. ¿Quieres largarte de una vez?

—¡No!

Entrecerró los ojos. —Ya lo entiendo, te ha enviado mi padre para que consigas que me vaya a uno de sus pisos, pues vete olvidándote porque pienso quedarme.

—¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso con un padre que tiene más de veinte edificios repartidos por toda la ciudad?

—Quiero ser independiente.

—Para eso no deberías aceptar el dinero que te da.

Su orgullo le hizo levantar la barbilla y él apretó los labios antes de decir —Venga, no seas niña. Hay un piso en la sexta avenida que tiene dos habitaciones y sería perfecto para ti.

—Quiero que te vayas o…

—¿O qué? ¿Piensas echarme? Ni puerta tienes para detenerme si quiero entrar de nuevo. —Dio un paso hacia ella. —¡No tienes ni la más mínima seguridad y eres Anne Snow! ¡Estás al alcance de cualquiera!

Se sonrojó porque en eso tenía razón. —Pondré otra cerradura.

—Tienes la escalera de incendios ahí mismo y es un primer piso —dijo como si estuviera intentando controlarse.

Empezó a cabrearse de veras. —Así si hay un incendio seré la primera en salvarme. —Se volvió y cogió el rollo de pintura. —¿Por qué no te largas si no te gusta mi casa?

—¿Qué coño es esto?

Miró sobre su hombro para ver que tenía en la mano la guía del curso de posgrado que quería hacer. La miró atónito. —¿Restauración de cuadros?

Ahora sí que se puso como un tomate. —Estudié arte en la universidad.

—¡Y sigo sin entenderlo!

—La restauración tiene muchas salidas laborales.

—Para quien ha estudiado bellas artes no para ti que has estudiado historia del arte.

—Sé pintar.

—Solo tengo que ver como coges el rodillo.

—¡Muy gracioso! Pintar se me daba muy bien.

—Por el amor de Dios, tú no eres una artista. ¿Por qué no buscaste trabajo en una galería?

—Sí que lo busqué. Pero no me contrataron porque no tengo experiencia laboral —respondió con rencor—. ¡Y no la tengo porque al terminar la universidad papá dijo que no necesitaba trabajar!

—Y no necesitas trabajar.

—Ya, claro. —Se volvió para seguir pintando y le escuchó suspirar. —En ese curso hay cinco vacantes de prácticas en el museo. Y voy a conseguir una.

—Eso lo dicen para que piquéis y os apuntéis al curso. ¿O crees que a esos cinco los contratan cada año? ¿Cuántos restauradores necesita el museo?

Es que era para matarle, se lo replicaba todo. Le fulminó con la mirada y él levantó las manos en son de paz. —Muy bien, pues apúntate a ese curso que no te servirá de nada.

—Sí que me servirá.

—Sin embargo, yo tengo algo que podría interesarte.

—No quiero tu ayuda, gracias —dijo con desprecio.

—La fundación necesita quien la dirija.

Se le cortó el aliento volviendo la cabeza lentamente hacia él. —¿Y papá?

—Va a empezar a descargarse de trabajo. El divorcio le ha afectado y quiere trabajar menos.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! ¿Qué pasa?

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Al darse cuenta de lo que quería decir negó con la cabeza. —Ni de broma. Paso de organizar cosas benéficas, de ir a cenas para que me den la palmadita y esas chorradas. Eso no es lo mío.

—Sí, ya me había dado cuenta de que no eras muy empático con los males ajenos.

—Nena, esa ironía te la vas a tener que tragar. ¿Quieres el trabajo o no? Porque sino tendré que buscar a otro que lo haga.

—¿Podré dedicar la pasta a los proyectos que yo quiera?

—Por supuesto —dijo como si nada—. A la empresa le desgrava.

—¿Sin tu intromisión?

—No te pases. ¿Quieres el trabajo o no?

—No.

Esa respuesta le dejó de piedra. —¿Qué has dicho?

—No quiero depender de nadie. —Siguió pintando e hizo una mueca porque el color no quedaba nada mal. —Pero tienes razón en lo del curso, buscaré otra cosa.

—¿Y buscarás otro piso?

—Lárgate de mi casa.

Gruñó yendo hacia la puerta. —¡Anne llama al administrador para que te arregle esto!

Chasqueó la lengua sin dejar de pintar la pared. Entonces apareció de nuevo sobresaltándola. —Ya sé qué puedes hacer.

—¿Qué?

—Asesoramiento matrimonial. —Ella entrecerró los ojos. —Ayer lo hiciste de perlas. Dijiste tres palabras y provocaste un divorcio.

—¡Largo!

—¿No? Pero si es una idea estupenda. Por cierto, ¿qué tal la juerguecita?

Gritó de la rabia y fue hasta el bote de pintura. —Ya me voy, ya me voy. —Suspiró del alivio

cuando se largó. —Por cierto, pinta también esta puerta, ¿quieres? Pero cambia el color, es horrible.

—¡Imbécil!

Su risa la sacó de quicio y fue hasta el pasillo para ver que se había largado. Entrecerró los ojos. —Este no sabe con quién trata.

—¿Que has hecho qué? —Su padre se quedó mirándola pasmado.

—He abierto una empresa de reparaciones del hogar para las pequeñas chapucillas que hay que hacer en casa —dijo con la boca llena de espaguetis a la carbonara—. Nos va muy bien.

—¿Nos va?

—Roberto, el chapucillas del edificio donde vivo tiene un hermano fontanero. Y su cuñado es carpintero. Los tres pintan, así que cubrimos todas las áreas. ¿A que es genial? Tengo la central en mi apartamento y no paro de recibir llamadas. —Sus ojos brillaron. —Ya tenemos cuarenta opiniones en internet con cinco estrellas.

—¿Y cuánto te llevas tú de eso?

—El diez por ciento. Esta semana me he ganado cuatro mil pavos.

—¿En negro?

Le miró sin comprender y Steven puso los ojos en blanco. En ese momento llegó Tyger sentándose a su lado. —Esos espaguetis tienen buena pinta. —Hizo una seña al camarero. —Lo mismo y deprisa que tengo una reunión.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó molesta.

—Tengo que comer. ¿Qué me he perdido? —preguntó mientras el camarero se acercaba con una botella de vino.

—Aquí la niña ha puesto un negocio.

Él que iba a beber volvió la vista lentamente hacia ella. —¿Qué?

Ignorando que su after shave había revolucionado los glóbulos rojos de sus arterias dijo —¿Necesitas hacer alguna chapucilla en tu casa? Somos tu agencia. —A toda prisa sacó un panfleto de su bolso y se lo puso delante. —Hacemos de todo.

—Los rápidos.

—Esos somos nosotros. Rápidos y eficientes. Garantizamos la primera visita en veinticuatro horas.

Tyger miró a su jefe. —Dime que esto no está pasando.

Steven carraspeó. —Cielo, ¿has constituido tu empresa legalmente?

—No, Steven. ¡No la ha constituido legalmente porque en este panfleto ni hay letra pequeña!

Ambos la miraron esperando respuestas. —No me contéis rollos.

—¿Sabes el paquete que te puede meter hacienda por esto?

Ahora sí que se asustó. —¿Hacienda? ¡Papá haz algo!

—Lo que hace tu padre es tu declaración por ti todos los años, hermosa. —Entonces frunció el ceño sin dejar de mirar el panfleto. —¿Este es tu número de teléfono?

En ese momento empezó a sonar. —Uy, tengo una llamada.

—La madre que la… —Fulminó a Steven con la mirada. —Dile algo.

—Constitúyele la empresa, ¿quieres?

—¿Qué?

—Le va muy bien. Ya se ha sacado cuatro mil pavos.

—Uy, a las cinco no puede ser... —dijo ella—. Mis chicos tienen otra cosa y no terminarán hasta las ocho. ¿A las nueve? Perfecto, la apunto señora Gomez.

Steven reprimió la risa cuando colgó tan contenta. —Se le ha atascado el wáter, eso son trescientos por lo menos.

—¿Y tus chicos tienen horario laboral? —preguntó Tyger con mala leche.

—Pues no, porque somos socios no soy su jefa.

—Cielo, eso da igual. Hay que cumplir con la normativa.

—Dichosas leyes, solo oprimen al trabajador honrado —dijo antes de seguir comiendo como si se lo fueran a quitar de la boca.

—Pues vas a ver a las leyes de cerca como uno de esos tenga un accidente y te demande por no tener ni seguro médico.

Anne parpadeó antes de mirarle. —¿Qué?

—Seguro médico. Es eso que uno utiliza cuando está malito o se cae de una escalera porque cambia una bombilla —dijo entre dientes.

—¡Oye, que yo solo recibo el diez por ciento por intermediaria!

—No tienes ni idea de lo que hay que hacer para poner un negocio, ¿para qué pones uno?

—Es que lo vi tan claro…

—Y yo veo clarísima la multa que te va a caer. ¡Tienes que dejarlo!

—¿Por qué? Me va bien.

—¡Porque después de pagar todo lo que te he dicho y mil cosas más que no te he dicho, esos treinta pavos que vas a ganar por una factura de trescientos ni los habrás visto!

—¿Papá?

Steven suspiró. —Desgraciadamente tiene razón. De hecho de esos trescientos te quedarían limpios unos ciento cincuenta.

Dejó caer la mandíbula de la sorpresa. —¿Ciento cincuenta?

—Esos tíos son unos listos. Tú das la cara con la empresa y ellos se llevan los beneficios sin que les puedan acusar de nada. ¡Es más, hasta te pueden denunciar a ti por tenerles trabajando en estas condiciones!

Entonces les miró de otra manera y ambos entrecerraron los ojos. —Os admiro. Conseguís millones sin levantaros de vuestros asientos y mantenéis a cientos de trabajadores.

Steven ni sabía qué decir —Gracias, cielo. Lo nuestro nos cuesta.

Se levantó a toda prisa y su padre preguntó sorprendido —¿A dónde vas?

—Ha hablar con los chicos. —Le dio un beso en la mejilla y se giró hacia Tyger que levantó una ceja morena.

Gruñó por dentro indecisa, pero al final se agachó y besó su mejilla. —Gracias —susurró a su oído ignorando el alocado latido de su corazón.

Se sonrojó ligeramente y se largó con viento fresco mientras Tyger atónito la observaba. Steven carraspeó trayéndole al presente. —Me ha besado.

Su jefe chasqueó la lengua. —Chico, te conozco desde hace trece años cuando aún estabas en la universidad y me rogaste un trabajo. Siempre has sido muy espabilado por eso eres mi mano derecha y serás mi sucesor, pero en este tema con mi hija no te veo espabilado en absoluto. ¡Ponte las pilas! ¡No puede ser tan difícil de enamorar! ¡Si es muy inocente!

Él como si no hubiera oído palabra cogió su copa de vino y dio un buen sorbo. —Ha sido interesante.

—¿Lo que te he dicho?

Le miró como si se diera cuenta de que existía. —¿Qué?

Steven sonrió. —Déjalo y come los espaguetis que tenemos esa reunión.

Anne mordiéndose el labio inferior tachó mecánico dentista de la lista. Odiaba a los dentistas. ¿Agricultora? Si se le morían todas las plantas. Lo tachó también. Veterinaria… Uhmm, no se veía metiéndole el termómetro por el trasero a un perro, además su perrita Puppy se murió cuando tenía diez años y menudo disgusto se llevó. Tachó con fuerza. Mierda, había tachado medio libro de profesiones y no había encontrado nada que hacer. ¿Y esos libros eran para motivar? Porque a ella la estaba hundiendo en la miseria. Siguió con la lista. —Carnicero —dijo entre dientes—. Pues me da que no vas a poder cortar a una vaca.

Llamaron a la puerta y sorprendida miró hacia el pasillo. Dejó el libro sobre el sillón y caminó descalza hasta la puerta. Era muy tarde, ¿quién sería?

—¿Si?

—Abre, soy yo.

Suspiró del alivio y empezó a abrir los siete cerrojos que tenía la puerta. —¿Ha pasado algo? —Abrió y él la miró de arriba abajo sonrojándola porque llevaba un camisón de seda rosa de tirantes. —¿Qué ocurre?

—Quería preguntarte ciertos detalles de esa empresa que…

Ella le interrumpió. —Hemos cerrado.

—¿Qué?

—Es que los chicos no querían legalizarse. Dicen que así ganan mucho más.

—Genial. Se nota que son unos ciudadanos responsables y que aportan a nuestro gobierno —dijo con ironía pasando ante ella. Anne cerró a toda prisa y él se detuvo en seco mirando el minúsculo sillón que había ante una tele mínima. Bufó yendo hacia el sillón y sentándose poniendo su carísimo maletín sobre las rodillas. Ella reprimió una risita.

—¿Qué?

—Pareces el abuelito de Up.

—Nena, dime que ya has hecho la compra y que por casualidad tienes cervezas.

Levantó la barbilla. —Pues sí tengo. He comprado un par por si viene mi padre.

—¿Y dónde iba a sentarse?

Gruñó yendo hacia la nevera y sacó una lata de cerveza. Le escuchó gruñir levantándose y sacando el libro de debajo de su trasero. Se sonrojó acercándosela y arrebatándole el libro. —Es para que me ayude.

—¿Y cómo va?

—Mal, ¿vale? Ninguna profesión me gusta.

—Es que has nacido para ser la esposa de un empresario —dijo como si nada cortándole el aliento. Él abrió su maletín—. He hablado con uno de los abogados de la empresa y te he traído unos papeles para que los firmes.

Se mosqueó mirando los papeles. —¿Y qué son?

—En ellos eximes a industrias Snow de cualquier tema legal o laboral en el que te veas inmersa. —Sonrió con ironía. —Para evitar posibles demandas queriendo sacarte la pasta.

Jadeó indignada. —Eso no va a pasar.

—Por si das con un listo. Firma. —Abrió la lata y le dio un buen sorbo.

Se arrodilló ante él y cogió los papeles leyéndolos atentamente. —¿Papá sabe esto?

—Oh, sí que lo sabe. Lo primero que hizo al llegar a la oficina fue hablar con el departamento legal.

Gruñó alargando la mano y cogiendo el bolígrafo de oro que tenía en el bolsillo interior de la chaqueta. —No deberías llevarlo ahí, puedes estropear el traje —dijo distraída apoyando los papeles sobre el maletín para firmarlos.

Él carraspeó. —Sí, claro.

Firmó a toda prisa y sonrió levantando la vista hasta sus ojos. —Ya está. La empresa ya está segura de posibles catástrofes.

Tyger sonrió cortándole el aliento. —Gracias por su colaboración.

—De nada. —Sus ojos fueron a parar a sus labios y al darse cuenta de lo que estaba haciendo se levantó a toda prisa. —Es muy tarde, ¿no?

Él gruñó metiendo los papeles en el maletín y dejándolo a un lado. —¿Te ayudo con eso? —Alargó la mano y cogió el libro que había dejado en el suelo sin darse cuenta. Se puso cómodo con el libro en una mano y la lata en la otra. —¿Cirujano? No, no te veo rebanando un cuerpo. —Bebió de su lata. —Uhmm, aquí hay una interesante.

—¿De veras?

—Sexadora de pollos.

—¿Qué es eso?

—Es saber cuál es el pollito hembra y el pollito macho.

—¿Qué? —Se echó a reír.

—Pues es un trabajo muy bien pagado y muy difícil. Pero no te veo cogiendo el pollo para mirarle el culo y saber si es macho por los pliegues.

Arrugó su naricilla. —Descartado

—Veamos… Astronauta no. Te dan miedo las alturas.

—Descartado.

—Esto también vale para piloto, azafata y limpiador de ventanas.

—Todo descartado.

—Nena, lo pones difícil —dijo para sí pasando la hoja y ella se sentó a sus pies divertida—. Oh mira, este sí.

—¿Qué es?

—Madre.

Se quedó sin aliento. —Eso no lo pone en el libro.

—Sí. —Lo volvió y se quedó pasmada cuando se lo señaló. —Sí que lo pone.

—Ser madre no es una profesión. Casi todas pueden ser madres.

—Pues aquí lo pone. Será que el autor temía que se tiraran sobre él las feministas.

Se le quedó mirando mientras hojeaba el libro y dijo distraído —También pone padre.

Se preguntó si él había pensado en ser padre algún día. Ella lo había pensado hacía tiempo, en realidad cuando le había conocido con doce años. Ya era la mano derecha de su padre y le pareció fascinante. Hizo una mueca porque después abrió la boca y fue evidente que la consideraba una idiota. —¿No tienes que irte?

—Aquí, nena —dijo adelantándose, apoyando los codos sobre las rodillas sin dejar de mirar el libro. —Stripper. —Se le secó la boca por cómo la miró. —Se te da bien.

—¿Qué dices?

—Podrías hacer pases privados a hombres de confianza. —Parecía que quería comérsela entera y tragó saliva sintiendo que su corazón se le iba a salir del pecho. —Yo soy de confianza.

—Tú no necesitas pagar por eso —dijo casi sin voz.

—Por ti lo haría.

Se tenía que estar burlando de ella y eso la molestó. La molestó muchísimo. Tensándose preguntó —¿Te estás riendo de mí?

—¿Cuánto por un pase privado?

Entrecerró los ojos. —Tres mil.

Él sonrió dejando la lata sobre el suelo. —Muy bien, veo que tienes la barra colocada de nuevo. Empieza cuando quieras. —Volvió el sofá para mirar la barra y sin saber qué hacer se quedó allí de rodillas. —Nena, estoy esperando.

Se levantó, estiró el brazo y giró el sillón para mirarle a los ojos. —¡No te burles de mí!

La cogió por la cintura atrapando sus labios e impresionada ni se dio cuenta de que la sentaba sobre sus rodillas. Fue un beso tan embriagador, tan sensual que solo podía sentir y sin darse cuenta sacó su lengua para pasarla por su labio inferior haciendo que él gruñera pegándola más a su cuerpo. Cuando acarició de nuevo su labio y Tyger entró en su boca entrelazando su lengua con la suya, gimió de placer rodeando su cuello con las manos mientras él acariciaba su muslo por debajo del camisón, pero llegó a zona blanda y todas las alarmas de Anne se encendieron. Abrió los ojos sin dejar de besarle y la mano acarició su nalga. Se apartó de golpe mirándole con la respiración agitada. —¿Qué haces?

—Espera nena, que te hago un croquis —dijo antes de intentar besarla de nuevo, pero ella saltó de su regazo con cara de espanto—. Ahora me toca a mi preguntar qué haces.

—No, ¿qué haces tú?

—Me da que esta conversación no nos va a llevar a ningún sitio.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó mosqueándose.

—Nena, sé que estás muy sensible, pero…

—¡No estoy sensible! —gritó de los nervios.

—Eso es evidente —dijo como si le faltara un cocido—. Participaste. Activamente.

Se puso roja como un tomate. —No se lo puedes decir a papá.

—Te aseguro que lo que menos pienso en este momento, es en decirle a tu padre que me voy a acostar con su hija.

Jadeó indignada. —¡No vamos a acostarnos!

Ahora el pasmado era él. —¿Qué has dicho?

—Yo… —Muy nerviosa se apretó las manos. —Será mejor que te vayas.

Se levantó. —¡No me puedo ir así! —dijo señalándose su entrepierna con ambas manos.

Se le secó la boca. —¿Eso era lo que notaba? Felicidades, parece grande.

—¡Nena, lo dices como si nunca hubieras visto un pene y eso sí que me está excitando!

Gimió por dentro. —¿Una ducha fría? No hay agua caliente, fría sí, pero como estamos en verano lo agradecerás.

—Vamos a hablar de esto que me pareces algo confusa.

—¿Ah, sí? ¡Pues tenía las ideas clarísimas hasta que me besaste!

—Tú querías que te besara.

Eso no podía negarlo. —Pero de ahí a lo otro hay un trecho.

—De ahí a lo otro es lo más natural del mundo.

—Pues yo hasta que me case no —dijo levantando la barbilla mientras él dejaba caer la suya del asombro—. Mi madre se casó virgen.

—¡Y así le ha ido!

—¿Quieres dejar de gritarme?

Se pasó la mano por la nuca nervioso. —Acabas de cumplir veinticinco años. ¡Algo habrás hecho, porque besar besas muy bien!

Sonrió encantada. —¿De veras? Pues no he practicado mucho.

—Ah, ¿no?

Dio un paso hacia ella y Anne un paso atrás chocándose contra la pared. —No.

Él apoyó una mano en la pared por encima de su cabeza y dijo con voz ronca —Pues entonces lo otro se te va a dar genial. Eso es que tienes instinto, preciosa.

—Uy, que tú me quieres liar…

Acercó sus labios a los suyos. —¿Y si hacemos otras cosas para que te relajes?

Entrando en pánico pasó por debajo de su brazo y él chocó su frente contra la pared gruñendo por lo bajo. —¿Eso es que no?

—¡Sí! —Él la miró con deseo. —Quiero decir no. Quiero que esa noche sea especial, ¿no me has oído?

Él suspiró como si fuera una pesada. —Muy bien, ¿cuándo nos casamos?

Le miró con los ojos como platos mientras su corazón daba un vuelco. ¿Le había pedido que se casara con él? Sin poder creérselo preguntó —¿Qué has dicho?

—¿Cuándo es la boda? Pon la fecha. —Sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta. —Este año cojo las vacaciones en septiembre. Queda mes y medio. Hizo una mueca. ¿Un poco precipitado? Además, mis conocidos puede que no hayan llegado a la ciudad después de las vacaciones de verano. ¿Octubre? Todavía no hace demasiado frío para la luna de miel. —Levantó la vista hacia ella esperando una respuesta. —Nena, tengo una agenda muy ocupada, olvídate de noviembre porque tengo que ir a Tokio.

Atónita levantó una mano pidiéndole un momento y fue hasta su maletín para cogerlo del suelo. Él frunció el ceño. —¿Lo estás pensando?

Ella fue hasta la ventana abierta tirando el maletín al exterior. —¿Estás loca? ¿Sabes lo que tengo ahí dentro? —Salió corriendo y aún en shock fue hasta la puerta cerrándola con los siete cerrojos. Regresó al salón y se sentó en el sillón. No, había sido una alucinación. ¡Tenía fiebre! Se llevó la mano a la frente y frunció el ceño porque no parecía que tuviera. Golpearon la puerta sobresaltándola. —¡Nena abre! —Pues no había sido una alucinación, no, porque estaba allí.

Sacó la cabeza al pasillo. —¡Vete o llamo a mi padre!

—¿En serio me estás amenazando con eso?

—¡Ya tengo el móvil en la mano!

—Pues llámale.

Jadeó indignada. —¡No querrás eso!

—La que no querías que se enterara de eso eras tú hace dos minutos, ¿o no lo recuerdas? No le vas a llamar. —Qué listo era el muy capullo. —¿O vas a llamarle para decirle la fecha de la boda? ¿La apunto para el quince de octubre?

—¿Estás loco? ¡Si tú no me quieres!

Se quedó en silencio unos segundos. —Ah, ¿pero tú a mí sí?

Abrió los ojos como platos. —¡No digas tonterías!

—Lo lógico es que hubieras dicho que no nos queremos.

—Mira, ya salió el catedrático de la lengua. ¡Largo de mi casa!

—Te noto algo alterada. ¿Quieres sexo, nena?

—¡Capullo!

—Sí, será mejor que lo hablemos mañana.

—¡Ni mañana ni nunca!

Escuchó como retenía la risa. —Que duermas bien, preciosa.

Cuando le escuchó alejarse se volvió con la respiración agitada. Estaba más excitada que nunca en su vida y su corazón aún iba a mil. —Mierda, necesito un Valium. —Gimió yendo hacia el baño, pero allí no tenía ni una maldita aspirina. —Voy a llamar a mi madre que tiene de todo.

Capítulo 4

Marilyn entró en el despacho de su exmarido dando un portazo y Steven la miró pasmado. —¿Qué haces tú aquí?

Al ver a Tyger a su lado con unos documentos en la mano entrecerró sus ojos azules antes de sisear —Tú…

Él levantó una de sus cejas morenas. —¿Yo qué?

—¡Has intentado seducir a la niña!

Mierda. Carraspeó incómodo mientras Steven giraba la cabeza hacia él. —¿De veras?

—Le he pedido matrimonio.

—¡Para seducirla! Este… ¡Este Don Juan quería acostarse con ella, pero como Anne se resistió le pidió matrimonio!

—Resistir es una palabra muy fuerte.

—¡Te dijo que no!

—¡Cambió de opinión porque le has metido ideas absurdas en la cabeza sobre la noche de bodas! ¡No porque no quisiera hacerlo!

—Steven… ¡Di algo!

—Esto es entre los chicos, no sé por qué tenemos que meternos.

Asombrada le miró a los ojos. —¿Vas a dejar que le haga daño? ¿Qué le haga daño a tu propia hija?

—No es…

Marilyn le interrumpió. —Aunque no sé de qué me extraño porque ya ha pasado antes, ¿no?

Steven se tensó. —Te recuerdo que tú en eso tuviste mucho que ver.

—¡Échamelo en cara! ¡Siempre soy la culpable de todo! —Fue hasta la puerta. —¡Pero te recuerdo que tú también estabas allí! —Abrió furiosa y les miró sobre su hombro. —¡No sé lo que está pasando aquí, pero empiezo a imaginarlo! ¿La heredera con el favorito? —Les miró con ganas de sangre. —¿Con este hombre que siempre la ha menospreciado? Por encima de mi cadáver. —Salió cerrando de otro portazo y ambos se quedaron mirando la puerta en silencio.

Tyger iba a decir algo, pero Steven levantó una mano. —Espera, que siempre vuelve.

Se abrió la puerta de nuevo y Marilyn gritó —¡Capullos!

Cerró de un portazo y Steven sonrió. —Ahora sí. —Giró el sillón hacia él. —Así que fue mal, ¿eh?

—¿En serio tengo que hablar de esto?

—Sí.

Suspiró dejando caer los papeles sobre la mesa. —Ella quería.

—Sí, Marilyn siempre le dijo que la noche de bodas fue fantástica. No sé por qué cuando estaba un poco bebida y se quedó grogui en cuanto su cabeza se posó sobre la almohada. Eso por no mencionar que perdió la virginidad en nuestra tercera cita. —Entrecerró los ojos. —Debía ser

lo que le dijeron a ella para que llegara virgen al matrimonio y ella hizo lo mismo. La verdad es que un posible embarazo adolescente siempre nos los puso por corbata, así que nunca la desdije.

—¡Estupendo! ¡Pues ella se ha montado un cuento de hadas!

—Así que le pediste matrimonio.

—Sabes que no tengo mucha paciencia.

Steven se echó a reír. —Me imagino su cara. Si unas horas antes os odiabais.

—Nunca nos hemos odiado. —Frunció el entrecejo. —¿Crees que ella me odia?

Su jefe le miró sorprendido. —Hostia, te gusta. —Se levantó de su sillón mirándole de otra manera. —Te gusta mi hija.

—Teniendo en cuenta que he intentado acostarme con ella, creo que eso ha quedado claro.

—No me refiero al deseo. Te gusta mi hija. —Le rodeó sin dejar de mirarle. —¡Serás cabrón!

—¡Steven!

—La has ignorado a propósito, ¿no?

Él carraspeó. —Era tu hija.

Steven no podía salir de su asombro y se dejó caer en su sillón. —La quieres para ti, por eso te molestó tanto que hiciera el estriptis y que no te pidiera ayuda cuando la necesitó.

—¿Esta conversación tiene algún fin? ¡Porque me has pedido que la enamore y la haga feliz!

Se adelantó. —Pero la ecuación cambia si tú también te enamoras de ella. —De repente sonrió. —Esto va de perlas. Mucho mejor de lo que creía.

—¿No me digas? —dijo entre dientes—. ¿Y qué dice tu ecuación si me sigue rechazando?

—¿Quieres este sillón? Mueve el culo, chico. Conquista a mi hija.

—¿Solo tengo que hacer eso? —preguntó con los ojos brillantes de la alegría.

—Pues sí —dijo su encargada hastiada—. ¿Lo has entendido?

—Tickets —dijo señalándolos—, tarjeta de días, de una semana y tarjeta mensual.

—Y los de estudiantes y mayores.

—Eso. Y si algún viajero tiene problema con las máquinas, salgo cerrando la puerta y le ayudo. Está chupado.

—Lo de cerrar es importante para que no te roben. El dinero está en la caja y ya está cuadrada, así que debes tener en ella quinientos y lo que saques.

—De acuerdo.

La mujer se levantó y ella ocupó su asiento loca de la alegría.

—Tráete algo para leer para mañana o te aburrirás mucho —dijo antes de salir.

—Mi primer trabajo de verdad —dijo emocionada—. Bueno, es una sustitución, pero estoy aquí. —Observó a los viajeros que pasaban. Un chico se puso a tocar el saxo y sonrió. Aquello estaba genial.

Después de seis horas estaba del del saxo hasta el gorro y tenía un hambre que se moría, pero la culpa era suya, claro, porque no había llevado nada para comer y cuando había llegado su descanso, en lugar de ir a comprar algo, había ayudado a un extranjero a entender la máquina. Ahora ese francés estaría tan ricamente comiéndose una hamburguesa mientras ella se comía los nudillos. Entonces le sonó el móvil y sonrió al ver la cara de su padre. —¿Adivina dónde estoy?

—Ni idea. ¿En Disneylandia?

Entrecerró los ojos. —¿Tyger?

—Tu padre ha sido tan amable de dejarme su móvil para hacer una llamada. Tenía la sensación de que a mí no me contestarías al teléfono.

—¡Pues tenías razón!

Un tipo con pinta de estudiante llegó en ese momento. —Una tarjeta de una semana.

—¿No sabe usar la máquina?

—Prefiero que me atiendan, que así no se eliminan tantos puestos de trabajo —dijo mosqueado—. Una tarjeta de una semana.

—¿Dónde estás?

—Trabajando —dijo dándole una tarjeta que ya tenía preparada.

—¿En qué? —preguntó espantado como si eso fuera imposible.

Cuando el tío le mostró la tarjeta de crédito gruñó —Tarjetas en la máquina. Mi datáfono está estropeado.

Él entrecerró los ojos. —Pues no se usarla.

—Nena, ¿quién es ese?

—Un tocapelotas de veinte años que va reivindicando puestos de trabajo cuando es evidente que no ha pegado golpe en su vida. ¡A la máquina!

—Qué mala leche tienes —dijo el chaval llevándose la tarjeta que ella le había dado.

—¡Eh! —Corrió fuera de la cabina, pero él ya había puesto pies en polvorosa pasando los molinetes de un salto. Genial ahora tendría que poner ella ese dinero. Al volverse vio como una chica salía de su cabina. —¡Será posible! ¡Eh, tú! —Corrió tras esa y no era tan rápida como el otro. Sobre todo porque le dio por ir hacia la salida del metro y era hora punta. Subió los escalones tras ella esquivando a los que bajaban y esta se volvió pegándole un empujón que la lanzó escaleras abajo arrastrando de paso a tres que bajaban. Tirada sobre los últimos escalones gimió con la mejilla sobre el suelo y se dio cuenta de que aún tenía el móvil en la mano. Gimiendo de dolor se lo acercó a la mejilla y Tyger estaba gritando que qué pasaba. —¿Tyger?

—¿Sí, nena?

—¿Eso que firmé vale en caso de arrollar a alguien sin querer? —preguntó antes de perder el sentido.

Los gritos de Tyger diciendo que iba a demandar a la empresa del metro se escucharon desde la sala de urgencias donde la habían metido. El doctor estaba examinándole el brazo cuando la cortina se corrió y allí estaba Steven Snow con cara de querer matar a alguien y su pupilo con ganas de seguir gritando.

—Disculpen, pero... —El médico al darse cuenta de quien era se calló en el acto. —Señor Snow…

—¿Qué tiene mi hija?

—Contusiones, básicamente. Y dos puntos en la cabeza. —Sonrió encantado. —Ha tenido mucha suerte, no como los demás que se han fracturado varias cosas. Está en muy buena forma y es joven, seguramente ha sido eso.

—¿Dos puntos en la cabeza? —preguntó Tyger acercándose—. Steven necesita un escáner. ¡El golpe nos la ha dejado tonta! ¡Mírala, ni se entera!

—Oh, está drogada —dijo el médico haciendo que ambos le fulminaran con la mirada—. Le dolía y…

—¿Qué le dolía? —preguntó Steven agresivo por el estado de su hija.

—Pues todo básicamente —dijo azorado—. Cayó rodando y era un buen tramo de escaleras. Le saldrán bastantes morados.

Steven palideció sin dejar de mirar la mejilla raspada de su hija. —Tyger llama al helicóptero. Nos la llevamos al Goldenberg.

—Le aseguro que la he revisado bien y no considero necesario que la cambien de hospital por muy exclusivo que sea.

—Usted no tiene que considerar nada. —Tyger ya estaba hablando por teléfono y Steven sacó el suyo mientras el médico indignado salía del box. —¿Marilyn? Ve al Goldenberg. Nuestra niña ha tenido un pequeño accidente.

—¿Pequeño? —gritó Marilyn de los nervios caminando de un lado a otro de la sala de espera —. ¡Llevan con ella tres horas! —Se acercó a su exmarido. —Debe tener algo grave, vete a preguntar.

—Ya ha ido Tyger tres veces, cielo. Cálmate.

—¿Cómo voy a calmarme? —Bufó sentándose a su lado y le quitó el café que tenía en la mano para darle un buen sorbo. —Está claro que el mundo laboral no es lo suyo.

—Por eso quiero que tenga una vida tranquila al lado de alguien en quien confío.

Tyger estaba gritando al teléfono que como no se dieran prisa en terminar la fábrica de Tokio iba a ir allí a retorcerles a todos las pelotas y ella elevó una ceja. —¿Ese hombre?

—¿Acaso ves a alguno más por aquí?

Marilyn frunció el ceño antes de mirarle. —¿Qué quieres decir?

—¿Te ha presentado a alguien que fuera importante en su vida alguna vez? —Su mujer separó los labios de la impresión. —Marilyn por Dios, ¿cómo no te has dado cuenta?

—Crees que… No, ¿con él? Si le odia.

—Demasiado, ¿no crees?

—Bueno, la niña sabe que para ti es el hijo que nunca tuvimos. Eran lógicos sus celos.

—No eran celos. Era una respuesta lógica al desprecio que él le profesaba.

Le fulminó con la mirada. —¿Entonces no es lógico que le odie? Como has dicho la despreciaba.

—Tyger es muy… exigente consigo mismo y con los demás.

—Es un capullo.

—Marilyn…

—Mírale, no hace más que pegar gritos al teléfono. Parece Hitler.

Steven reprimió la risa. —Yo soy igual. Y que fuera así te gustaba.

—No discutamos, ahora con la niña así no.

Él suspiró. —No quiero discutir.

—Menos mal porque ya estoy de los nervios. ¿Por qué no nos dicen nada?

Tyger que se guardaba el teléfono en la chaqueta salió de la sala y Steven sonrió. —Ahí va de nuevo. Está de los nervios.

Marilyn entrecerró los ojos. —¿Tú crees?

—Cielo, esto ya está en marcha.

—Como le haga daño… —dijo entre dientes.

—Eso no pasará, porque sabe que como le haga daño a mi niña, le corto los huevos.

—Eso, tú asústale mucho.

En ese momento Tyger entró con un médico y ninguno de los dos tenía muy buena cara. —¿Señores Snow? —Ambos se levantaron de inmediato. —Siento comunicarles que…

Marilyn cayó redonda de inmediato. —¡Cielo! —gritó Steven agachándose.

El médico la puso boca arriba y se puso a gritar que tenía un código azul mientras empezaba la reanimación. Steven se llevó las manos a la cabeza y Tyger le cogió por el brazo para apartarle mientras la rodeaba personal médico. —Dios mío. —Los ojos de Steven se llenaron de lágrimas mientras se afanaban por salvarle la vida. —Esto no está pasando.

—Tranquilízate, la están atendiendo. —Sacó su móvil a toda prisa. —¿Derek? Te necesito en el hospital Goldenberg ya. Tráete a tu gente.

—¿Por qué llamas a nuestro jefe de seguridad?

—Lo que el médico iba a decirte es que tu hija ha desaparecido.

Le miró sin poder creérselo. —¿Cómo desaparecido?

—En el estado en que se encontraba solo hay una opción, Steven. La han secuestrado.

Le dolía todo y tenía frío. Gimió girándose y cubriéndose con la sábana. Molesta se pasó la mano por la mejilla y al mover el pie este cayó sobre algo metálico. Eso le hizo fruncir el ceño y abrió los ojos. Dejó caer el pie de nuevo y se escuchó clink. Volvió a hacerlo y el sonido era el mismo. Qué camilla más rara. Se giró hasta ponerse de espaldas escuchando música a lo lejos y parpadeó. Vivaldi. Sí que estaba oscuro. ¿Le estarían haciendo una prueba? El doctor dijo que iban a hacerle pruebas. —¿Oiga? ¡Tengo frío! ¿Eso es normal? —Agudizó el oído. —¿Oiga? ¿Hay alguien ahí?

Entonces empezó a asustarse. La bata del hospital y esa sábana no es que la taparan lo suficiente como para soportar ese frío mucho tiempo. —¡Eh! —Quiso incorporarse y su cabeza chocó contra el techo gimiendo de dolor. Entonces alargó la mano para tocar la pared que estaba casi a su lado. Asustada tocó el techo del que salía el frío y espantada gritó al darse cuenta de que estaba en el depósito de cadáveres. Gritó girándose como pudo y golpeó la puerta. —¡Sáquenme de aquí! —Intentó buscar una palanca, pero allí no había nada. —¿Cómo va a haber nada? Los que están aquí no van a salir. ¡Oiga! ¡Qué se han equivocado! —Entonces se le cortó el aliento. ¿Y si estaba muerta y le estaba pasando como al de la película de Ghost? Patrick Swayze creía que estaba vivo. Se movía. Le costó un rato darse cuenta de que la había palmado hasta que no vio su cuerpo sangrando por el balazo que le había metido aquel desgraciado. Se giró, pero si su cuerpo estaba allí ella no veía ni torta. —La madre que parió a ese estudiante. Como le pille… —Entrecerró los ojos. —¿Ese será tu objetivo? Encontrarle para cargártelo. Claro, tienes que vengarte. ¡No se roba! —Parpadeó. —¡Deja de decir tonterías! ¡Hasta que Whoopi Goldberg no te diga que estás muerta y que tienes que ir hacia la luz, tú estás muy viva! ¿Cómo voy a estar muerta? —Se le cortó el aliento. —¿Entonces por qué te han metido aquí? —Agachando la cabeza se sentó con las piernas al estilo indio rodeando su culito con la sábana porque aquella camilla estaba fría del carajo, mientras pensaba por qué la habían metido allí. ¿Y si no era un depósito? —Frunció el ceño tocando la puerta. Sí, era cuadradita como las de las pelis. —Sí, esto tiene una pinta de depósito que no puede con ella. —Bufó abrazándose. Entonces pensó en sus padres. Madre, el disgusto que debían haberse llevado. Eso empezó a cabrearla de veras y gritó —¡Eh! ¡Listillos! ¡Moved el culo y sacadme de aquí antes de que se me congele el trasero! —Entonces entrecerró los ojos. ¿A qué temperatura estaba? ¿Unos cinco? No era frío como en un

congelador, pero no tenía buena pinta. Movió sus manos abriéndolas y cerrándolas. No podía llevar allí mucho tiempo porque sino estaría temblando de frío. Tapándose bien con la sábana para cubrirse los pies pensó en que tenía que moverse y hacer ruido. Y si podía abrir la puerta mejor. Entonces se tumbó en la camilla y esta se movió sobre el rail chocando con la puerta. Sí, era definitivo, estaba en el depósito de cadáveres. Uy, cuando se enterara su padre… Iban a rodar cabezas. En medio de la camilla levantó las piernas en L lo que pudo apoyando los pies en la puerta. Con ambos pies dio un golpe y sintió como la puerta temblaba. —Venga, solo hay que reventar el cierre. —Volvió a hacerlo y la golpeó de nuevo. Entonces el cierre cedió mostrando una rendija de luz. Chilló de la alegría golpeando con fuerza y la puerta se abrió de golpe. Empujó la camilla apoyando las manos en las paredes y en ese momento se abrió una puerta abatible. Una limpiadora con el carrito entró y al verla se detuvo en seco mirándola con los ojos como platos. —Oiga, ¿puede llamar a alguien? Ha habido un error.

La mujer gritó sobresaltándola antes de salir corriendo arrollando el carrito a su paso. Chilló de la alegría gritando —¡Estás viva! ¡Esa puede verte! —Suspiró satisfecha sentada sobre la camilla y miró a su alrededor. Al ver la plataforma de metal donde se realizaban las autopsias perdió el poco color que tenía en la cara. —Mejor espero en otro sitio. —Bajó de la camilla como un rayo y de puntillas rodeó aquella cosa para ir hacia la puerta. —Hizo una mueca cuando tuvo que mojarse los pies por el agua que había derramado aquella escandalosa y caminó por un pasillo hasta un ascensor. Pulsó el botón y entonces escuchó que alguien se acercaba corriendo y gritando. Giró la cabeza hacia la izquierda para ver que dos médicos llegaban corriendo con la limpiadora que no dejaba de gritar. Entonces al verla se detuvieron en seco mirándola pasmados. —Oigan, ¿pueden decirles a mis padres que estoy viva?

Capítulo 5

Un hombre llegó corriendo a la sala de espera y Tyger se levantó al ver que era su jefe de seguridad. —¿Tienes algo?

—La han encontrado. No os lo vais a creer, la habían trasladado al depósito.

Perdieron todo el color de la cara. —¿Qué? —gritó Tyger que fue el primero en reaccionar. Fuera de sí le cogió por las solapas del traje—. ¿De qué ha muerto?

—Dios mío… —dijo Steven al borde del colapso.

—¡No, está viva! ¡Ha habido una confusión!

Ambos se le quedaron mirando como si no hubieran entendido una sola palabra. —Está viva y parece estar bien. Tiene una ligera hipotermia, eso es todo.

—¿Eso es todo? —siseó Tyger antes de soltarle.

Steven se levantó. —¿Tyger?

—Sí, jefe.

—¡Quiero ver a mi hija! ¡Y después quiero que cierres este chiringuito! —gritó fuera de sí antes de caminar hacia la puerta.

El director del hospital llegaba en ese momento. —Señor Snow ha sido una confusión terrible que lamentamos profundamente.

Steven le cogió por la camisa acercando su rostro al suyo. —Sí que lo van a lamentar. ¡Quiero ver a mi hija! ¡Y más vale que mi mujer salga de esta porque sino no dejaré piedra sobre piedra!

El hombre pálido asintió. —Su mujer está mejor. La están tratando, pero se recuperará. Está consciente, ¿sabe?

—No, no lo sabía —dijo como si ese también fuera un error monumental.

—Podrá verla enseguida y a su hija también, por supuesto.

—¡Quíteme las manos de encima! —escucharon que gritaba Anne—. ¡Tengo que ver a mis padres! ¡Estarán de los nervios, inútiles! ¿Pero qué hace? Uy, cuando Tyger se entere de esto… ¡Vete buscando trabajo!

Ambos corrieron hacia el final del pasillo para verla caminando descalza con dos mantas encima mientras dos hombres intentaban que se sentara en una silla de ruedas. Al verles se le llenaron los ojos de lágrimas. —¡Papá! —Corrió hacia él y Steven la abrazó. —Estoy viva.

Este sonrió. —Mi niña… —La besó en la sien antes de fulminar con la mirada al director del hospital. —Mi hija está descalza. Tiene hipotermia y está descalza —dijo entre dientes.

El hombre se volvió y salió corriendo. —¡Unas zapatillas!

Anne levantó la vista hacia Tyger que parecía entre aliviado y con ganas de pegar cuatro gritos. Indecisa no sabía muy bien qué decirle. Se apartó de su padre y sorprendiéndola la cogió en brazos. —Estoy viva —susurró mirando sus ojos.

—Eso ya lo veo.

Apoyó la mejilla en su hombro. —Pues yo llegué a dudarlo.

—¿Te asustaste?

—Mucho. —Le abrazó por el cuello. —¿Dónde está mamá?

Steven apretó los labios mientras Tyger la abrazaba más a él como si quisiera protegerla. Anne suspiró de gusto contra su cuello. Que bien estaba así. Le daba calor. Al darse cuenta de que no contestaban miró a Tyger. —¿No ha venido?

Su padre hizo un gesto a uno de los médicos que ahora les rodeaban y dijo —Traigan un sedante para mi hija.

—¿Un sedante? —Asustada miró a su padre. —¿Por qué?

—Nena, has pasado por una situación muy estresante.

A ella no se la daban, allí pasaba algo. —¿Dónde está mamá?

Sin darse cuenta llegaron a una sala y Tyger la sentó en la silla. —Primero tómate el sedante.

—¿Qué pasa? ¿Es ese idiota de James? —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿No ha venido porque está papá?

Él le acercó la pastilla y se la metió en la boca como si fuera una niña. Le acercó el vasito y ella bebió con ganas.

—¡Mi hija está sedienta!

—Agua, agua —dijo el director sin saber dónde meterse.

Steven la miró angustiado. —Papá, ¿qué ocurre? —Como no le contestaba miró a Tyger acuclillado ante ella. —¿Qué pasa? Mamá no dejaría de venir al hospital ni por James ni por nadie. —De repente sonrió. —Ya lo entiendo, le habéis dado otra pastilla como a mí y se ha quedado grogui.

—No, preciosa. —Cogió sus manos. —Marilyn ha tenido un infarto. —Perdió el poco color que tenía en la cara. —Pero afortunadamente sucedió aquí y la atendieron de inmediato. Se va a poner bien.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Por mi culpa?

—No, señorita Snow —dijo el director rápidamente—. Su madre tenía una cardiopatía previa. Eso nos dijo en cuanto despertó y la estamos evaluando.

—¿Qué coño nos está contando? —preguntó su padre sin salir de su asombro—. ¿Cómo que tenía una cardiopatía? ¡Nunca nos dijo nada!

—Eso nos ha dicho ella, señor Snow.

Tyger se incorporó. —A ver, buen hombre… ¡Queremos hablar con el cardiólogo ya!

—Eso cielo, que si mamá hubiera tenido algo me lo hubiera dicho. —Miró a uno y al otro. —¿No?

—Tranquila nena, que esto se va a solucionar.

—A ver si meten la pata como hicieron conmigo —dijo asustada—. ¿Papá?

—¿Tyger? Prepara el traslado al Sinaí.

Entró en la habitación sin hacer ruido e intentó reprimir un sollozo al ver a su madre tumbada en la cama con los ojos cerrados. Tenía una cánula nasal que según le había dicho el cardiólogo era para ayudarla a ventilar, pero si todo iba bien se la quitarían al día siguiente. Se acercó y se quedó a su lado. Marilyn debió oírla porque abrió los ojos y sonrió agotada. —No te preocupes.

—No me dijiste nada —susurró cogiendo su mano—. Lo sabías desde antes del divorcio y no nos dijiste nada.

Suspiró mirando el techo. —Temía que pensara que lo estaba utilizando para que sintiera pena por mí. Me merecía lo que pasó.

Una lágrima cayó por su mejilla. —No digas eso.

—Él cometió errores, pero yo le traicioné. Sentía rabia por lo que estaba haciendo contigo, creí que había llegado a odiarle, pero no fui capaz de utilizar mi enfermedad para que se detuviera. —Sonrió con tristeza. —Será que en el fondo quería protegeros. No quería que os preocuparais por mí. —Apretó su mano casi sin fuerzas. —Me voy a poner bien.

—El doctor dice que la operación ha sido un éxito y que el marcapasos ni lo notarás. Ni siquiera cuando vayas en avión porque este no tiene ningún tipo de metal que pueda saltar en los controles.

—Es un alivio con lo que viajo últimamente —dijo divertida.

Sonrió. —Volverás a viajar. Dentro de poco será tu luna de miel.

Perdió la sonrisa poco a poco. —No va a haber boda, cielo.

Suspiró del alivio, pero intentó disimular. —¿De veras? Qué triste noticia.

Marilyn soltó una risita. —Que mal finges.

—Pues que sepas que está fuera con ganas de verte.

—¿Con tu padre?

—Papá y Tyger le miran como si fueran a saltar sobre él en cualquier momento. El pobre está en una esquinita de la sala de estar sin decir ni pío.

—¿Tu padre no ha ido a trabajar? —preguntó pasmada.

—Desde hace tres días no. —Abrió los ojos como platos. —Agárrate, y Tyger tampoco ha ido a la empresa. —Se acercó. —Y está muy pendiente de mí.

—¿No me digas?

—Sí. Todo esto es rarísimo.

—Querrá asegurarse de que estás bien. —Apretó su mano. —Estás bien, ¿no?

—Sí, mamá. ¿No te había dicho el médico cuando estabas en la UCI que estaba bien? ¡Le pedí que te lo dijera!

—Sí, pero no me lo creí hasta que te he visto. Creía que lo decía para que no me alterara. —Alargó la mano y acarició su mejilla herida. —Cielo, lo de trabajar no va contigo.

—Empiezo a pensar que tienes razón. Aunque aún me queda la mitad del libro por mirar. Igual hay suerte.

—¿El libro?

—El de las profesiones del mundo.

—Madre mía.

—¿Qué? Necesito ayuda, mamá.

—Ni se te ocurra salir del país para trabajar.

—No, yo acoto en Manhattan que luego es un lio.

Marilyn sonrió. —¿Me haces un favor?

—Claro.

—Quítame el anillo.

Se le cortó el aliento mirando su mano izquierda y a toda prisa se lo quitó. —Hala, ya está. ¿Quieres que se lo diga yo?

—Sería algo raro, ¿no crees? Además, merece que hable con él.

—No, que tantas emociones te agotan. Ya voy yo.

—Cielo, sé suave.

—Uy sí, suavísima. —Salió de la habitación a toda prisa y entró en la sala de espera que estaba a unos metros.

Su padre y Tyger se tensaron mientras James carraspeaba antes de decir —¿Puedo pasar?

—No, majo. —Se acercó y le dio el anillo. —Hala, a tu casa.

—¿Qué es esto? —preguntó sin entender.

—Pues el anillo de pedida, ¿estás ciego?

James pasmado preguntó —¿Está rompiendo conmigo?

—Mira, la pobre está infartada, recién divorciada y algo confusa. Te da el anillo porque antes de cometer un error monumental mejor parar esto a tiempo. Así que aire que ya hablará contigo cuando se recupere.

—Pero…

Steven dio un paso hacia él apretando los puños. —No querrás disgustarla con discusiones absurdas sobre vuestro compromiso en el momento tan delicado que está pasando, ¿no es cierto?

—No, claro que no quiero disgustarla. Yo la quiero.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Anne pasmada—. ¿Te has atrevido a decirle a mi padre que la quieres? ¿A su mujer? ¡Tú no tienes vergüenza!

—Nena cálmate. —Se acercó a James y le cogió del brazo. —Mira tío, lárgate de aquí antes de que pierda la paciencia.

—Si la pierde es su problema. Ella está conmigo.

—No, si el que voy a perder la paciencia soy yo.

Le miró con los ojos como platos. —Ah.

—Sí, ah. —Amenazante se acercó a su cara. —Acércate a ellos de nuevo y te rompo las piernas. ¿He hablado claro?

—Como el agua.

—¡Pues largo de aquí!

James casi salió corriendo y Tyger miró exasperado a Steven. —¿Cómo pudiste controlarte y no mataste a este tío en su momento?

—Pues si te digo la verdad no tengo ni idea.

—Bueno, ahora es historia. Papá pasa a ver a mamá.

—¿Yo? —preguntó pasmado.

—Sí, tú. —Sonrió radiante. —Ha preferido verte a ti, ¿a que es genial?

Steven Snow miró a uno y después al otro antes de estirarse la chaqueta del traje y respirar hondo. —Allá vamos.

—Dile cosas bonitas y sé delicado. —Se acercó a él y le limpió la impecable solapa.

—Hija…

—Y dile que las flores son tuyas. Ah, y que no tiene que preocuparse por nada porque tú te haces cargo de todo lo del hospital y eso…

—Nena, estuvo casado con ella treinta años, creo que sabe cómo hablarle.

Le fulminó con la mirada. —Solo intento ayudar.

Tyger chasqueó la lengua. —Dile que la perdonas.

—¡No!

Ambos la miraron. —No saques ese tema. No quiero que se sienta mal por ello.

—¿Se siente mal por ello? —preguntó su padre esperanzado—. ¿Se arrepiente?

Mierda, en que jardín se había metido. —Bueno, al principio se arrepentía.

—Pero luego ya no, ¿eso quieres decir? —preguntó mosqueado.

—Papá… Tú no le hacías ni caso. Era como esas mujeres de la cena, ¿qué podías esperar?

Apretó los labios. —Muy bien, hay que pasar página. Mejor no sacar el tema.

—Eso. Tú mira hacia adelante.

Su padre se volvió y ella se apretó las manos viendo como salía de la sala de espera. —Espero que no meta la pata.

—¿Crees que podrán olvidarlo alguno de los dos? —preguntó con ironía.

Volvió la cabeza hacia él. —Claro que sí, se aman.

—Joder, pues yo no quiero que nadie me ame así.

—La gente comete errores. —Él miró sus ojos sin responder. —¿Qué? ¿Tengo algo en la cara?

—Sí nena, tienes algo en la cara.

Gruñó volviéndose para sentarse y gimió cuando le dolió parte del trasero. —¿Te duele mucho? —Se sentó a su lado.

—Es soportable.

Miró la manga larga de su blusa y sus pantalones vaqueros largos que se había puesto ese día para no mostrar los morados. —¿Es mucho?

—Parezco un mapamundi. —Intentó cruzarse de brazos, pero no pudo.

—¿Has dormido algo?

—¿Con mi madre en la UCI? Menos mal que esta mañana la han pasado a la habitación porque me estaba volviendo loca. —Tyger alargó la mano y cogió la suya. Se le cortó el aliento y miró hacia él. —Gracias.

Él sonrió. —De nada.

Agotada se recostó contra él y Tyger pasó el brazo por sus hombros. —Me gusta que estés aquí. —Se quedaron unos minutos en silencio y él acarició su hombro con el pulgar. Anne suspiró de gusto pensando que le gustaría que fuera así siempre porque se sentía realmente bien a su lado. —¿Sabes que si no tuvieras ese carácter tan insoportable podría darte una cita? —Bostezó.

—¿Una cita?

—Sí, porque yo soy muy selectiva, ¿sabes?

—¿No me digas? —Divertido sonrió. —Pero tengo este carácter, nena.

—Ese es el problema. Aunque a veces me gusta.

—¿Cuándo no te replico?

—Exacto. —Divertida miró hacia él y se le cortó el aliento porque sus rostros estaban muy cerca.

Él miró sus labios provocándole un vuelco al corazón. —Nena, tengo que decir lo que pienso —susurró.

—Pero es que piensas muy mal de mí.

—¿De veras? —Rozó sus labios provocando que cerrara los ojos sintiéndose embriagada. —¿Y qué pienso de ti?

—Que soy caprichosa.

Él besó su labio inferior de una manera tan erótica que gimió. —Lo eras.

—Odias que no haya estudiado una carrera seria…

—Ajá. —Acarició su nariz con la suya antes de lamer su labio superior provocándole un estremecimiento.

—Crees que manipulo a mi padre.

—Nena, le pediste un coche cuando ni tenías carnet y te lo compró.

Soltó una risita. —Era una cucada. —Perdió la sonrisa poco a poco. —Pero luego…

—Mejor no recordar lo que pasó luego.

—Sí, hay que pasar página —susurró mirando sus ojos—. ¿Continuamos?

Besó su labio superior. —Lo estoy deseando.

Se echó a reír. —Eso nos lleva a una parte interesante de lo que no te gusta de mí.

Besó su cuello. —Estoy deseando saberla.

Suspiró de gusto. —No te gustan las rubias, siempre sales con morenas.

Lamió el lóbulo de su oreja. —Eso solo significa que tengo un gusto pésimo.

—Y no quieres esperar hasta la boda.

A Tyger se le cortó el aliento. —Nena, ¿te lo estás pensando?

Se sonrojó. —No, claro que no.

Él se apartó para mirar sus ojos. —Ah, ¿no?

—Bueno, algo lo he pensado. Es lógico, ¿no?

—Muy lógico.

—Y también he pensado que mi padre no es de dejar las cosas al azar.

Se tensó enderezándose. —No, no lo es.

Sonrió irónica. —Que te haya hecho venir de Tokio, me llamó muchísimo la atención.

—¿No me digas?

—Sí, porque todavía no habías cerrado el trato. Y tú aquí no podías hacer mucho sobre mi…

—¿Metedura de pata?

Entrecerró los ojos. —Ya no podías controlar los daños. ¿Por qué te hizo venir, Tyger?

Él se levantó, lo que confirmó sus sospechas. Estaba intentando buscar una salida lógica. —Quería que hablara en la junta de accionistas.

—No me cuentes historias, siempre habla él.

—Quiere empezar a delegar.

—Mírame. —Tyger se volvió. —¿Te ha pedido que te cases conmigo a cambio de la presidencia? —Él apretó los labios. —¿Que te cases con su heredera? Sería un trato redondo, ¿no? Así encarrilaría mi vida y tú conseguirías eso que tanto ansías.

Su silencio lo dijo todo y dejó caer los hombros desmoralizada. No la quería y era tan malditamente manipulador como su padre.

—Qué bajo has caído —dijo tensándole—, qué bajo habéis caído los dos.

—Solo quiere que seas feliz.

—¿Contigo? —preguntó con desprecio—. ¿Con un hombre que no me ama y que vendería su alma al diablo con tal de conseguir lo que es mío?

Él apretó los puños con rabia. —¡He trabajado como un cabrón mientras tú vivías una vida de lujo! ¡Me merezco ese puesto y lo sabes muy bien!

—Lo sé. Y él también lo sabe. ¡Por eso jamás le daría la presidencia a otro! —Sonrió maliciosa. —A no ser…

—¿A no ser qué?

—Que me case con alguien con los mismos atributos que tú. Un yerno del que se sienta orgulloso.

Tyger entrecerró los ojos. —Nena, no sé qué se te está pasando por la cabeza, pero ya puedes ir olvidándote.

—Tú has empezado esto. Haber tenido un poco de orgullo y haber dicho que no. —Cogió su bolso y fue hasta la puerta. —Dile a mi padre cuando salga que ya sé qué hacer con mi vida. —Le miró con odio intentando reprimir el dolor de su corazón. —Que pase un buen día, señor

Cassady.

—Nena…

Agarrada a la barra giró elevando una pierna mientras sonaba el teléfono. Estiró el cuello y miró el sofá donde lo tenía. —Hija, ¿no coges el teléfono? —gritó su madre desde el salón—. ¡Tu padre debe estar que se sube por las paredes! ¡Llevas así diez días!

Gruñó poniéndose de pie y cogió el teléfono. —Estás alterando a mamá.

—Lo dudo, acabo de hablar con ella y estaba perfectamente. Hija, ¿volvemos a las andadas?

—Díselo a ese yerno que te has buscado.

—Solo quería lo mejor para ti.

—¿Lo mejor? Si no me quiere.

—¿Ese es todo el problema?

Pasmada fue hasta la puerta y bajó las escaleras para llegar al salón donde su madre leía una revista. —¿Y a ti no te parece un problema? ¿Y me lo dices tú que llevas enamorado de la misma mujer treinta años?

Marilyn soltó una risita pasando la hoja. —Le tengo loquito.

—¿Te está oyendo tu madre?

—No. —Entró en la cocina y fue hasta la nevera donde cogió un agua. Al ver la marca hizo una mueca. Iba a tener que hablar con su madre de cómo administrar su pensión. —¡Y no te desvíes del tema! ¿Cómo se te ocurre buscarme marido? —La cocinera que estaba haciendo la comida soltó una risita y ella se acercó para ver qué había. —Sin nada de grasa, Teresa. Esta sigue la dieta como me llamo Anne.

—Lo que diga, señorita.

—Eso hija, que siga la dieta. ¿Toma la medicación?

—Por supuesto.

—¿Puedo ir a verla?

Se detuvo en seco. —¿No venías porque estoy enfadada?

—No quería discutir contigo y que se disgustara —dijo entre dientes.

Se sintió fatal porque hubiera pensado eso. —Papá, tienes que dejar de hacer estas cosas.

—¿El qué?

—Que si te enfadas con alguna lo pague la otra.

Él gruñó. —Hago eso, ¿eh?

—Mira, si quieres venir a verla, pásate esta noche. Tengo una cita.

—¿Cómo que una cita?

Sonrió maliciosa. —Con Spencer Barret.

—¿Qué? ¡Es un playboy de poca monta! ¡Y tiene cuarenta años!

—Está de muy buen ver, es rico y dueño de una empresa de material de deporte. Me lo he encontrado en el club y me ha parecido agradable. —Soltó una risita. —Dice que va a llevarme a París.

—¡Por encima de mi cadáver!

A ver si le daba algo. —Papá, te ha revisado el cardiólogo, ¿no?

—¡Tengo el corazón de un toro!

Suspiró del alivio. —Genial, pues ya te contaré cómo me ha ido.

—¡Anne ni se te ocurra! —Ella colgó el teléfono y pasmado miró a Tyger. —Me ha colgado.

¡Mi hija me ha colgado!

—¿Qué te ha dicho de una cita? —preguntó entre dientes.

—¡Que ha quedado con Barrett!

Se tensó. —¿Qué has dicho?

—¡Ese gigoló de tres al cuarto va a salir con mi hija! —dijo entre el pánico y el terror—. ¡Haz algo!

—¿Qué quieres que haga? ¡Se mudó a casa de Marilyn el mismo día que lo descubrió todo y cuando no estaba con su madre en el hospital, el portero no me dejaba pasar y no me cogía el teléfono! ¡Desde que tu exmujer ha vuelto a casa no puedo ir para que no se disguste si discutimos! —Gruñó. —Y vamos a discutir. ¿Qué hago, Steven? ¿Me lo quieres explicar? ¿La sigo por toda la ciudad?

—Sí.

—¿Cómo has dicho? —preguntó pasmado.

—Ese imbécil irá a recogerla a casa. Síguela. —Se levantó mirándole fijamente. —Como ese cuenta conquistas toque un pelo a mi hija, te capo.

—¿A mí?

—¡Todo esto es por tu culpa! ¡No haber cantado!

—Tu hija no es tonta, ¿sabes? Era muy lógico que después de cómo nos llevamos durante todos estos años viera un poco raro que le pidiera matrimonio.

—Es increíble lo torpe que eres con las mujeres.

—¿Yo torpe? ¿Te está dando un ictus?

Entrecerró los ojos. —Eres torpe con la que te gusta. Y esa, que es mi hija, va a salir con ese don Juan esta noche. ¡Ponte las pilas!

Capítulo 6

—Oh, hija… estás monísima con ese vestido nuevo. Has tirado la casa por la ventana, ¿no? Debe gustarte mucho.

Se giró para mirarse por detrás. Era tan entallado que le enfatizaba el trasero y el color azul resaltaba sus ojos. —Veinte pavos me he gastado, pero es una inversión, mamá.

—Claro, hay que estar hermosa para pillar un hombre como ese. —Observó como se ponía unos tacones de quince centímetros. —Perfecta.

—Gracias.

—Me extraña que Tyger se haya cruzado de brazos mientras otro hombre intenta arrebatarle la novia.

—No soy su novia —siseó cogiendo su bolso.

—Pues yo tengo la sensación de que estás loquita por él —dijo mirándose su impecable manicura.

—¡Pero él no me quiere!

—Quiere casarse contigo, llevarte a la cama y por cómo estuvo a tu lado cuando le necesitaste es evidente que te apoyará. ¿Quién dice que no te quiere?

—Pues él.

Soltó una risita. —Que tontos son los hombres —dijo saliendo de la habitación.

Ella la siguió. —¿Qué quieres decir?

—Cielo, como tú misma dijiste un hombre como él no se deja manipular por nadie. Ni siquiera por tu padre. Ese puesto ya era suyo y él lo sabía de sobra.

Se quedó sin aliento. —¿Crees que siente algo por mí y aprovechó que papá se lo sugirió para intentarlo? ¡Si no me soportaba!

—Creo que por respeto a tu padre no lo intentó antes y cuando le dieron vía libre allá que fue. ¿Por qué quedarse solo con la empresa si podía quedarse con todo? Hija, lo has visto al revés.

—Estás equivocada —dijo sin salir de su asombro porque esa posibilidad ni se le había pasado por la cabeza.

—Te apuesto a que sabe que vas a salir con ese y que va a hacer algo para arruinarte la noche.

—Porque se habrá chivado papá.

—¿Y no era lo que querías al decírselo?

Se sonrojó ligeramente y su madre se echó a reír. —Eso hija, tú hazte la ofendida que así le tendrás comiendo de tu mano antes de lo que te imaginas.

Dio un paso hacia ella. —¿Eso crees?

Los ojos de Marilyn brillaron porque acababa de confirmar lo que le había dicho su marido. Estaba loca por Tyger. —Hija, ¿desde cuándo le amas?

Se puso como un tomate. —¡Yo no le amo!

—Hija…

—¡No le amo! Es un prepotente y un… Un... ¡Aprovechado!

—¿Y hace que tu corazón se paralice cada vez que te sonríe?

—Mamá déjalo ya.

—¿Qué sentiste cuando volviste a verle después de dos años? —Se mordió el labio inferior. —Hija, contéstame.

—Me echó la bronca.

—No te estoy preguntando eso. ¿Qué sentiste? ¿Qué sintió tu corazón?

Agachó la mirada y a Marilyn se le cortó el aliento. —Fueron unas décimas de segundo, pero me alegré.

—¿Hace cuánto que reprimes lo que sientes por él, cielo?

—Fue un amor adolescente. —Levantó la barbilla. —Todo el mundo tiene uno.

—Pero a todo el mundo no le dura años. —Cogió su mano y la sentó en el sofá a su lado. —¿Por qué no quieres intentarlo?

—Él no me quiere —dijo convencida.

—Y dale. Tu padre y yo lo que más queremos en esta vida es que seas feliz y creemos que puede ser el adecuado. ¿No te fías de nuestro criterio?

Gruñó incómoda. —Y si no funciona la que sufriré seré yo.

—La gloria es para los valientes.

—¿Y Spencer?

Marilyn soltó una risita. —Me muero por ver qué hace Tyger esta noche con el orgullo que tiene. Será interesante.

Su padre miraba a su cita como si quisiera desmembrarle mientras su madre desplegaba todos sus encantos como buena anfitriona después de las presentaciones, aunque ambos lo conocían de vista del club.

—¿Nos vamos? —preguntó Anne cogiendo su bolso de mano.

—Por supuesto. Ha sido un placer volver a verla tan recuperada, señora Snow —dijo como todo un caballero besando su mano.

Esta soltó una risita como una colegiala. —Gracias, es muy amable.

—Llámeme Spencer, por favor. —Miró a su padre. —Señor Snow…

—Mi hija tiene que estar en casa a las doce —dijo cortante.

Parpadeó sorprendido. —¿A las doce?

—En punto.

—Querido, deja que se diviertan, la noche es joven. Lo dice por mi medicación, pero pondré la alarma del móvil.

—Estaré aquí a las doce —dijo ella dejándole pasmado cuando fue hasta la puerta y la abrió —. ¿Vamos? Tengo hambre.

—Oh, sí por supuesto.

Dejó que él pasara y advirtió a su padre con la mirada antes de cerrar.

—No le caigo muy bien a tu padre, ¿no?

Para qué mentir. —Pues no, pero me tienes que caer bien a mí. ¿No es suficiente?

—Sí, por supuesto.

—Perfecto. —Entró en el ascensor y esperó que él diera al botón.

—Estás preciosa —dijo acercándose demasiado—. Y tu perfume es embriagador.

—Gracias, es nuevo. Y el vestido también.

—Te has tomado muchas molestias por mí —susurró acercándose más y pasando la mano por su espalda para cogerla por la cintura, lo que la hizo sentir realmente incómoda.

—Spencer…

—¿Sí, preciosa?

—Las manos quietas. —Parpadeó como si no entendiera. —Soy algo tradicional en el cortejo, ¿entiendes?

—Pero si has sido stripper.

—¿Cómo has dicho? —preguntó indignada—. ¿Y porque haya enseñado los pechos ya hay vía libre?

—No, claro que no, pero te creía más liberal.

—Pues no —dijo levantando la barbilla—. ¿Todavía quieres ir a cenar? ¿O vuelvo a casa de mis padres?

Él carraspeó incómodo. —No, si yo no…

Se abrieron las puertas y allí estaba Tyger cruzado de brazos. Se quedó sin aliento. —¿A dónde vas, nena?

—Oh, pues… —Levantó una ceja mirando a su cita. —¿Te decides o no?

—¿Qué hace este aquí?

—¿Es tu novio? —preguntó Spencer incrédulo. Se acercó y susurró —Tiene fama de mala hostia en el club. Le he visto en el gimnasio en el saco de boxeo, no me gustaría que me partiera la cara y más cuando no voy a sacar ni un polvo.

Ella jadeó y antes de darse cuenta Tyger agarraba a Spencer por la corbata. —¿Qué has dicho?

—¡Tyger suéltale! ¡Ya no voy a salir con él! ¡Es un idiota!

Volvió la cabeza hacia ella. —Eso pensaba.

Le señaló con el dedo. —¡Una cita! ¡Y estás a prueba!

Caminó hacia la salida y él se volvió para verla salir. Spencer carraspeó. —¿Lo he hecho bien? ¿Me dejarás ganar en un combate ante los socios?

Gruñó soltando su corbata y yendo tras ella. Spencer suspiró del alivio antes de sonreír. —¡Te veo en el club, amigo!

—Cállate idiota. Te va a oír —siseó antes de pasar ante el portero—. Ni una palabra, Jeff.

—Por cien pavos soy sordo, ciego y mudo.

—Me cago en… Ya me has sacado cien por quedarme en el portal.

—Es lo que hay.

Sacó la cartera viendo cómo se subía a un taxi.

—Tyger, ¿vienes o no? —gritó mosqueada.

Cogiendo la pasta el portero sonrió. —Que pase una buena noche, señor Cassady. Se la ve muy dispuesta.

—Lo importante no es cómo empieza sino cómo acaba.

—Acabará con ella aquí antes de los postres. ¿Quiere apostar los doscientos pavos? —preguntó divertido.

—Hecho. —Salió a la acera y fue hasta el taxi entrando a toda prisa. —Al Cardinale.

—Enseguida, jefe.

La miró poniéndose cómodo. —Nena, casi debería ofenderme porque te has puesto preciosa para ese idiota.

—¿Casi? Deberías estar ofendidísimo. Ahí demuestras lo que te importo.

—¿Vas a tener esa cara de vinagre toda la cena?

—¿Pero no estaba preciosa?

—Esto no empieza bien —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Que no te noto muy receptiva, nena.

—Ah, que tengo que estar receptiva para cenar con un hombre que solo quiere casarse conmigo por la empresa de mi padre. —Al ver que el taxista les miraba por el retrovisor dijo —¿Usted qué opina?

—Las sesiones de pareja las cobro aparte.

Tyger se echó a reír y ella le fulminó con la mirada. —Paga él.

—Oh, pues si yo fuera usted con lo preciosa que es saldría con otro. Siendo rica y guapa los debe tener a patadas. Busque a uno que la quiera por sí misma, aunque sea pobre.

Se le cortó el aliento mientras Tyger decía entre dientes —Gracias amigo.

—Gracias no. Son veinte pavos.

Anne se adelantó. —Eso mismo pensaba yo, ¿sabe? Pero la cosa está difícil.

—Pues tengo un sobrino que no solo es guapo sino listo.

—Se acaba de quedar sin propina —dijo Tyger.

—¿Por qué cree que he pedido los veinte pavos? Siempre que doy mi opinión me quedo sin propina. —Le miró por el espejo. —Usted es guapetón y tiene clase. Es lógico que busque a una con dinero.

—Mira tío… Tengo pasta de sobra que para eso trabajo.

—¿También es rico?

—¡Pues sí!

Anne asintió. —Papá dice que ya es muy rico. Invierte muy bien, ¿sabe?

—Pues chica, si es rico y le gusta este no se lo piense tanto. Los ricos son así, se casan con gente con pasta. Porque le gusta ¿no? Sino no estaría aquí y enfadada porque quiere sacar tajada.

Le miró de reojo. —No está mal.

—¿Y a usted le gusta ella? Porque debe haber muchas ricas herederas por ahí que se pirrarían por salir con un galán como usted.

—Sí, me gusta —dijo entre dientes.

—Pues yo les declaro novios formales. —Detuvo el taxi. —Hala, sesenta pavos.

Ella le miró impresionada. ¿Le gustaba? ¿O solo lo había dicho para quedar bien con el taxista? Pero ese hombre tenía razón podía conseguir otra rica heredera y cualquier padre estaría encantado de tenerle por yerno, darle la empresa y el alma si hacía falta. Era un hombre admirado. No solo porque todo lo que había conseguido había sido con su propio esfuerzo, pues su familia era de clase media baja, sino porque tenía fama de tiburón en los negocios y ella que conocía a los empresarios, porque se había criado entre ellos, sabía que se pegarían por tenerle por yerno.

—Sally Wilkings está soltera y es muy mona.

Gruñó mientras pagaba. —Nena, sal del coche.

—Su padre estaría que no cabría en sí de gozo por pillarte. ¿Quieres que te la presente? Somos conocidas.

—Ya la conozco y no me interesa.

—Ah, ¿no?

Volvió la cabeza hacia ella fulminándola con la mirada. —Vale, ya me bajo. Cómo te pones

por una sugerencia de nada.

—¿Una sugerencia de nada? ¿Tengo pinta de play boy?

—¿Tengo que responder esa pregunta?

—¿Me estás llamando chulo?

Hizo que no lo había oído bajándose del coche y sin poder evitarlo sonrió porque le había cabreado. Él salió del taxi dando un portazo y gruñendo la cogió por el brazo. —Nena, ¿qué tal si dejamos el tema y disfrutamos de la velada?

—Eso pienso hacer.

Mirándola con desconfianza entraron en el local y cuando el maître les vio casi se muere. —Oh, señor Cassady, señorita Snow… cuánto lo lamento, pero de momento no tenemos mesa.

—¿No has reservado mesa? —preguntó queriendo chincharle.

—Preciosa, ¿acaso teníamos una cita? —Miró hacia el hombre. —No pasa nada, tomaremos algo en la barra, Greg.

Suspiró del alivio porque sus mejores clientes no se habían ofendido. —Por supuesto invita la casa. Acompáñenme, por favor.

Siguieron a Greg hasta la barra y al mirar distraída a su alrededor se tensó cuando vio en una gran mesa a Jessica Broke mirándola disimuladamente mientras murmuraba algo al grupo de chicas que la acompañaban, que por lo que veía eran sus amigas de toda la vida. Mierda. Volvió la vista al frente y todas se echaron a reír demostrando que le habían dado la espalda.

—Tus amigas están en aquella mesa. ¿No vas a ir a saludarlas?

—Será mejor que no —dijo algo pálida.

Tyger apretó los labios y cuando Greg les dejó en la barra le dio las gracias mientras ella se sentaba en el taburete dando la espalda al comedor todo lo que podía. El camarero se acercó de inmediato. —Dos chardonnays.

—Enseguida, señor Cassady.

Él se mantuvo de pie observándola y le miró de reojo. —Bueno, cuéntame, ¿qué tal tu día? —preguntó intentando aparentar normalidad, aunque aquella situación no era normal en absoluto.

—Nena, ¿qué te han hecho?

Agachó la vista avergonzada. —Nada.

—No me digas nada. Parece que les tienes miedo —siseó.

—No digas tonterías.

—Ah, ¿no? Pues vamos a saludarlas.

—No. —Cogió su copa a toda prisa y le dio un sorbito. Le miró de reojo porque Tyger no era de los que desistían. Que estuvieran allí era un buen ejemplo. —Me dieron la espalda, ¿vale? ¿Ahora dejamos el tema?

—A la hija de Steven Snow nadie le da la espalda.

—Pues ellas lo han hecho. —Sonrió con tristeza. —Aunque ya lo habían hecho cuando perdí mi dinero. Dejaron de llamarme cuando ya no pude acompañarlas en sus salidas.

—Ahí demostraron que no eran amigas, ¿no crees? —preguntó muy tenso.

Agachó la mirada demostrando que ese tema le dolía. —Cindy me dijo que Jess la había obligado a elegir y como yo ya no tenía ese nivel de vida… Llorando me preguntó qué iba a hacer ella sola en la Riviera. Que Jess era muy influyente y que su padre esperaba de ella que tuviera buenos contactos.

—Esa zorra de Jess siempre te ha tenido envidia.

—El otro día fui al club por primera vez desde que empezó todo. Jess estaba allí con Marni y

Teresa. Estaban en el bar tomando algo después de jugar al tenis. Por supuesto pasé sin saludar siquiera y la oí decir lo bajo que había caído. —Su labio inferior tembló intentando contener el llanto. —Que ella jamás se metería a puta para conseguir dinero y que no sabía cómo mi padre me había perdonado.

—¿Qué has dicho? —La cogió por la muñeca bajándola del taburete y tiró de ella hasta el comedor.

—¿Tyger? —preguntó asustada.

Se detuvo para mirarla a los ojos. —Eres Anne Snow. Si hay alguien influyente en este maldito lugar esa eres tú. A ver si se te mete de una maldita vez en la cabeza, nena. —dijo furioso—. ¿Qué haría tu padre?

—Enfrentarse a ellos —susurró.

—Exacto, jamás deja que nadie le pise. Y puesto que tú eres la única que se ha enfrentado a tu padre y ha salido victoriosa, ¿vas a dejar que esa estúpida te arrincone? Hace dos años tú estabas en el centro de esa mesa.

—Ya no quiero estar ahí —dijo avergonzada.

—Por supuesto que no porque han demostrado que no son amigas de verdad, pero vamos a dejarle claro a esa zorra que el puesto que ahora ocupa es tuyo y que si quisieras recuperarlo la echarías a patadas. Ahora levanta la barbilla como haría tu padre y ve a ponerla en su lugar.

Sabía que tenía razón, pero ese tema le dolía mucho y que se rieran de ella sus propias amigas la avergonzaba. A saber lo que dirían los demás a sus espaldas. Además Jess era muy vengativa y a saber lo que podía hacer si se enfrentaba a ella. —Vámonos.

Incrédulo dio un paso atrás. —Les tienes miedo, no es solo vergüenza.

—No es cierto.

La cogió por los brazos. —¿Qué te han hecho? Y no te lo pregunto más porque si tengo que preguntarlo de nuevo lo haré allí y te aseguro que la cosa no acabará bien.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me robó mi diario.

—¿Qué?

—Jess me robó mi diario. Cuando las cosas empezaron a ir realmente mal después de que firmaran el divorcio la llamé porque sabía que quería mi reloj. El que papá me regaló en mi dieciocho cumpleaños. Se lo vendí por un precio de risa y aprovechó para comprarme más cosas que yo sabía que quería. La dejé sola para ir a buscar una bolsa y me robó mi diario. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Me di cuenta esa noche y solo había estado ella en casa. La llamé y cuando se lo reclamé se rio de mi advirtiéndome que no me acercara a nuestras amigas. Tiene todo lo que decía de papá en esos días. Todos mis pensamientos. Si lo publica… No quiero perder a papá.

Tyger la abrazó a él. —Muy bien, nena… No pasa nada, lo recuperaremos.

—¿Cómo? No me lo dará ni reconocerá que lo tiene. La conozco muy bien.

La besó en la coronilla y susurró —Nena, nos están mirando. Te prometo que lo arreglaré, pero lo que vas a hacer ahora es apartarte loca de la alegría y darme un beso como si esas lágrimas fueran de felicidad. No queremos dejar en evidencia a tu padre de nuevo, ¿no? —Se enderezó entre sus brazos. —Eso es preciosa, eres una Snow y esa zorra lo va a pagar. De eso me voy a encargar yo.

Levantó la vista hacia él esperanzada. —¿Lo harás?

Él sonrió. —De eso puedes estar segura. —Increíblemente le creyó y sonrió antes de ponerse de puntillas para acercar sus labios a los suyos. —Tenías que haberme llamado, nena. Yo lo

hubiera arreglado. —Atrapó sus labios besándola apasionadamente y Anne se dejó llevar. Varios del restaurante silbaron y Tyger se apartó mirándola a los ojos.

Ella se sonrojó y para su sorpresa Tyger sin soltarle la mano arrodilló una pierna. —Anne Snow, desde que te conozco poco a poco has ido entrando en mi corazón y en estos dos años separados me he dado cuenta de lo esencial que eres en mi vida. Tanto que no quiero perderte. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

—¿Qué haces? —preguntó entre dientes sin perder la sonrisa.

—Aprovechar la situación.

—Serás cabrito.

Él se echó a reír y besó su mano. —Vamos, nena. Será todo un reto, pero podemos hacerlo.

Separó los labios de la impresión porque parecía que lo deseaba de veras y antes de que se diera cuenta dijo —Sí.

Varios aplaudieron levantándose de sus sillas y Tyger rio incorporándose poniéndole algo en el dedo. Se le cortó el aliento al ver un enorme diamante en forma de corazón y sorprendida miró sus ojos. —¿Lo llevabas contigo?

—Hay que estar preparado.

—¿Para cuando tuviera la guardia baja?

Se echó a reír cogiéndola por la cintura. —Exacto. —La besó de nuevo y sin poder evitarlo se sintió feliz porque su cuerpo, su mente y su alma eran suyos. Cuando se apartó la besó en la frente. —Muy bien, nena. Se acercan a felicitarnos.

Sonrió a los conocidos que ni había visto en su llegada y para su sorpresa Cindy se acercó. —Felicidades.

—Gracias —dijo sinceramente.

—Ha sido precioso.

Sonrió mirando a Tyger. —Sí que lo ha sido.

—Hacéis la pareja perfecta —dijo Jess tensándola. Cindy perdió la sonrisa apartándose y mostrando que estaba tras ella con una sonrisa falsa en el rostro—. Felicidades.

—Gracias.

—Aunque esto ya se sabía, claro.

—No te entiendo.

—Bueno, la heredera y el posible presidente… No hay que ser muy inteligente para leer entre líneas —dijo con segundas.

—No sé de qué me hablas.

—¿No? —Se echó a reír y se acercó para susurrar —Siempre has sido algo infantil e inocente. Espabila, Anne. Puede que tú le ames con locura, pero él no siente lo mismo por ti.

—¿Ahora eres adivina? —preguntó Tyger muy tenso.

—No tengo que serlo. —Le miró a los ojos sin dejarse intimidar. —En esos dos años has venido a Nueva York al menos diez veces y no te has molestado en quedar con ella porque quedabas con otras.

Anne perdió todo el color de la cara porque ella solo sabía de dos viajes en los que no había coincidido porque estaba muy ocupado a pesar de que su madre le había invitado a cenar. Pero en esas dos ocasiones siempre decía que tenía compromisos. Compromisos con otras.

—Eso es mentira —dijo él entre dientes aliviándola.

—Yo no miento. Puedo llamar a Goldie Preston y preguntar si estoy en lo cierto. ¿No ha sido tu amante durante ese tiempo?

—Dios mío, Jess… —dijo Cindy escandalizada—. Nos están mirando.

—Cállate.

Tyger dio un paso hacia ella. —Escúchame bien bruja… ¿Sabes lo primero que voy a hacer mañana por la mañana?

—¿Llamar a Goldie para decirle que ya no podrás verla?

—No, porque lo de Goldie se acabó hace mucho. Voy a llamar a tu padre y le voy a hacer una oferta que no deberá rechazar. —Jess se tensó. —Me parece que no recuerdas con quien estás hablando, zorra manipuladora, pero yo no voy a dejar que hagas daño a mi mujer con tus estupideces. Devuélvele lo que es suyo. Todo, porque si no vas a verme realmente cabreado. Acércate a un periodista o a las redes para soltar tus mentiras y tú y los tuyos acabaréis pidiendo en Central Park. Eso te lo juro por mis muertos. —Cogió del brazo a Anne que ni sabía qué decir. —Vamos, nena. Al parecer ya tenemos mesa. Señoritas…

Anne miró a Cindy sin moverse del sitio. —¿Es cierto?

—Nena…

—¿Es cierto? —preguntó sin levantar la voz.

—Goldie nos dijo en el club que había quedado con él. Eso fue hace más de año y medio. Vino de Tokio para una reunión. No te lo dije para no disgustarte.

Entonces Anne sonrió disimulando. —Cielo, eso ya me lo habías contado. —Cindy suspiró aliviada. —Quedaste con ella para asesorarla con el testamento de su padre. Fue cuando murió el señor Preston, ¿no amor?

—Sí, nena. —Muy tenso cogió su mano. —Vamos que Greg está esperando.

—Miéntete a ti misma, pero jamás te querría si no fuera por tu empresa —dijo Jess con rabia.

—Esas palabras no merecen réplica. Deberías controlar tus celos, Jess. Te lo digo como amiga —dijo con burla antes de perder la sonrisa poco a poco para decir fríamente—. Envíame lo que es mío a mi casa a primera hora. Mi prometido no tiene paciencia y si no quieres que haga esa llamada procura darte prisa. Tengo entendido que tu padre no tiene muy buen carácter cuando se enfada. —Jess apretó los puños. —Y se va a enfadar, ¿no es cierto? —Sonrió a Cindy. —Me he alegrado de verte.

—Lo mismo digo. —Incómoda miró a Jess que parecía a punto de montar un numerito. —Te llamaré.

—Sí, hazlo. Tenemos mucho que contarnos. Vamos querido, estoy muerta de hambre y tenemos que celebrar nuestra noche.

—Lo estoy deseando, preciosa. —La besó en la mano y tiró de ella hacia la mesa donde Greg les esperaba con una botella de champán.

—Felicidades.

—Gracias, Greg. —Su prometido le acercó la silla y se agachó a su lado para susurrar —Muy bien, nena.

No dijo palabra mientras se sentaba ante ella. —¿Es cierto?

—Eso fue antes. —Esas palabras fueron como un jarro de agua fría. Él cogió la copa que Greg le ofrecía y se la tendió. —Brindemos, preciosa.

—¿Por nosotros? —preguntó con burla mientras Greg se alejaba.

—Por el futuro. —Mirándola a los ojos continuó —Que es lo único que importa.

Por mucho que le doliera sabía que había tenido un pasado con otras mujeres y no podía reclamarle nada, pero mejor dejar las cosas claras desde el principio. —Eres mío.

Él que iba a beber se detuvo mirándola a los ojos. —Este anillo en el dedo dice que eres mío

y no de otra. Así que si tienes en mente casarte conmigo para quedarte con la empresa y después vivir tu vida, que se te vaya olvidando. —Sonrió maliciosa. —Porque haré que papá ponga en el contrato prematrimonial que si me eres infiel te quedarás sin nada, ¿me has entendido?

Él sonrió divertido. —Nena, eres más parecida a tu padre de lo que piensas.

Correspondió a su sonrisa aliviada porque no se lo hubiera tomado a mal. —Lo sé, mi amor.

—¿Y si tú me eres infiel a mí? Tu madre lo hizo.

Apoyó los codos sobre la mesa. —¿Te preocupa?

Perdió la sonrisa de golpe. —Pues sí.

Entonces se dio cuenta del poder que tenía ella en ese matrimonio y sonrió aún más. —Cielo, pues si te preocupa tendrás que hacer que eso no suceda, ¿no crees? —Se encogió de hombros. —No me desatiendas.

Se la comió con los ojos. —No creo que eso pase.

Bebió de su copa de champán pensando que era mejor cambiar de tema. —¿Te das cuenta que puede que no haya sido la estrategia más inteligente?

—¿Estás cambiando de tema o seguimos con el mismo? Porque si seguimos con el tema de la boda he estado brillante. —Sonrió divertido. —Pero como te conozco y sé que no quieres hablar de sexo porque eso te tentaría…

—No me tentaría.

—Nena, vamos a poner unas reglas. Número uno, no me interrumpas. —Jadeó mientras él continuaba —Como iba diciendo supongo que para no hablar de sexo has sacado el tema de esa bruja para que nos centremos en otra cosa. Y la respuesta es que he decidido cortar por lo sano, con esa gente hay que ir de frente para no llevarte sorpresas. Ahora sabe que me has contado lo del diario y teme que meta a su padre en esto o que le perjudique comercialmente, que puedo hacerlo y mucho. Eso la hará ir con pies de plomo y no meter la pata. Si lo devuelve, todo queda en nada y si se va de la lengua, la que va a vender todo lo que tiene es ella.

—¿Y si ya se lo ha enseñado a alguien? —preguntó preocupada.

—Si lo ha hecho se encargará de que mantengan la boca cerrada porque sabe que la responsabilizaré a ella. Tendrás el diario en tu casa por la mañana y si hay alguna copia no la utilizará. Puedes estar tranquila.

—Jess no es de las que se quedan con los golpes.

—Tú tampoco. Y ese desafortunado video es buena prueba de ello.

Se sonrojó. —¿Vas a sacar otra vez el tema?

—Si me hubieras llamado, nada de todo esto habría ocurrido —dijo entre dientes.

—No mostrabas mucho interés por mi vida antes de irte a Tokio, de hecho me tratabas como a una estúpida. Si te hubiera llamado, te hubieras puesto de su parte.

—Si me hubieras llamado me hubiera enterado de la verdad mucho antes que tú y te hubiera abierto los ojos —dijo entre dientes—. Lo que hizo tu madre me parece indignante. No solo le pone los cuernos a su marido, sino que engaña a su hija haciéndote creer que Steven es un monstruo.

—Temía perderme.

—¿Y eso justifica el daño que te hizo?

—No se lo perdonará nunca.

—Lo que no entiendo es como tú la has perdonado. —Bebió lo que quedaba de su copa.

—Porque la quiero y sé que ella me quiere por encima de todo. Renunció a lo que podía conseguir por mí.

La miró sorprendido. —Al contrario que tu padre, ¿eso quieres decir?

Agachó la vista hacia la carta que tenía delante. —Tenía que haberme entendido.

Tyger apretó los labios. —Y lo hizo, nena. Pero tenía las manos atadas por el trato al que habían llegado.

Anne suspiró. —Estoy harta de esto.

—Pues aún nos quedan unos flecos que solucionar aparte de esa amiga tuya.

Le miró sorprendida. —¿Qué? ¿De qué hablas?

Tyger suspiró. —Nena, la empresa necesita mostrar estabilidad. A partir de ahora tendrás que ir a las cenas o actos que haya con cara de niña buena y no provocar más divorcios entre nuestros invitados. Nada de escándalos en el futuro, ¿me entiendes?

Se sonrojó. —No es culpa mía que se aburrieran.

—Sí que lo es, porque no las entretuviste como era tu función. En eso se basa una buena anfitriona, en que todos se sientan a gusto. No te hagas la tonta.

Entrecerró los ojos. —Estaba cabreada. ¡La abandonó antes de los cuernos!

—Pues que hubiera hablado con él o que se hubiera divorciado. —Sus ojos brillaron. —Te pillé.

Le miró sin comprender. —No sé qué quieres decir.

Tyger se echó a reír. —Nena, eres de lo que no hay…

—¿Te está afectando el champán, cielo?

—Estabas cabreada por lo que tu padre había hecho, por provocar la situación en la que te encontrabas y buscaste esa salida. Dejarle en evidencia. Me imagino que en el club lo sabían si le pidieron pasta para impedirte actuar y que se organizara el escándalo.

Arrepentida de haber intentado chantajear a su padre se mantuvo en silencio. Pero en aquel momento necesitaba el dinero y no pensaba justificarse. Hizo lo que creyó correcto para pagar las facturas, pero era evidente que él pensaba que todo había sido premeditado desde el principio. La creía tan manipuladora como ellos. Estaba claro que si se casaba con él debía ponerse las pilas y que la creyera una bruja para que no le tomara más el pelo. Levantó la barbilla dispuesta a decir lo que quería oír. —Pues no, no lo sabían. Sé disimular cuando quiero. Creyeron en mí y en mi situación. Solo querían ayudarme.

—Que buenos samaritanos.

—El dueño del local era un aprovechado, pero allí conocí a alguien que tenía un corazón de oro. —Recordando a Cristel acarició la copa de champán. Esperaba que las cosas le fueran bien.

—Dudo que tuviera un corazón de oro. Algo quería.

Le miró a los ojos. —No, es una mujer acostumbrada a los golpes de la vida y quería protegerme.

—¿Tan amigas fuisteis?

—No, pero lo veía en sus ojos.

Se acercó el camarero algo indeciso porque no habían leído la carta. —¿Saben lo que desean esta noche?

Mirándose a los ojos dijeron a la vez —Langosta.

—Excelente elección. —Retiró las cartas y se alejó.

—Así que lo hiciste a propósito. ¿No hubiera sido mas fácil y… limpio hacer una entrevista poniendo a tu padre verde?

—Eso papá no me lo perdonaría nunca —dijo con descaro.

—Es interesante que eligieras esa profesión.

—¿Sí?

—En el límite de lo moral. Y eso me recordaría el regalo que te hice, ¿no es cierto? ¿Querías provocar mi vuelta, nena?

Se le cortó el aliento. De todo lo que tenía para vender jamás pensó en deshacerse de la barra de striptease y era porque se la había regalado él. Le necesitaba, pero era mejor que no se diera cuenta. —Sigue soñando.

Sonrió divertido. —Como he dicho antes te he pillado, nena. Este matrimonio será interesante porque eres más retorcida de lo que aparentas. —Apoyó los codos sobre la mesa. —Reconócelo, querías que volviera. Te exhibiste de esa manera tan provocativa para mostrarme lo que me estaba perdiendo. Estabas harta, harta de la actitud que no entendías de tu padre, de pasar necesidades, de que yo estuviera fuera, lo perdiste todo y te dio igual lo que pensara la gente. Querías castigarnos a todos ¿no es cierto, preciosa? Y si caían las acciones te daba lo mismo. Te has criado entre informes empresariales y conversaciones de accionistas, sabías lo que iba a ocurrir en Tokio cuando se enteraran. Todo estaba milimétricamente pensado para que nos jodiera lo máximo posible. —Como no decía nada Tyger asintió apretando los labios antes de coger la botella de champán y llenar su copa. —Bien hecho, nena.

La sorpresa se reflejó en sus ojos mientras él decía —Jamás vuelvas a dejar que te pisen. —Sonrió divertido. —¿Qué pensabas hacer con Jessica?

La verdad es que no había pensado mucho en ella con todo lo sucedido, porque era evidente que no iba a revelar el contenido del diario a no ser que se acercara demasiado a sus amistades y perdiera el trono que ahora ostentaba. Así que dijo resuelta —Darle algo que no pudiera rechazar por el diario.

—¿Y eso era?

—Tú.

Ahora sí que se quedó de piedra. —¿Perdón?

—Siempre te ha deseado, cielo. Por la posibilidad de una cita contigo me hubiera dado su alma si fuera necesario. —Cogió su copa y bebió un buen sorbo sintiendo la boca seca de tanto mentir.

—Otra razón para que regresara de Tokio.

—Pues sí.

—¿Y cómo pensabas convencerme a mí para que acudiera a esa cita?

Levantó su mano izquierda mostrando su anillo y Tyger al verlo sé quedó pasmado. —No… No eres tan retorcida.

Era evidente que mentir como una bellaca no se le daba mal porque se lo estaba tragando todo. —Antes de que te fueras a Tokio papá me dijo algo que me llamó mucho la atención. Volverá, cielo. No te preocupes por eso. Esto es temporal hasta que se haga cargo de mis responsabilidades.

—Incluida tú.

—Sabía que en su mente estaba dándole vueltas a nuestro matrimonio y que estaría encantado de tenerte por yerno. Tú te morías por dirigir la empresa algún día y aunque mostrabas que no te caía en gracia eres muy ambicioso. Iba a ofrecerte ser mi marido, pero papá se me adelantó. Si te digo la verdad me sorprendió mucho que me lo pidieras. Me quedé de piedra.

—Por eso supiste lo del pacto con tu padre.

—Claro que sí. Era la misma idea que había tenido yo.

—Entonces no sé por qué pusiste tantos peros a mi propuesta, cielo.

—Hubiera sido extraño que claudicara en el acto después de cómo nos llevábamos, ¿no?

—¿Y lo de buscar trabajo y todo lo demás como ese piso donde vivías?

—Oh, quiero independencia. No quiero verme dentro de unos años con una vida vacía como mi madre.

Se la quedó mirando fijamente y levantó su copa. —Me acabo de dar cuenta de que voy a casarme con una mujer muy inteligente.

—Gracias, cielo. —Chocó su copa con la suya.

—¿Ahora que todo ha acabado serás buena?

—Claro que sí, amor. Mientras no me defraudes… —Se escuchó un pitido. —¿Es el tuyo?

Gruñó sacando el móvil del bolsillo interior. —Sí, nena.

Cuando vio que apretaba los labios supo lo que era. —¿Un buen samaritano que cree que todavía no has visto el video?

—Exacto. —La fulminó con la mirada guardándose el móvil.

—¿Qué? Tampoco es para tanto.

—Lo que me jode es que acaba de felicitarnos por el compromiso.

—La falsedad humana no tiene límites —dijo con segundas—. Oh, ahí vienen nuestras langostas. —Sonrió al camarero. —Gracias.

—De nada, señorita Snow.

—Snow por poco tiempo.

—Por cierto, nena. ¿El quince de octubre?

—Cariño, no daría tiempo a organizar la boda que quiere mi madre y que pagará mi padre. —Se adelantó cuando el camarero se retiró. —Piensa que puede que crean que te avergüenzas de eso.

—Ya no tendré fechas libres hasta las navidades.

Sin darse cuenta sus ojos brillaron de la ilusión. —El treinta y uno de diciembre.

—¿En nochevieja? —preguntó divertido.

—Todo el mundo tendrá la fecha libre y seremos nosotros los que organicemos la fiesta. Será perfecto.

—Muy bien, pues que sea el último día del año.

—Iniciaremos nuestra vida de casados en un nuevo año dejando todo atrás. —Algo insegura preguntó —¿Crees que podrás hacerlo?

Sonrió. —Por supuesto.

Soltó una risita empezando a comer su langosta. —¿Y dónde viviremos?

—Hace dos años compré una casa en el Upper East Side. Tiene tres plantas y seis habitaciones más dos de servicio. Pensaba arreglarla y venderla como inversión, pero tuve que irme a Tokio. Ahora creo que será perfecta para nosotros.

—Estoy deseando verla.

—Nena, no te hagas ilusiones que necesita mucho trabajo. Tendremos que vivir en mi piso una temporada.

Se encogió de hombros como si le diera igual. —Hay tiempo hasta el primer niño.

Se la quedó mirando mientras comía y cuando se dio cuenta levantó la vista hacia él. —¿Qué?

Sonrió con picardía robándole el aliento. —Te estoy imaginando embarazada y me están dando unas ganas terribles de fecundarte.

—Shusss, ¿estás loco?

Se echó a reír mientras ella se ponía como un tomate. —Nadie de aquí se escandalizaría.

Estamos comprometidos. ¿Qué más da esta noche que el último día del año?

Madre mía, qué calores. Por cómo la miraba parecía que quería comérsela entera.

—¿Acaso crees que voy a romper este compromiso? No, preciosa. Ya eres mía. —La miró intensamente. —Y como eres mía esta noche dormirás en mi cama.

—Tyger…

—¿Acaso vas a desatenderme tú a mí? Soy una persona muy sexual, nena. No vas a tenerme casi seis meses a dos velas.

En eso tenía razón. Él siguió comiendo como si aquella conversación se hubiera acabado y ella susurró —Hay alternativas.

—Nena, dejé las pajas hace mucho tiempo.

Se puso de un rojo intenso. —¿Y si te las hago yo?

Dejó caer el tenedor de la impresión antes de levantar la vista hacia ella. —¿Qué has dicho?

—Bueno, si no puedes aguantar…

—Nena, si me tocas ahí no sales virgen de la cama.

—¡No te vale nada!

Él se echó a reír. —Tú has puesto la fecha de la boda y has dejado los términos de este matrimonio muy claros con eso de la fidelidad. Yo pido esto, tampoco es para tanto.

La atmósfera que se estaba creando entre ellos la estaba excitando muchísimo, la verdad. —¿Esta noche? —preguntó con la boca seca.

Sin dejar de demostrar todo lo que la deseaba cogió su copa de champán. —Esta noche.

Se le quedó mirando mientras seguía cenando. ¿Estaría haciendo lo correcto? No la amaba, se casaba con ella por la empresa y puede que no la amara nunca. Pero ella le quería, para qué negarlo. Se había enamorado de él hacía tanto tiempo que ni recordaba su vida antes de Tyger. Siempre estaba deseando que fuera a cenar a su casa, aunque tuviera que aguantar sus pullas. Y que regresara de Tokio había sido una auténtica alegría a pesar de los gritos y las discusiones. Eso le hizo pensar si por mantenerle a su lado haría cualquier cosa. Bueno, ya había aceptado un matrimonio sin amor, así que iba por ese camino. Pero al menos tenía una oportunidad de ser feliz y como decía su padre cuando se quería algo había que luchar por ello con uñas y dientes. Y pensaba hacerlo, claro que sí.

Capítulo 7

Hablaron de muchos temas durante la cena y para alegría de Anne todo fue sorprendentemente bien. Se conocían perfectamente y ambos supieron evitar los temas conflictivos. A los dos les encantaba esquiar y decidieron irse de luna de miel a los Alpes. Para los días que quedaban de verano no decidieron nada por el estado de su madre, pero si todo iba bien puede que le pidieran el yate a su padre. Si no se quedarían en los Hamptons.

Estaban a los postres cuando Tyger dijo —Creo que van a volver.

—¿Mis padres? —preguntó ilusionada.

—Tu padre sigue loco por ella.

—Creo que mamá también, pero no me ha dicho nada de ese tema. Está muy avergonzada por lo ocurrido.

—Todavía estoy sorprendido, ¿sabes?

—¿Por lo que hizo mi madre?

Asintió. —Y porque tu padre no me contara lo que ocurría. Creí que confiaba en mí.

—Estabas fuera.

—Solo me dijo que había decidido divorciarse y cuando le pregunté por qué únicamente me respondió que se había acabado. Fue tan tajante que pensaba que ya no la quería y no le pregunté nada más. Tenía que haber insistido en el tema. Fue leyendo la prensa cuando me enteré de que tu madre le había sido infiel, pero tampoco quiso hablar de eso.

—Cuando venías…

—Tres veces, nena. Solo estuve en Nueva York tres veces y en esas ocasiones fueron días de locura con todas las reuniones que tenía pendientes.

—Pero quedaste con ella.

Sonrió irónico. —Tenías que sacar el tema.

—Podías haber quedado con papá.

—Tu padre no podía quedar esa noche, nena. Tenía una cena de negocios.

—Y aprovechaste el tiempo libre.

—La conocía de antes y ninguno tenía pareja. Fue solo sexo sin compromisos por parte de los dos. Te aseguro que ella no esperaba nada más.

—Si lo iba contando por ahí sí que esperaba algo más.

—Pues no es mi problema. Yo fui claro desde el principio.

—¿Y en Tokio?

La pregunta le divirtió. —Nena, no soy un santo.

Gruñó por dentro. —Eso no hace falta que lo jures.

—Parece que te molesta.

—Pues que hayas pasado de mí hasta que te lo ha dicho mi padre me molesta un poco, sí. Será orgullo femenino —dijo entre dientes.

—Nena, si tu padre no hubiera sido quien es no hubieras llegado virgen a los veinticinco.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Creo que ha llegado la hora de pedir la cuenta. —Sonó un pitido y gruñó cogiendo su móvil. Cuando vio la pantalla juró por lo bajo.

—¿Pasa algo?

—Nena, me parece que vamos a tener que suspender la noche e ir a tu casa de inmediato.

—¿Por qué? Ya me había hecho ilusiones, ¿sabes?

—Se avecina un sunami de proporciones bíblicas. Tu amiga está colgando fragmentos de tu diario en internet.

Perdió todo el color de la cara. —¡No!

—Vamos, nena. —Se levantaron de inmediato, pero a Anne le fallaron las piernas. Pálida dejó que la cogiera por la cintura y Greg se acercó lo más aprisa que pudo. —Mi prometida no se encuentra bien. Un taxi.

—Sí, por supuesto.

Salieron de allí tan rápido que ni se dio cuenta de que la prensa estaba fuera sacando fotos. Tyger juró por lo bajo antes de decir la dirección de sus padres a toda prisa. La besó en la sien. —Nena, no te desmayes.

—Dios mío, Dios mío… Esto va a hundir a papá. —Se echó a llorar cubriéndose el rostro. —No me lo perdonará nunca.

—Tranquila, sabrá que no es culpa tuya. Se lo explicaré todo.

Sollozó. Había sido una estúpida, tenía que haber conseguido que le devolviera el diario antes, pero en realidad siempre creyó que Jess no lo utilizaría si se alejaba de sus amistades. Era evidente que la amenaza de Tyger no se la había tomado nada bien. ¿Es que estaba loca? Los suyos no pararían hasta hundirla y estaba advertida. ¿Cómo había hecho algo así?

—Que se prepare para la demanda que le va a caer —dijo Tyger furioso sin dejar de abrazarla.

Entrecerró los ojos. ¿Demanda? Jessica se moriría de vergüenza si la demandaran. No, ella no se expondría a algo así. Su imagen lo era todo para ella y enfrentarse a los Snow en los tribunales la convertiría en una paria social. Y Jess no era tonta en absoluto como para cometer un error tan monumental.

—No ha sido ella —dijo casi sin aliento.

—Claro que sí. Viste la rabia que tenía cuando hablamos con ella.

—Lo robó, sí. Y aunque no lo reconoció ambas sabíamos que no lo utilizaría a no ser que quisiera recuperar mi puesto en sociedad que es lo único que le importaba. ¿Pero exponer lo que escribí en las redes? No, Jessica es más sibilina. Iría soltando rumores sobre lo que hay en el diario. ¿Para qué decirlo en las redes si puede contarlo a las personas adecuadas?

—La acorralamos y ha pasado esto.

—Es que no me puedo creer que haya sido tan estúpida.

—¿Crees que le enseñaría a alguien el diario?

—¿En estos meses? ¡No lo sé!

El teléfono de Tyger sonó y al ver la pantalla se enderezó. —Es Mathew Broke.

Al oír el nombre del padre de Jessica se quedó de piedra y vio cómo se ponía el teléfono al oído y decía —Tu hija te ha metido en un buen lío. Vais a pagar por esto.

Escuchó los gritos al otro lado de la línea y como alguien lloraba. Entonces supo que estaba en lo cierto.

—Joder Mathew, no me cuentes historias. ¡Tu hija ha cometido un delito! Varios delitos y

pienso hacer que lo pague. Ha enfangado la reputación de los Snow y lo pagará. —Colgó el teléfono furioso.

—Jess sabe muy bien que si quisiéramos vengarnos de ella no pararíamos hasta destrozarla. —Volvió la vista hacia su rostro. —Si mi padre me hundió a mí, ¿qué crees que hará con ella? Sabe muy bien todo lo que viví, porque lo ha leído. Solo pensar que puede pasarle lo mismo la volvería loca. No, ella no es capaz de hacer algo así. Tiene que ser alguien que no tenga nada que perder y la ha utilizado de tapadera para hundirme ante mi padre.

—Para hundiros a las dos.

Separó los labios de la impresión. —Cindy.

—Joder con tus amigas. ¿Pero por qué iba a querer hundirte a ti?

—Hace unos años papá hizo un negocio que perjudicó muchísimo a su familia. Perdieron la mitad de su patrimonio. Y cuando hablé con ella después del divorcio, el día en que me dijo que tenía que alejarse de mí porque Jess la había amenazado con excluirla vi todo el rencor que le tenía. Siempre era objeto de sus burlas. Muchos años de rencor acumulado. Así mataría dos pájaros de un tiro.

—Y esta noche vio su oportunidad al escuchar lo de las redes.

Asintió. —Se imaginó que hablábamos del diario y aprovechó la oportunidad. Sería Jessica la que pagaría las consecuencias y papá pagaría por lo que le hizo a su familia.

Él miró al frente pensando en ello. —Seguro que se ha cubierto muy bien las espaldas para hacerlo. Apuesto que el que ha colgado esto tiene un perfil falso y lo habrá hecho desde un ordenador que no le vincule.

—Cindy es programadora informática —susurró.

—Estupendo. No tenemos pruebas contra ella. Solo podemos decir que la información es falsa y esperar que no salga a la luz el verdadero diario.

—Dame el teléfono.

—Nena, si ha sido Jessica… ¡No puedes estar segura de que no ha sido ella o las dos!

—Es lo que voy a averiguar. Dame el teléfono, Jessica me bloqueó cuando le reclamé el diario y no puedo llamarla yo.

Él suspiró y tocó varias veces la pantalla antes de darle el teléfono. Contestaron enseguida. —¡Tyger, te juro por lo más sagrado que no ha sido ella! ¡Tengo el diario aquí, estábamos hablando de ello cuando me llamaron para contármelo!

—Mathew, que se ponga Jessica.

Se puso de inmediato. —¿Anne? ¡Te juro que no he sido yo! ¡Se lo estaba contando a mi padre porque estaba asustada, pero nunca haría algo así! —gritó histérica.

—¿Le has enseñado a Cindy el diario? —Se hizo el silencio al otro lado. —Jessica… Ahora no es momento para que te quedes callada.

—Sí, lo ha leído. Y Teresa también.

Cerró los ojos porque sus amigas de toda la vida no valían nada. —Cindy dijo que debía escanearlo por si al diario le pasaba algo. Ella se encargó mientras tomábamos una botella de vino en mi casa.

—Entró en su ordenador y sacó una copia —dijo Tyger entre dientes—. ¡Tus amigas son estúpidas!

Jessica se puso a llorar. —Lo siento, te juro que lo siento. Mi padre no tiene culpa de esto. Sabes que lo que más quería en el mundo fue a mi madre y te juro por su tumba que nunca se me pasó por la imaginación publicarlo en las redes. ¡No soy estúpida! ¡Tu padre se tiraría sobre mí!

—Tráeme el diario a casa de mis padres. ¡Ahora!

En ese momento se detuvo el taxi y Tyger salió a toda prisa para pagar al conductor por la ventanilla mientras ella salía. El portero abrió la puerta levantando una ceja y Tyger gruñó. —Ya te pagaré.

—No hay prisa.

—¿Mi padre se ha ido? —preguntó yendo hacia el ascensor.

—No, señorita Snow. Sigue arriba.

Intentando reprimir las lágrimas pulsó el último piso y cuando las puertas se cerraron Tyger la abrazó por los hombros pegándola a él. —Todo irá bien.

—Tiene una copia del diario. Esto ya no se puede parar.

—Encontraremos una solución.

Sacó a toda prisa las llaves de su bolso y cuando las puertas del ascensor se abrieron casi corrió para abrir. Cuando vio que en el salón no había nadie frunció el ceño y al oír un gemido miró hacia arriba. Sorprendida volvió la vista hacia Tyger que suspiró. —Increíble.

—¿Qué hacemos? —susurró.

Dio un paso hacia ella. —Esto es una ventaja, nena. Si se lo contamos nosotros no se lo tomará tan mal.

—¿Eso crees? —preguntó dudosa.

—Tú llora mucho.

—Haré lo que pueda —dijo entre dientes.

—Nena, ahora no saques tu rebeldía que no es el momento. ¿Hay alguien en casa? —gritó bien alto.

Se escuchó un jadeo y un golpe en el piso de arriba. —Mamá, ¿estás bien?

—¡Sí! —chilló mientras se oían pasos corriendo de un lado a otro—. ¡Ya estás aquí! Si son las diez y media…

—Al parecer el marcapasos le funciona estupendamente —dijo Tyger divertido.

—No tiene gracia —siseó.

—¿Acaso no era lo que querías?

Pues también era verdad, pero justo esa noche había sido toda una sorpresa. En realidad, toda la noche había estado plagada de sorpresas. —Dile primero que nos casamos. Eso le alegrará.

—No, nena eso hay que dejarlo para el final para endulzarle el momento.

—Estará tan cabreado que ni te escuchará.

—¿Quién es el experto en negociar? Y está claro que tú no tienes ni idea de la naturaleza humana, así que déjame esto a mí.

—Eso es mentira. Calo muy bien a la gente —dijo indignada.

—Seguro que esa que tiene un corazón de oro es una asesina en serie.

—Qué tontería. No mataría a una mosca. —Hizo una mueca. —¿Te he dicho ya que el dueño del local sí que fue detenido por asesinato? ¡Y a ese le había calado!

La miró espantado. —¿Qué has dicho? ¿Te has relacionado con asesinos?

—La mató antes de que yo llegara. No lo sabía.

—La madre que te parió —dijo entre dientes.

—Oh, ahí baja.

Marilyn en bata se pasó las manos por su cabello rubio intentando aparentar normalidad, pero su sonrojo la delataba. —Tyger, qué sorpresa. —Confundida miró a su hija. —¿Y tu cita?

—Era imbécil.

—Sí, tenía pinta. —Sonrió bajando los escalones. —Así que Tyger llegó al rescate.

—Algo así.

—Y te ha traído a casa. Que amable.

—¿Y papá?

—Oh, se ha ido a casa —dijo sonrojada.

Tyger y ella se miraron antes de suspirar. —Mamá, que os hemos pillado.

Marilyn se puso como un tomate. —No es lo que crees. Me estaba haciendo un masaje porque me duele la espalda y… —Al ver sus caras suspiró. —¡Steven baja, que nos han pillado!

—Preciosa es que no sabes disimular. Siempre se te pilla. —Su padre apareció en la escalera loco de contento. —Hija, tengo buenas intenciones.

—Me alegro mucho, papá.

—Sabía que lo harías. —Bajó los escalones como todo un chaval.

Al verle tan contento porque había vuelto con su madre se le puso un nudo en la garganta porque ese maldito diario iba a volver a estropearlo todo.

Pasó ante ellos y fue hasta el mueble bar. —Que sorpresa que estéis juntos —dijo como si nada mientras servía dos whiskies. Pero al volverse con los vasos en las manos y ver sus caras se detuvo en seco. —¿Qué pasa?

—Se ha filtrado algo a las redes que nos va a afectar y mucho —dijo Tyger provocando que su padre se tensara—. Será mejor que te sientes mientras te lo explico. Nena, vete a por un sedante para tu madre.

—¿Tan grave es? —Marilyn palideció sentándose en el sofá. —¿James ha hablado de nuestra relación?

—No, no es eso. —Tyger se pasó la mano por la nuca. —Es algo mucho peor.

Su padre miraba el móvil con los labios apretados. No había dicho una palabra desde que Tyger lo había explicado todo y su madre era evidente que tampoco sabía qué decir. —Creí que habías dejado de escribir diarios cuando tenías trece años —dijo Marilyn.

Avergonzada agachó la mirada. —Cuando empezó el divorcio comencé a escribirlo para desahogarme. —Angustiada se apretó las manos. —¿Papá? Lo siento mucho.

—Tenías que haberme dicho que te lo habían robado —dijo entre dientes.

—Lo sé.

—Joder…

En ese momento sonó el teléfono y Tyger fue hacia él levantando el auricular. —Bien, que suban. Los Broke están aquí con el original.

—Podemos decir que eso es mentira —dijo Marilyn intentando encontrar una salida.

—Tu hija cuenta ciertos detalles sobre mi comportamiento durante el divorcio que todo el mundo sabrá que es suyo. Además, tiene una letra muy particular. En cuanto la prensa rasque un poco confirmarán a quien pertenece —dijo Steven muy tenso.

Que hubiera dicho tu hija demostraba hasta el punto en que estaba cabreado y reprimió un sollozo volviéndose porque no soportaba la expresión torturada de su rostro.

—Hija… —Marilyn se levantó para acercarse a ella. —No es culpa tuya.

—No tenía que haberlo escrito.

—Por supuesto que sí.

Sorprendida se volvió para mirar a su padre que apretó los labios por su dolor. —Te hice

daño, de alguna manera tenías que desahogarte. Son tus pensamientos más íntimos y te los han robado. Nadie tiene derecho a hacer esto y no es culpa tuya, ¿me oyes? Yo soy el responsable de que escribieras ese diario y jamás fue tu intención que saliera a la luz. Los culpables son ellos, no tú.

Tyger abrió la puerta mientras Marilyn decía —También es responsabilidad mía por no haberte dicho toda la verdad. Lo estabas pasando muy mal y no tenías con quien hablar. Es lógico que hicieras algo así.

Anne se echó a llorar tapándose el rostro y los Snow se acercaron para abrazarla. —No llores —dijo su padre—. Les haremos frente juntos, mi niña. Ya nada podrá separarnos.

—Lo siento.

—Sé que lo sientes.

—Están aquí.

Su padre se apartó y los tres se volvieron hacia la puerta para ver entrar a los Broke. Jess estaba descompuesta mientras su padre muy tenso decía —Steven no sabes cómo siento esto.

Se acercó a ellos y alargó la mano. —El diario. —Jess lo sacó rápidamente del bolso entregándoselo. —Sabes que has cometido un delito, ¿no es cierto?

—Sí —susurró asustada.

—Voy a destrozarte.

—¡Steven! —dijo su padre intentando protegerla.

—¡Esta zorra ha dañado a mi hija y la ha expuesto ante toda la ciudad! ¡Ha expuesto sus miedos, sus lágrimas y su sufrimiento! ¡Se ha reído de ella con sus amigas! —La miró con rencor. —¿Qué ella no lo ha publicado? Esa excusa no me sirve de nada. ¡Qué no se lo hubiera robado! ¡Ella lo inició todo y ella es tan responsable como la que lo ha colgado en las redes, que también pagará! ¡Ahora desapareced de mi vista!

El señor Broke al darse cuenta de que de él no conseguiría nada miró a su prometido. —Tyger, por favor. Es algo caprichosa, pero no es mala chica.

—He visto con mis propios ojos como justo después de pedirle matrimonio a Anne y de ponerle el anillo en el dedo, se acercaba a ella para decirle claramente que me casaba por su empresa y que le era infiel. —Dio un paso hacia ellos con rabia. —Y lo hizo únicamente para robarle la ilusión del momento y empañar la pedida de mano. —Marilyn jadeó llevándose la mano a la boca. —Así que no me digas que no es mala chica porque es una arpía de cuidado.

El señor Broke miró a su hija furioso. —Eres igual que tu madre.

—Papá…

—Prepárate para lo que te pueda pasar porque esto se acaba aquí. ¡Te he advertido mil veces! Ya es hora de que pagues las consecuencias. —Asombrados vieron cómo se iba solo y Jessica sollozó. Anne sintió pena por ella porque no hacía mucho se había sentido así.

Jess la miró a los ojos y dijo —Lo siento.

—Se le pasará.

Negó con la cabeza. —No lo creo. Es cierto que me había advertido antes y que lo que te hecho es imperdonable. —Sacó de su bolso una bolsa de terciopelo y la dejó en el aparador de la entrada antes de irse en silencio.

Tyger se acercó a toda prisa para coger la bolsa y echó el contenido encima de su mano. Eran sus joyas, las que le había vendido.

Steven apretó los labios antes de ponerse el móvil al oído. —¿Derek? Prepárate para proteger a mi familia de la prensa. —Colgó y le dijo a Tyger —Que vengan los abogados.

Capítulo 8

Se acercó a la cama de su madre con las pastillas que tenía que tomar y Marilyn las tragó en silencio. —¿Estás bien?

—Sí, hija. No te preocupes por mí. Ven, siéntate a mi lado.

Se sentó en la cama y su madre cogió su mano intentando reconfortarla. —Así que vas a intentarlo. —La miró sin comprender. —Tyger. —Sonrió. —Te ha pedido matrimonio.

—Sí, bueno… Lo hace por la empresa.

—La manera en la que te ha defendido hace unos minutos no era por la empresa. Era algo personal. —Como su hija no decía nada apretó su mano. —Lo pagarán. Todos. No debes preocuparte.

—Le he hecho daño.

—Sí, lo que ha leído le ha hecho daño, pero no porque se publicara sino porque ha visto claramente todo el dolor que te provocó.

—No era mi intención…

—Lo sé. Y él también lo sabe. Siento que todo esto haya enturbiado tu pedida. ¿Te sorprendió? Cuéntame cómo ha sido.

Ella se lo contó todo desde que habían entrado en el restaurante. Cuando terminó hizo una mueca. —Me lo ha pedido para justificar mis lágrimas.

—Tenía el anillo preparado.

—Ha aprovechado el momento.

—Y tú has dicho que sí.

Agachó la mirada. —Le quiero.

—Lo sé. Y aunque al principio no estaba de acuerdo, ahora creo que es el hombre adecuado para ti. Estás rodeada de tiburones que quieren hincarte el diente, ya sea para sacar algo de ti o para hacerte daño. Tyger te ayudará a sobrevivir entre ellos. Será un apoyo para ti y ha demostrado que es de fiar. Es el hombre adecuado. Tu padre tiene razón.

—¿Y si no consigo su amor?

—¿Temes no poder vivir con ello?

—Temo perderle. —Se miró el anillo en su dedo. —Siempre he deseado esto, pero ahora que lo tengo solo temo perderle.

—¿Sabes lo que me dijo una vez mi madre? —Anne la miró a los ojos. —Que no hay nada más seductor que la admiración. Si te admira como mujer, como persona… siempre será tuyo.

Dejó caer los hombros decepcionada. —No admira nada de mí. Cree que no sirvo para nada. Bueno sí, para dar problemas.

—Eso no es cierto. ¿Y sabes por qué lo sé? Porque te desea.

Se le cortó el aliento. —Sí.

—El deseo es esencial en una pareja. Y te aseguro que desaparece cuando hay desprecio o desdén. Las cosas se enfrían o simplemente no empiezan. Si hay deseo es que te admira de

alguna manera. Todo va relacionado.

—Cree que hice lo del club a propósito, para vengarme de papá —susurró—. Me felicitó porque no quiere que nadie me pise.

Marilyn sonrió. —¿Ves? Ahí lo tienes.

—¿Quiere una bruja?

—Quiere que te defiendas. Igual ver durante tantos años lo pasiva que eras en tu vida, le cabreaba porque quiere que te espabiles. —Acarició su mano. —Y es hora de que te espabiles, hija. Confías demasiado en la gente y las personas como nosotros desgraciadamente no podemos ser libres para hacer lo que nos venga en gana. Muchas personas, muchos puestos de trabajo dependen de su buen hacer. De su imagen.

—Dios, esto va a perjudicar a la empresa muchísimo.

—Pues tendrás que hacer algo para arreglarlo, ¿no? —Los ojos de Marilyn brillaron. —Demuéstrales que no eres solo la hija de un rico empresario. Tú vales muchísimo.

—Quieres que dirija la fundación.

—Quiero que ocupes el lugar que te mereces ya sea en la fundación o en otro sitio, pero demuéstrales quien es realmente Anne Snow.

Pensando en ello bajó las escaleras para ver a su padre con los abogados leyendo en varios ordenadores portátiles lo que se había publicado. Tyger estaba de pie tras su padre con los brazos cruzados mirando la pantalla de su jefe y levantó la vista hacia ella. —Nena acuéstate, nosotros nos encargamos. —Sacó su móvil y dijo por lo bajo —¿Por qué no llama el informático?

Dio un paso hacia ellos mientras uno de los abogados respondía —Si ha cubierto sus huellas no tendremos nada. Jessica cometió un delito, sí, pero la señorita Snow no la denunció en su momento. No utilizó la información para perjudicarla, solo la guardó. No le caerá mucho. Igual un año de libertad condicional si el juez es lo bastante duro. Y sobre la otra, si no hay una pista fiable no tendremos con qué pillarla. A esta sí que podrían caerle cinco años, pero necesitamos algo con que trabajar.

Ella bajó la vista hasta su padre que leyendo la pantalla estaba hundido. Se le habían echado encima diez años y su corazón se retorció porque no dejaba de leer como si necesitara saberlo todo. Dio un paso hacia ellos. —Quiero hacer una declaración.

Miraron hacia ella asombrados y su padre separó los labios de la impresión. —Hija, ¿qué dices?

—Son mis pensamientos los que salen ahí. Debo ser yo quien dé una explicación.

—Tú no tienes que explicar nada —dijo Tyger—. No ha sido responsabilidad tuya.

—Pero muchos pensarán que sí. Pensarán que es parte de mi venganza. Debo dejar claro que eso no es así y debo apoyar a mi padre.

—Cielo, a mí no tienes que justificarme.

—Si lo hace ella será mejor ante el público, señor Snow —dijo una mujer que estaba sentada en la mesa del salón a la que no había visto. La morena se levantó mostrando sus piernas kilométricas y caminó hacia ellos quedándose muy cerca de Tyger para su gusto.

—¿Quién es usted?

—Es Barbara Smith, la nueva relaciones públicas de la empresa.

—¿La has contratado tú?

—Sí.

Hala, ya estaba. Un sí y asunto zanjado. Anne miró los ojos castaños de la mujer que dijo —Si usted da las declaraciones y lo preparamos para que no haya preguntas incómodas, puede decir que todo eso que escribió fue fruto de la rabia y el dolor de una niña caprichosa. Eso puede ser suficiente para que todo vuelva a la normalidad.

Era evidente que quería sacarles de ese embrollo sacrificándola a ella. —Así que quiere que diga eso. Que soy una caprichosa que escribe esas cosas en su diario después de una rabieta. Como si tuviera cinco años, ¿no?

La mujer se sonrojó. —Pues…

—¡Mi hija no va a hacer eso!

—Por supuesto que no —dijo Tyger fulminando a Barbara con la mirada—. Mi prometida no va a quedar como una estúpida. ¿Acaso no ha leído lo que pone en ese diario? —preguntó elevando la voz.

—Mi amor cálmate —dijo tranquilamente dando un paso hacia ellos—. Lo que está claro es que esa publicación ha dañado la imagen de mi padre y de la empresa. Debemos hacer algo de inmediato si no queremos perder el trato con los de Tokio y otros posibles negocios. No habrá ningún discurso pactado ni teleprónter, eso no queda sincero ante las cámaras. Seré yo, mi prometido y mi padre ambos flanqueándome y apoyando mis palabras al cien por cien. Contaré que me robaron el diario y por supuesto, aunque no consigamos nada Jessica será denunciada. —Los abogados asintieron. —Explicaré las circunstancias en las que se escribió el diario y lo que sufrí por la ruptura de mi familia. Contrataremos una psicóloga experta que acuda a una de esas tertulias de la televisión en máxima audiencia para que diga que era una manera de desahogarme. Que en esas ocasiones se puede ser exagerado e incluso dramático, que mucha gente después de escribir en su diario y leerlo años después se avergüenza de sus pensamientos. Dejaremos claro que son mis sentimientos por algo que llegó a superarme.

—Seguramente después de esto y el numerito del club le preguntarán si está a tratamiento para canalizar esos sentimientos. ¿Qué debe decir sobre eso? —preguntó Barbara muy seria.

La miró fríamente porque la había interrumpido. —Que fui a una psicóloga, pero que me dijo que estaba perfectamente. Que en determinados momentos todos podemos ser algo irritantes.

—Querrá decir irritable.

—Quería decir exactamente lo que he dicho. ¿No sabe captar una indirecta? Pues le va a ir muy mal en este negocio.

La mujer se sonrojó y Tyger sonrió divertido. —¿Estás segura de esto, nena?

—Hay que hacer frente a lo que se estará diciendo. Y cuanto antes mejor. —Miró a su padre. —¿Estás de acuerdo?

—No quiero que sufras más.

Sonrió y se acercó a él agachándose para darle un beso en la mejilla. —Te quiero.

Emocionado susurró —Y yo a ti, mi pequeña.

Se volvió y cogió la mano de Tyger que dijo —Retírense, lo que falta lo solucionaremos mañana.

Mientras se levantaban se miraron a los ojos. —¿Me llevas a tu casa? No quiero pensar en nada.

A Tyger se le cortó el aliento. —¿Ni en mí?

—Solo en ti.

Se acercó y besó sus labios suavemente. —Claro que sí, nena. Recoge tus cosas y nos vamos.

—Papá, ¿te quedas con mamá?

—Por supuesto. No te preocupes por ella.

Asintió y fue hasta las escaleras para ver como Barbara con el maletín en la mano se acercaba a Tyger. —No, se hará como Anne ha dicho. Prepáralo todo para mañana a las doce del mediodía.

—¿Y si no se las apaña con ellos?

—Para eso estaremos su padre y yo. Pero se las apañará.

Su corazón se hinchó de la alegría porque confiara en ella para eso. Cuando se fue vio como su padre se acercaba a él y decía —Después de la rueda de prensa despídela. Si no cuida los intereses de mi hija no puede tener este trabajo.

—Eso pensaba hacer.

Anne sonrió volviéndose hacia su habitación.

Los chicos de seguridad les hicieron un pasillo hasta el coche de su padre donde Tom cogió la bolsa y cerró la puerta a su paso.

—¿Se va de casa? ¿Su padre la ha echado? —gritó una periodista tirándose a la ventanilla, aunque no podía verla por los cristales tintados.

—Malditos buitres —dijo Tyger molesto.

—Esto no lo había previsto —dijo ella preocupada—. ¿Creen que me he ido de casa?

—Nena, tienes que estar preparada para mañana porque intentarán sacarte de quicio.

Asintió. —Tranquilo, no perderé los nervios —dijo con seguridad.

Tyger la miró fijamente. —Te veo muy tranquila.

—Lo que más me preocupaba era que mi padre se enfadara. Ahora lo que me preocupa es intentar reparar el daño causado.

La cogió por los hombros pegándola a él. —Lo ha entendido.

—Eso no significa que no sufra por ello. —Miró por la ventanilla. —Y jamás fue mi intención hacerle daño.

—Lo sabe, nena.

—Si esto va bien, quiero llevar las relaciones públicas de la empresa.

A Tyger se le cortó el aliento. —¿Qué has dicho?

—Puedo hacerlo mucho mejor que esa. —Él no puso buena cara, así que era evidente que no le parecía buena idea. —No crees que pueda con ese puesto.

—Hay que tener contactos en la prensa. Hay que saber cortar a tiempo. Y tu situación actual es muy delicada. No quiero que te relaciones con la prensa más de lo necesario. Y más en este momento.

—Muy bien, lo entiendo. —Apoyó la cabeza en su hombro. Maliciosa dijo —Se lo preguntaré a papá.

—Ja, ja. —Como ella no dijo nada preguntó —Es broma, ¿no?

—Puede.

—Nena…

—Lo haría mejor porque conozco la empresa y tengo los contactos. El director del Times, del Herald todos me conocen. He cenado con ellos varias veces en actos públicos. ¿Esa que contrataste se relaciona con ellos?

Gruñó. —Y te ponen verde en sus periódicos.

—Igual tenía que haberles llamado antes. Quieren vender y…

—No.

Suspiró porque ahora estaba cerrado en banda. Ya le convencería. Y tenía que convencerle a él porque era el hueso duro de roer de la empresa y no quería que su relación laboral enturbiara su matrimonio. Sonrió. Su matrimonio. Se iba a casar con él. ¡Iba a hacer el amor con él! Frunció el ceño. ¿Se había depilado las ingles?

—Puede que más adelante. Además, ahora estarás muy ocupada con la boda, la casa y todo lo demás —dijo suavemente.

Qué mono, no quería ofenderla. Algo raro en él, la verdad. Le miró frunciendo el ceño. —Cielo, ¿estás bien?

—Sí, claro.

—Es que en otro momento pegarías cuatro gritos acusándome de estar loca y me has dado la razón.

—No te he dado la razón.

—Casi.

Él gruñó. —No quiero que te disgustes. Más de lo que ya estás, claro.

—Claro. Intentas ser delicado. —Entonces lo entendió. —Por el diario. Te ha afectado lo que escribí.

—¡Joder, es que no sé cómo les has perdonado a todos! ¡Estabas destrozada!

—Este ya es mi prometido.

—Y esas zorras… Ya pueden esconderse —dijo entre dientes.

—Sí, ya eres mi prometido. —Acarició su pecho. —Eso ya pasó.

—¡Si me hubieras llamado, todo habría sido muy distinto!

Sintiéndose muy excitada acarició su pecho. —¿Te encuentras mejor?

—Joder, como lo necesitaba. —Atrapó sus labios y la cogió por la nuca saboreándola de una manera que hasta le encogió los dedos de los pies. Se apartó de repente y Anne le miró con los ojos como platos. —¿Demasiado?

Se tiró a él para reclamar su boca y Tyger agarrándola por el trasero la sentó a horcajadas sobre sus muslos. Instintivamente movió las caderas sobre él y gimió al sentir su sexo bajo el suyo. Sus manos subieron hasta sus pechos acariciándolos por encima del vestido y sintiendo como el fuego la recorría apartó su boca para inclinar su cuello hacia atrás. Él aprovechó para besarlo. —Nena, que bien hueles.

Escucharon un golpecito en el cristal y ambos se miraron con la respiración agitada. —Jefe hemos llegado —dijo Tom.

—¿Seguimos arriba? —preguntó él.

—Sí, sí —dijo ella impaciente bajándose de su regazo a toda prisa.

Tyger sonrió. —Nena, te noto ansiosa.

—Muy gracioso. Tú has provocado esto —dijo entre dientes—. Mueve el culo.

Riendo salió del coche y le dio la mano. Intentando aparentar que no pasaba nada la cogió para salir del coche y varios flashes de la prensa la hicieron parpadear. Tyger cogiéndola por la cintura la llevó hasta el portal mientras Tom les seguía con la maleta. Varios preguntaron si se iba a vivir con él, pero les ignoraron mirándose a los ojos. Tom le entregó la maleta al portero que fue directamente al ascensor de servicio.

—Voy a conocer tu casa.

—¿Nunca habías estado aquí? —preguntó sorprendido.

—Estuve en la anterior en una fiesta de Navidad, pero en esta no.

—La otra era muy pequeña.

—¿La casa nueva tiene buen salón?

—Impresionante, nena. —Entró en el ascensor. —Ya lo verás.

—Lo estoy deseando. —En cuanto se cerraron las puertas se lanzaron el uno sobre el otro para besarse desesperados.

Tyger la cogió por el muslo elevándola y agarrándose en sus hombros rodeó sus caderas con las piernas. Él apartó su boca sorprendido. —Nena, te agarras muy bien.

—Es la barra. Subir por ella endurece los músculos —dijo sin aliento.

Acariciando sus nalgas susurró —La pondremos en casa.

—Sí, sí —dijo antes de besarle en el cuello enterrando los dedos en su espeso pelo negro.

El click del ascensor hizo que Tyger fuera hasta la puerta con ella encima casi chocándose con el portero. Este carraspeó. —Buenas noches, señores.

—Está algo cansada.

—Ya lo veo, señor. Que descansen.

Anne soltó una risita. —Espero que no se lo diga a la prensa.

—Es muy discreto. Además, se juega el trabajo, no abrirá la boca. —Entró en su casa y cerró la puerta con el pie. Anne dejó caer los zapatos al suelo y se agarró el vestido por la cintura tirando de él, dejando sus pechos desnudos ante su rostro. —Joder nena. Desde que las vi en ese video no he podido dejar de pensar en estas preciosidades. —Lamió su pezón endurecido y Anne suspirando de gusto dejó caer el vestido al suelo inclinándose hacia atrás para facilitar que llegara a ellos. —Tienes los pezones más bonitos que he visto nunca. —Chupó con ganas y a Anne se le encogió el vientre de placer. La sentó sobre el sofá y sin dejar de besar sus pechos se quitó la chaqueta impaciente. —¿Estás excitada, nena? Déjame comprobarlo. —Se agachó entre sus piernas y lamió su sexo por encima de las braguitas de encaje. Anne gritó de la sorpresa y del placer que la recorrió. —¿Estás húmeda? —Tiró de sus braguitas impaciente y su lengua recorrió su sexo de arriba abajo. Anne no era capaz ni de pensar y su cuerpo gritaba clamando liberación. Cuando Tyger llegó a su clítoris lo rodeó con la lengua. —Tu sabor es tan dulce… —Chupó con ansias y Anne se estremeció de arriba abajo en un orgasmo tan brutal que la dejó sin aliento. Observándola con deseo se incorporó tirando de su corbata. —Nena, se nota que lo necesitabas. Demasiada tensión, ¿no? Tranquila que cuando acabe contigo ni recordarás lo que ha ocurrido.

La camisa como el resto de su ropa desapareció rápidamente y cuando Anne fue capaz de abrir los ojos ya le vio desnudo ante ella. Ese vello que recorría sus fuertes pectorales hasta acabar en su sexo la encendió de nuevo y se lamió el labio inferior con la respiración agitada sin dejar de mirar su sexo erecto. —No, nena. Lo probarás en otro momento. —La cogió por debajo de las rodillas y acarició su sexo de arriba abajo con el suyo. La miró a los ojos entrando en ella lentamente y a Anne se le cortó el aliento porque su roce en su interior era algo increíble. Vio que apretaba los labios. —Ya he llegado a tu virginidad. Te va a doler, preciosa.

—No me duele nada.

Entró en ella de un solo empellón hasta llenarla por completo y ella admirada dijo —Eres bueno. Ni me he enterado.

Se movió lentamente provocando que cada músculo de su cuerpo se tensara de necesidad —¿Y de esto te has enterado?

—Madre mía…

La cogió por la nuca y atrapó sus labios apasionado mientras apoyaba la otra mano en el respaldo del sofá para mover las caderas de nuevo. Desesperada por aferrarse a algo agarró su

cintura rodeando sus caderas con las piernas y a medida que se deslizaba en su interior sus manos fueron bajando hasta su duro trasero. Él apartó sus labios mirándola a los ojos y entró en ella acelerando el ritmo. Anne recibía cada embestida con ansias y cada vez que la llenaba su cuerpo clamaba de la alegría y la necesidad. Clavó las uñas en su trasero y Tyger entró en ella con tal contundencia que su alma escapó de su cuerpo para encontrarse la verdadera felicidad.

Un beso en la espalda la hizo sonreír. —Vamos, nena. Es muy tarde y tenemos la rueda de prensa.

Gimió agarrando la almohada mientras le escuchaba levantarse de la cama. Abrió un ojo y vio como entraba en el baño. Al ver los arañazos en su perfecto trasero frunció el ceño. Pobrecito, tenía que cortarse las uñas.

—Anne, no te lo digo más —dijo desde dentro.

Gimió levantándose. Le dolía todo. Y ahí abajo escocía un poco, pero no lo diría ni muerta. Se levantó pensando que había tenido la mejor noche de su vida. Y él debía pensar parecido porque no le había dado un minuto de descanso hasta las cinco de la mañana. Entró en el baño y se sentó en el wáter viendo como él se duchaba. Increíblemente no le daba vergüenza hacer pis ante él y no lo pensó mucho mientras observaba como el jabón caía por sus piernas. Es que hasta los pies tenía bonitos. Y ese hombre era todo suyo. Qué suerte tenía.

Tyger sonrió. —Tienes cara de sueño.

—Culpa tuya. —Tiró de la cadena y se acercó a la ducha.

—¡Quieta ahí!

Jadeó indignada. —¿No tenías prisa?

—Nena, tú quieres otra cosa.

Sonrió maliciosa. —¿Eso crees?

Se echó a reír. —No tenemos tiempo.

Bufó yendo hacia la puerta. —Tú te lo pierdes.

—Esta noche.

—Promesas, promesas…

Escuchando la risa de Tyger salió de la habitación deteniéndose en seco al ver a la mujer de la limpieza en el salón pasando el plumero. —Buenos días, Sharon —dijo avergonzada.

—Buenos días, señorita Snow. Una mañana estupenda, ¿no? —Se acercó a su maleta y cuando la cogió caminó hasta ella.

—Trabajas en sábado —dijo muy incómoda por estar en pelotas.

—Solo por la mañana. Si no cuando llego el lunes esto es un desastre.

—Oh, claro.

—¿Qué le apetece de desayunar?

—No, si yo con una tostada…

—¿Tostada? No. El desayuno es la comida más importante del día. Usted déjeme a mí.

Como para discutir con ella en esa guisa. —Vale.

Sonrió encantada antes de volverse y seguir con lo suyo como si nada. Uy, esta había visto muchas en pelotas por allí. Mosqueada volvió a la habitación y al llegar al baño allí estaba su hombre afeitándose. Intentando ignorar ese trasero le dijo —Oye, ¿Sharon ha visto muchas mujeres en cueros por aquí?

Él que se estaba pasando la maquinilla por la mejilla se detuvo en seco volviéndose. —Nena,

¿qué pregunta es esa? Claro que no.

—¿No? Porque no parecía nada sorprendida de verme. ¡Y así!

Reprimió la risa. —¿Estás celosa?

—No tiene gracia —dijo metiéndose en la ducha.

—Intenta que no te sientas incómoda. ¿Y cómo sales así?

—Es sábado, ¿qué sabía yo que trabajaba los sábados?

—¿Y si hubiera estado mi madre?

Le miró sorprendida. —¿Puede venir?

—Los sábados a veces viene a desayunar. —Siguió afeitándose. —Dice que sino no me ve el pelo.

Chilló cogiendo el gel a toda pastilla y divertido vio cómo se duchaba en tiempo récord. Ni le dio tiempo a quitarse la espuma de la cara cuando ya corría hacia el dormitorio envuelta en una toalla. —Nada como amenazar con que viene la suegra como para que te des prisa. Lo tendré en cuenta.

—¡Señor le suena el móvil!

Juró por lo bajo cogiendo una toalla para ponerse por las caderas. —¿Ves? Se hace así.

—Ja, ja —dijo mirando su ropa. No es que tuviera mucha, pero de momento hasta que se fuera de compras tenía que arreglarse. Sacó el vestido blanco. Sí, ese era un color excelente para la rueda de prensa.

—¡Nena, la han pillado!

Se le cortó el aliento y le vio entrar en la habitación. —El informático tiene pruebas.

—¿De veras? —Suspiró del alivio cuando le vio asentir.

—Sí, al parecer no es tan lista como se piensa. Abrió su perfil con un correo nuevo, pero la han pillado por el número de teléfono de confirmación de cuenta. Al parecer uso uno nuevo, pero lo pagó con su tarjeta de crédito. Y agárrate, lo compró hace seis meses. Nuestro experto está buscando más pruebas. Tiene una conocida que es experta en estas cosas y le ha pedido que le eche una mano. Dice que es la mejor y que si hay algo más lo encontrará. Los abogados ya han puesto la denuncia y en este momento van a registrar su casa. La pillamos, cielo.

—No podrá subir nada más.

—No. Seguro que incautan su ordenador y todo lo demás. La procesarán. Nuestro abogado me lo ha garantizado.

—Eso demuestra que yo no tengo nada que ver como ayer preguntó algún periodista, ¿no?

Él apretó los labios. —Jefferson dice que seguramente te echarán la culpa a ti como estrategia de defensa. A no ser que Jessica confiese que robó el diario…

—Pero nos lo entregó —dijo sorprendida.

—Lo que demuestra que ella no tiene nada que ocultar. Si fueran sus clientes él haría eso. Pero no te preocupes, veremos lo que ocurre.

—Jessica no puede decir que yo se lo di.

—Por lo que me has dicho su imagen es muy importante para ella y si tiene una salida, ¿no crees que intentará librarse de todo? Culpándote a ti, diciendo que tú les diste el diario para que organizaran su publicación en venganza a tu padre, pueden llegar a que la fiscalía ni presente cargos. Tu padre no te va a denunciar a ti por calumnias, nena. Y por lo tanto de ese delito también se librarían.

—Dios mío… —Él se sentó a su lado acariciando su espalda. —Es mi palabra contra la suya, ¿no?

—Que no denunciaras en su momento nos pone las cosas algo más difíciles, pero las pillaremos.

Buscando una salida se dio cuenta de que si alegaban eso en el juicio, si es que llegaba a haberlo, a su padre siempre le quedaría la duda de si lo había organizado a propósito para dejarle en evidencia. —Me amenazó con que no me acercara a ellas.

—De eso no tenemos pruebas. —Él se quedó en silencio unos segundos. —Nena… ¿Me juras que tú no tienes nada que ver en esto?

Le miró sorprendida. —¿Qué has dicho?

—Hiciste lo del club. —La decepción fue tan enorme que se le quedó mirando. —¡Joder, no pongas esa cara, es normal que tenga dudas!

Sonrió con tristeza. —Si ni mi prometido cree en mí, ¿quién va a creer?

—¡Organizaste lo del club! ¡Quién me dice a mí que no le dijiste a tus amigas que revelaran el diario para hacer todo el daño posible!

—Te lo he dicho yo. ¡Y ya de paso te diré que lo del club tampoco fue idea mía!

—Nena, no mientas. ¡Lo reconociste ayer mismo!

—¡Era evidente que era lo que querías escuchar! ¡Fui al club a pedir trabajo sí, pero porque no tenía con que pagar las facturas! ¿Sabes lo que era ver llorar a mi madre todos los días porque nos echarían del piso? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Sabes lo que es no tener que desayunar porque ni podíamos hacer la compra? ¡Fui al club porque nadie quería contratarme! ¡Cuando se daban cuenta de quien era me miraban como si la niña rica hubiera perdido un tornillo y nadie me daba trabajo creyendo que no me lo tomaría en serio! ¡Ninguna galería quería contratarme porque jamás había trabajado! ¡Y si trabajaba en una hamburguesería o en una tienda de ropa acabaríamos en la calle igual porque los gastos del piso son astronómicos! ¡No me quedó otra opción! ¡Fui a pedir trabajo muerta de la vergüenza aun sabiendo que podía ir al club alguien que me reconociera! ¡Y Cristel me ayudó! Pero el dueño del club vio su oportunidad de sacar tajada avisando a papá antes de que actuara. Ahí vi una salida. De los cien mil que le pidió para impedir el escándalo yo me quedaría setenta y me darían para una temporada mientras intentaba buscar otra solución. ¡Pero papá no claudicó y tuve que salir! —Sus mejillas se bañaron en lágrimas. —¿Sabes cómo me sentí? No le importaba nada. Prefería que me exhibiera a detener aquello y no me quedó otra opción. ¡El local estaba lleno de prensa y no dejaban de grabarme! ¡Me tiraban billetes de dólar como si fuera ganado y gritaban cosas obscenas! —Se levantó furiosa. —¡Y sí! ¡Hubiera seguido porque gracias a esa noche al día siguiente pude desayunar! ¿Eso era lo que querías oír anoche? No, claro que no. ¡Te venía mejor escuchar que lo hice por venganza! ¡Que había sido muy lista al conseguir dejarle en evidencia, pero si fueras tan inteligente como te crees te darías cuenta de que la única que ha quedado en evidencia y la única que ha perdido su vida he sido yo! —Sollozó dándose la vuelta.

—Nena…

—Y le perdoné. Les perdoné a todos —dijo entre lágrimas.

Él intentó tocarla y se volvió rabiosa. —¡Por eso no te llamé! ¡Porque sabía que no podía contar contigo! —Sonrió con desprecio. —Aunque no sé de qué me extraño cuando eres alguien que tiene tan poca moral como para casarse por la presidencia. —Se quitó el anillo y se lo tiró al pecho cayendo en la alfombra. —Tranquilo, mi padre te aprecia demasiado como para quitarte ese puesto que añoras tanto.

—Anne…

Se puso el vestido blanco a toda prisa y empezó a meter sus cosas en la bolsa. —Nena, lo

siento.

—Que te den. —Cogió la bolsa y fue hasta la salida.

La cogió por el brazo. —Hablemos de esto.

Le escupió en la cara dejándole atónito y la soltó dando un paso atrás. —Hace un año hubiera dado lo que fuera por ese anillo, pero si me ha enseñado algo el divorcio de mis padres es que tengo orgullo. ¡No te necesito, no necesito a nadie! —Sollozó sin poder evitarlo. —Que hayas dudado de mí después de leer ese diario, me demuestra que ni siquiera me aprecias y que me venderías por unas malditas acciones si fuera necesario. No vuelvas a acercarte a mí. Mi padre me acompañará a la rueda de prensa y solucionaremos esto los Snow. Que tengas buen viaje de vuelta a Tokio.

Salió de allí a toda prisa intentando no llorar y agarró sus zapatos de la que salía. Abrió la puerta de la casa para ver allí a la señora Cassady que con la llave en la mano la miró con sorpresa. —Buenos días, Lisbeth —dijo pasando a su lado como una exhalación.

Confundida se volvió. —Buenos días, Anne. ¿Estás bien? ¿Por qué lloras?

Pulsó el botón del ascensor y se puso los zapatos. —De liberación.

Sin entender nada vio como entraba en el ascensor y pensando en ello entró en el piso de su hijo para ver un vestido y varias prendas más en el respaldo del sofá. En ese momento salió su hijo de la habitación poniéndose la chaqueta del traje y su cara decía que algo iba pero que muy mal. —Cielo, ¿qué ocurre?

—Que lo he estropeado todo, eso ocurre —respondió antes de salir de su piso.

Capítulo 9

Se sentó al lado de su padre y sonrió a los asistentes. Steven se acercó a su oído y susurró —Calma y habla despacio. Que vean que lo tenemos controlado y que esto no nos pone nerviosos.

Asintió porque increíblemente no estaba nerviosa. Ya no. En realidad, sentía un vacío en su interior que le provocaba una gran tristeza. Pero era una estúpida y se lo tenía merecido por creerse que algún día llegaría a quererla, cuando la opinión que tenía de ella había estado muy clara desde que la conocía. Bueno, era hora de centrarse en otra cosa y solucionar lo que tenía entre manos. Sonrió y se acercó levemente al micro. —¿Empezamos?

—¿No viene el señor Cassady? —preguntó un periodista.

—Estoy aquí.

Sorprendida miró a su derecha para ver como su supuesto prometido entraba a toda prisa y se sentaba a su lado. La besó en la mejilla tensándola y dijo —Siento el retraso. Tenía una reunión.

Volvió la vista hacia su padre que estaba más que avisado de que no le quería allí, pero este se encogió de hombros como si no tuviera nada que ver. Iba a decir algo al micro cuando Tyger la interrumpió —Dadas las filtraciones que ha habido en las redes sociales mi prometida quiere hacer una declaración. Os ruego que esperéis a que termine para hacer las preguntas que consideréis necesarias. —La miró a los ojos. —Cuando quieras, preciosa.

Disimulando las ganas que tenía de gritarle que allí no pintaba nada, tomó aire por la nariz antes de mirar al frente. —Antes que nada, quiero daros las gracias por venir con tan poco tiempo y en sábado, además. Sé que muchos habéis renunciado a vuestro día libre por venir. —Varios sonrieron. —Sobre el tema que nos ocupa intentaré explicarme lo mejor posible. El diario es mío y está escrito de mi puño y letra.

Hubo varios rumores y Tyger se acercó al micro. —Les pido silencio, por favor.

Anne continuó —Como habrán deducido por sí mismos lo empecé cuando mis padres me dijeron que se divorciaban. Para mí fue un shock porque siempre creí que se querían, pero en ese momento sus diferencias eran irreconciliables y decidieron divorciarse. No voy a entrar en detalles porque todos sabemos la causa del divorcio y sus circunstancias y por respeto a mi madre y a mi padre aquí presente no voy a hacerlo. El hecho es que me desahogaba en el diario y como han visto todos de manera a veces cruel. No pienso justificarme porque eran mis pensamientos en ese momento y a pesar de lo que muchos piensen sufrí mucho por lo que ocurría. No fue un divorcio civilizado y yo estaba en medio. Si alguno de ustedes ha pasado por una experiencia similar podrá comprenderme. —Tomó aire. —Ese diario estaba en mi habitación y una amiga fue a visitarme. Me ausenté unos momentos y esa misma noche me di cuenta de que el diario había desaparecido. La llamé de inmediato y se rio de mí. Negó que lo tenía, pero apenas dos segundos después me amenazó con lo que pensaría la gente si se hacía público. Me aconsejó que no me acercara de nuevo a mis amistades. Parecerá algo de instituto, pero fue así. Yo por supuesto no volví a llamar a ninguna de mis amigas, que por otro lado debido a que había perdido mi estatus tampoco se molestaron en llamarme. Pasaron los meses y sucedió lo del club.

Muchos creerán que tenía otras opciones para conseguir dinero. Muchos creerán que lo hice para vengarme de mi padre porque me había retirado la asignación. En ningún caso fue así. Nuestra situación era apurada y cuando mi padre se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo vino en mi ayuda. No se enfadó por lo ocurrido. Me apoyó y nuestra relación se normalizó. La de los tres. —Apretó los labios con tristeza. —Creo que todos nos dimos cuenta de que no estábamos haciendo lo correcto. —Alargó la mano y cogió la de su padre. —Intentábamos dejar atrás ese episodio tan doloroso para todos cuando por una casualidad del destino volví a encontrarme con ella ayer mismo en un restaurante. Como saben Tyger me propuso matrimonio y ella se acercó a felicitarme. Mi prometido que sabía lo del diario le dijo que me lo devolviera. Lo siguiente que supimos es que había sido publicado. Ella niega cualquier implicación en la filtración y apunta a otra de mis antiguas amigas. Aún queda mucho por esclarecer, aunque según me ha dicho mi padre hace unos momentos ya hay dos detenidas. —Miró de reojo a Tyger que estaba muy tenso. —Muchos creerán que yo tengo algo que ver en esto porque me callé el robo del diario. Solo pensar que mi padre pudiera leer su contenido me abría las carnes. Fui muy dura y cruel. Sinceramente ahora me arrepiento muchísimo de esas palabras, aunque en ese momento creía totalmente lo que estaba escribiendo. —Se mantuvo unos segundos en silencio. —Creía que ya no le importaba. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Que ya no era su niña y fue algo difícil de digerir. Ahora sé que eso no es cierto y que las circunstancias también le superaron. No somos la familia perfecta y no pretendemos serlo. —Cogió la copa de agua y antes de beber dijo —Pueden empezar las preguntas cuando quieran.

—¿Por qué sus amigas filtraron el diario? ¿Por venganza?

Después de beber dejó la copa sobre la mesa y apretó los labios. —Creo que la que lo filtró sí, pero la otra me lo robó por envidia.

—¿Sus nombres?

—Esa información se dará cuando la fiscalía presente cargos —dijo Tyger rápidamente.

—¿Cree que algún día esto se olvidará? ¿Tiene esperanzas de que suceda y su familia vuelva a ser la de antes?

Miró a su padre que sonrió con tristeza. —Espero que sí —dijo ella—. Nada me haría más ilusión que mis padres fueran felices de nuevo y que este último año quede atrás.

—Su prometido está a su lado. ¿La apoya en estos momentos? No veo el anillo que ayer lucía en el dedo.

Él rio por lo bajo. —Se le olvidó en la ducha esta mañana. No está acostumbrada a llevarlo. Nena, te lo he traído yo —dijo sacándolo del bolsillo de la chaqueta antes de coger delicadamente su mano para ponerle el anillo de nuevo. Le besó la mano que se le había quedado rígida y para su desgracia no la soltó poniéndolas sobre la mesa para que todos vieran el anillo.

—Lo siento, cielo —dijo con ganas de gritar.

—No pasa nada. ¿Pero ves cómo se fijan en todo?

Varios rieron por lo bajo. —¿Cuándo es la boda?

—El treinta y uno de diciembre. Vamos a empezar bien el año —contestó él.

—¿Está contento con su yerno, señor Snow?

—La verdad es que sí. Son perfectos el uno para el otro. ¿Alguien tiene más preguntas sobre el tema del diario? Chicos, que estamos aquí por eso.

—¿Van a demandar?

—Por supuesto. Ha sido una violación fragante a la intimidad de mi hija. Le han robado sus pensamientos más íntimos.

—¿Cómo se siente usted después de leer sus duras palabras?

—Ha sido… demoledor.

Angustiada susurró —Papá…

—Déjame decirlo, cielo. Yo también quiero desahogarme. —Miró a la prensa. —Desde el nacimiento de mi hija lo único que he pensado es en protegerla. Se había convertido en la persona más importante de mi vida y hubiera matado a cualquiera que le hubiera hecho daño. ¿Quién me iba a decir a mí que esa persona iba a ser yo? —Apretó su mano como si no quisiera perderla. —El divorcio fue lo más desgarrador que he hecho en la vida y sentí que la perdía por la posición que tomaba al lado de su madre. Ella creía que era muy duro y nos distanciamos hasta tal punto que casi la pierdo, algo que no me perdonaré nunca, como nunca me perdonaré que se sintiera como describe en ese diario. En él hay una frase que supongo que todos han leído y que yo no olvidaré hasta el día de mi muerte. —Anne sollozó. —¿Por qué mi padre ha dejado de quererme? Que mi hija, la persona que más quiero piense que he dejado de hacerlo solo significa que he hecho las cosas terriblemente mal y si pudiera volver atrás, si tuviera otra oportunidad no le fallaría de nuevo, como no hubiera actuado así con mi esposa después de treinta años de matrimonio. Nosotros cometimos errores que mi hija nunca tenía que haber pagado. Y ha sido tan generosa que nos ha perdonado demostrando mucha más compasión y madurez que nadie que conozca. Me siento muy orgulloso de ella y por supuesto no la culpo de nada de lo que ha ocurrido ni ahora ni en el pasado.

Anne sollozó. —Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña.

Tyger se levantó. —La rueda de prensa ha terminado. Cualquier declaración a partir de ahora se hará a través de nuestro agente de prensa. Gracias por venir.

Se levantaron en silencio a pesar de las preguntas y bajaron los escalones pasando a través de una cortina que daba a la parte de atrás del comedor del Ritz donde se ofrecía la rueda de prensa. Anne abrazó a su padre que emocionado la pegó a él. —Shusss, lo has hecho tan bien… Estoy muy orgulloso de ti.

—Lo siento.

—No tienes que sentirlo, cielo. —La besó en la mejilla antes de cogerla por los hombros para apartarla. —Subamos a una habitación hasta que se vayan. Tyger, tenemos que hablar. No quiero ni una palabra hasta que lleguemos arriba —dijo al ver que Anne iba a protestar.

Varios de seguridad les acompañaron hasta la suite y ella no miró a Tyger ni una sola vez a pesar de que se puso a su lado en el ascensor. Entró en la suite y se fue hasta el sofá para sentarse porque ahora venía otra batalla y esta tampoco la pensaba perder.

—Ha ido muy bien —dijo Tyger intentando aparentar normalidad antes de mirarla—. Nena, has estado espléndida. Si quieres en unos meses ese puesto de relaciones públicas será tuyo.

Le miró con desprecio. —¿Ahora me lo merezco?

Tenso dijo —Has demostrado que puedes con ellos.

—No te molestes. Además dentro de unos meses no estaré aquí.

—¿Qué?

—Me voy a París.

—Sí, es lógico que quieras irte de la ciudad unos días, pero…

—Me voy a mudar a París.

Sorprendido miró a Steven que se estaba sirviendo una copa. —¿Qué coño está diciendo tu hija?

—Lo hemos hablado esta mañana y creo que es lo mejor. Un amigo mío la meterá a trabajar en el Louvre, eso le dará la experiencia que necesita para encontrar trabajo aquí cuando quiera regresar. Fue un error no dejar que trabajara cuando terminó la carrera.

—¿Y ya está? ¿Y la boda?

—¿Qué boda? —preguntó ella con burla—. ¿Acaso esta mañana no he sido clara? No me casaré contigo.

—¿Por hacerte una pregunta que haría cualquiera?

—Porque esa pregunta me la has hecho tú —dijo fríamente—. No me conoces, nunca te has molestado en conocerme.

—¡Te conozco muy bien!

—¡Y como soy una caprichosa has creído que lo había organizado todo! ¡Tienes un concepto de mí que no sé cómo se te ocurre siquiera casarte conmigo! ¡Me desprecias y lo has hecho siempre!

—Nena, eso no es cierto.

—¿No? —Sonrió. —¿Acaso no eres tú el que cuando llegué un día a casa y te dije que había sacado un diez en matemáticas me preguntaste con qué había sobornado al profesor?

—¡Joder, era una broma!

—¡Tenía quince años! —gritó sacando todo lo que llevaba dentro—. ¡Para ti nunca hacía nada bien! Si me compraba un vestido para una comida que daban mis padres y a la que quería estar bonita porque tú asistías, era una derrochadora cuando tenía el armario lleno de vestidos. Si sacaba una mala nota era una vaga. Si estudiaba arte era una descerebrada que no tenía ningún interés por la empresa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Nunca me decías nada amable o bueno…

—¡Porque sabía que te gustaba!

Palideció. —¿Qué?

Nervioso se pasó la mano por el cabello. —Nena, sabía que te gustaba e intentaba quitártelo de la cabeza. Eras la hija del jefe y no podía permitir que enturbiaras mi relación con Steven.

Rio sin ganas. —Esto es increíble. Pero por la presidencia sí que me tragarías.

—¡No lo entiendes!

—Lo entiendo muy bien.

—Creo que esto también es culpa mía —dijo su padre muy tenso—. He presionado a Tyger con esta relación y es evidente que me he equivocado. En un par de meses anunciaremos que vais a retrasar la boda por la salud de Marilyn y cada uno por su lado.

—Esta boda no se va a suspender —dijo él entre dientes—. ¡Y olvídate de lo de París!

Ella se levantó cogiendo su bolso dispuesta a largarse. —No, no… Nena. —La cogió por los brazos. —No te vas a ir.

—Suéltame.

—Muy bien, me disculpo. Tenía que haber confiado en ti. Y me disculpo por cómo te traté antes de irme a Tokio. Pero es que no encontraba otra manera de mantenerte alejada y reconozco que fui…

—¿Un gilipollas?

Gruñó entrecerrando los ojos. —¿Cómo crees que hubiera reaccionado tu padre si se hubiera enterado de que te gustaba? —gritó en su cara—. ¡Eras una cría! ¡Me hubiera alejado y había trabajado como un cabrón por llegar hasta donde estaba! ¡Irme a Tokio fue un alivio!

Pálida como la cera siseó —Suéltame.

—¡Tu padre lo sabía! —Asombrada miró a su padre. —Me di cuenta cuando llegué de Tokio y me propuso lo del matrimonio —dijo entre dientes—. Me envió a Tokio porque ya eras lo bastante mayor y no quería una relación entre nosotros. ¡Díselo!

Steven suspiró dejando su vaso vacío. —Me lo imaginaba. De ella lo sabía por supuesto, mi hija nunca ha sabido disimular muy bien. Pero de ti me lo imaginaba. Hubo un par de miradas en una de tus visitas a los Hamptons que me pusieron alerta. —Miró a su hija a los ojos. —Eras demasiado joven e inexperta y el demasiado mayor y experimentado. En aquel momento no hubiera cuajado y esa relación hubiera creado problemas, pero lo pasado este último año te cambió y como has demostrado ahí abajo has madurado. Era el momento y le hice venir. Merecías ser feliz y sabía que Tyger te haría muy dichosa. Al fin y al cabo le habías esperado años. Sí, era el momento y se demostró en cuanto os encontrasteis. —Sonrió divertido. —Saltaban chispas. Solo había que formalizarlo y le hice la propuesta. Él mismo me confirmó que te había respetado porque eras mi hija y ahí no tuve dudas. Erais perfectos el uno para el otro. —Hizo una mueca. —O al menos eso creía.

—¿Me ves dichosa, papá? —preguntó con rabia.

—No mucho, la verdad, por eso te he propuesto lo del viaje a París. Necesitas verlo todo con perspectiva. Llamaré a mi amigo hoy mismo.

—Steven ni se te ocurra —dijo Tyger entre dientes.

—Es lo mejor para mi hija y es lo que voy a hacer. Necesita tiempo.

—Como hagas esa llamada renuncio.

Padre e hija se quedaron de piedra. —¿Qué has dicho?

—Nena, como te vayas a París me largo de la empresa. ¡Ahora voy a ser yo el que os va a presionar con la maldita presidencia!

—No lo harás —dijo ella furiosa.

—Pruébame.

Steven carraspeó. —Hija…

—¡No!

—No puedo renunciar a él —dijo horrorizado—. ¡Lleva la mitad de mis negocios! ¡Las acciones caerían en picado si él se va y ya bastante tocada está la empresa! ¡Su renuncia la hundiría!

—Además, preciosa… ¿Vas a dejar a tu madre en un momento tan delicado? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Muérete —dijo entre dientes antes de soltarse de mala manera.

—Anda, sé buena y espérame en casa. —La patada en su entrepierna le quitó todo el color de la cara y cayó de rodillas gimiendo mientras Steven hacia una mueca de dolor.

—¡A mí no me hables como a una estúpida, imbécil! —le gritó al oído—. ¡El trato es que no me voy a París y tú no renuncias! ¡Qué tenga que quedarme porque eres un chantajista de mierda no significa que vaya a casarme contigo! ¡Ni mañana ni en nochevieja ni nunca!

—Cederás —dijo casi sin voz.

—Antes me caso con el primero que pase.

Salió de la suite pegando un portazo y Steven suspiró. —Chico, ¿quieres hielo?

—Por favor…

Salió del hotel poniéndose las gafas de sol y los de seguridad le apartaron a la prensa para que

entrara en el coche de su padre. El chófer cerró la puerta y se sentó tras el volante rápidamente. —A casa, Tom —dijo molesta. Sería posible. Ahora quería que se quedara, el muy cabrito. Si le estaba dando una salida. A este hombre no había quien le entendiera. Miró por la ventanilla y frunció el ceño porque se habían pasado la desviación de su casa—. Tom ¿por qué vamos por aquí? —cuando no le contestó chasqueó la lengua acercándose. —¿Tom? ¿No me oyes? —Dio al botón para hablar con el conductor. —Tom no es por aquí. Estamos dando un rodeo. —Aquello se había estropeado. Dio al botón para bajar la mampara y cuando esta no bajó separó los labios de la impresión. —¿Tom? —Escuchó como las puertas se cerraban y gritó tirándose a la que tenía más cerca, pero como no se abría golpeó las ventanas con los puños pidiendo ayuda. El coche entró en un garaje y asustada vio como el portón se cerraba. Dios, la habían secuestrado.

Asustada miró a su alrededor buscando algo para defenderse y recordó su móvil. A toda prisa lo sacó de su bolso y pulsó el botón de llamada, pero no había señal. La puerta se abrió sobresaltándola. —Sal —dijo la voz de un hombre.

—No.

—Sal o te sacaré yo.

Se tiró a la otra puerta para abrirla y cuando iba a salir sintió como la agarraban por el tobillo. Gritó y pataleó mientras tiraban de ella. Se rompió las uñas intentando agarrarse a los sillones, pero tenía mucha fuerza y terminó tirándola al suelo. Consiguió volverse para ver un hombre enorme que tenía el cabello rubio y se quedó de piedra al reconocer quien era. —Paul…

—Cindy fue la única que te defendió cuando casi nos arruináis. —Se agachó y le pegó un puñetazo que hizo rebotar su cabeza en el suelo.

Mareada ni sintió como la agarraba de la melena, pero cuando tiró de ella se espabiló de golpe gritando mientras intentaba agarrar su mano para que no le arrancara el pelo. Tiró de ella a una esquina y asustada se alejó lo que pudo pegando la espalda a la pared mientras el hermano de Cindy cogía una cuerda. —¿Qué haces? ¿Estás loco?

—¿Loco? ¡No, estoy harto de que nos jodáis cuando os venga en gana! ¡Ahora le echas la culpa a Cindy de lo que organizaste tú, zorra! —Sonrió con maldad. —¿Crees que te vas a salir con la tuya? Esta vez no. Tu padre y tú no hacéis más que jodernos, pero esta vez no me voy a quedar de brazos cruzados.

—¡Fue un trato de negocios! ¡Mi padre no sabía que habías comprado una patente parecida!

—¡Claro que lo sabía! —gritó haciéndola palidecer—. ¡Mi padre le pidió que se retirara, que nos arruinaría! ¿Y sabes lo que le contestó? ¡Que él no tenía la culpa de que no supiéramos llevar nuestro negocio! ¡Todo un amigo Steven Snow! Y como has demostrado tú eres de la misma calaña. Pero a mi hermana no le vas a destrozar la vida. Eso te lo juro por mis muertos.

Era evidente que había perdido la cabeza y sería imposible razonar con él, pero no pudo evitar decir —¡Cindy filtró el diario por venganza! ¡Es evidente que es como tú!

—¡Mi hermana no tiene una pizca de maldad en su cuerpo, zorra mentirosa!

—Va de mosquita muerta y después te pega la puñalada por la espalda —dijo con rencor.

—Serás puta… —Le pegó un tortazo que le volvió la cara antes de agarrarla por la barbilla para que le mirara. —Escúchame bien —dijo en un tono suave que le puso los pelos de punta—, vas a llamar a esos abogados para que retiren la denuncia.

—No.

—¿No? —Sonrió antes de agarrarla de la melena y tirar de su cabeza hacia atrás con fuerza haciendo que gimiera de dolor. —¿Duele? Pues esto no es nada comparado con lo que puede

llegar a doler.

En sus ojos vio que daba igual lo que hiciera porque no saldría de ese garaje con vida. Él no podía permitirse dejarla salir. No, si la había llevado allí era para matarla una vez que realizara esa llamada, así que si no la hacía ganaría tiempo y puede que consiguiera escapar. No la buscarían en unas horas porque seguramente hasta la cena no se darían cuenta de que había desaparecido. Nadie la ayudaría, tenía que resistir y buscar una salida. —No voy a llamar. Espero que los años que le caigan a tu querida hermana se pudra en la cárcel por el daño que le ha hecho a mi padre. Y tú la acompañarás porque si crees que vas a librarte de esta es que eres más estúpido de lo que pareces. —El puñetazo en el costado la hizo gemir. —Muérete cabrón.

—Serás hija de puta. —La levantó tirando de su pelo y la lanzó contra la pared. —¡Haz que mi hermana salga y que retiren los cargos!

No dejes que te pisen nena, escuchó en su mente. Reprimiendo las lágrimas se volvió con la respiración agitada sin darse cuenta de que le sangraba la ceja y el labio. Él le mostró su móvil. —¡Hazla!

Rio sin ganas. —No hay cobertura.

Sacó un aparato del bolsillo y dio a un botón. —Ahora sí. Haz la llamada.

Entonces se le ocurrió. Él no podía saber el nombre de todos sus abogados, solo tenía que llamar a un hombre, pero si llamaba puede que la matara. Asustada no supo que hacer. Otro puñetazo y puede que no lo contara. Piensa Anne, tienes que ser más lista que él. —Solo tengo el número de su ayudante. No se creerá que quiero retirar la denuncia y me llamará el abogado en persona para corroborarlo e intentar convencerme de que no la retire. Eso si no me llama mi padre.

Él juró por lo bajo y se paseó ante ella furioso. Su corazón casi se le sale del pecho esperando su respuesta. —Llama —dijo estirando el brazo para que cogiera el móvil—. Pon el manos libres y como digas algo que no me convenga ya puedes rezar.

Buscó a toda prisa en su lista de contactos y casi llora de la frustración porque no sabía a quién llamar. Se le cortó el aliento al ver el nombre de su portero y sin pensarlo más marcó el número poniendo el manos libres. Cuando dio tono él dijo —Di algo, una sola palabra pidiendo ayuda y te mato.

—¿Señorita Snow?

—Jeff, habla con el abogado y que se retire la demanda —dijo con autoridad.

—Pero…

—¿No me has oído? —preguntó alterada—. Es una orden. Que vaya a comisaría y retire la demanda.

—Señorita, ¿está bien? —preguntó extrañado—. ¿Dónde está? ¿Su padre está con usted?

—Haz lo que te digo.

—Voy a llamar al señor Snow de inmediato.

—Dile que le quiero, pero que la decisión está tomada. —Colgó el teléfono y Paul entrecerró los ojos. —Ya está.

—Llamará a tu padre.

—Y él me llamará a mí. Si no le convenzo a él no habrá nada que hacer.

—Pues esperemos que le convenzas porque si no encontrarán tu cuerpo en el Hudson.

Se le heló la sangre porque eso era lo que le sucedería como no dieran con ella. Él se acercó y le arrebató el teléfono de la mano. —Siéntate ahí —siseó mostrando unos neumáticos. Era evidente que le gustaría seguir zurrándola, pero no podía hasta que hablara con su padre. Iban a

ser unos minutos eternos. Se sentó en los neumáticos y al apoyarse en ellos para sentarse bien sintió algo metálico en su interior. Se le cortó el aliento palmando disimuladamente mientras él iba al coche y abría el maletero. Al escuchar un gemido se levantó por instinto y vio horrorizada que su chófer estaba allí amordazado. —¡Tom!

—¡Quieta ahí! —gritó apuntándola con una pistola que sacó del maletero. Pálida dio un paso atrás—. ¡Siéntate! —Lo hizo y agarró lo que parecía una barra de hierro temblando de miedo. Paul se echó a reír. —Por fin los Snow hacen lo que se les pide. —Cerró el maletero. —¿Cuánto crees que tardará tu padre en llamar?

—No lo sé. Tenía una reunión de trabajo. —Miró hacia el maletero asustada por su chófer. —¿Qué vas a hacer con él?

—Nada si se porta bien. —Impaciente empezó a caminar de un lado a otro. —Ese cabrón se toma su tiempo.

Se mordió la lengua porque no quería recibir más golpes. Le miró atentamente. En esos dos últimos años no es que hubiera cambiado mucho. Recordó que la última vez que le vio fue en su fiesta de veintitrés cumpleaños. Paul siempre había sido atractivo, era alto, fuerte y muy deportista, pero ella nunca tuvo ningún interés. En esa fiesta había bebido de más y se le insinuó. Ella le rechazó con tacto, pero no se lo tomó muy bien. Su hermana tuvo que llevárselo discretamente con ayuda de Tyger. Se le cortó el aliento. Aquel había sido el día antes de que se fuera a Tokio y recordó cómo se acercó para despedirse. Ella estaba en el jardín de los Hamptons riendo de una tontería que le había dicho Teresa cuando se acercó a ella. —¿Nos disculpas un segundo?

—Claro —dijo su amiga antes de alejarse.

Se miraron a los ojos. —Una fiesta muy aburrida.

—No estabas invitado, así que me importa un pito que te hayas aburrido.

Sonrió irónico. —¿Necesito invitación?

—Ni siquiera has traído un regalo.

—Sí que lo he traído. —Se le cortó el aliento viendo como sacaba un sobre del bolsillo interior de la chaqueta. —Felicidades.

Sus ojos brillaron de la ilusión y le arrebató el sobre para ver qué había dentro. Al ver un folio lo abrió a toda prisa para leer que la había apuntado a un curso de finanzas. —¿Qué es esto?

—Ahora que has acabado la carrera es hora de que te tomes las cosas en serio. Esto te irá bien para empezar.

—No pienso hacerlo. Papá ya te tiene a ti —dijo con burla.

—No deberías dejar tu empresa en manos de otro. Todo es tuyo.

—¿Otra vez con lo mismo? Me tienes harta.

Él apretó los labios. —Tranquila, que te dejaré en paz una temporada. Me voy a Tokio.

Su corazón dio un vuelco porque no lo sabía. —¿Qué?

—La empresa me necesita allí. Vamos a abrir una filial y debo supervisarlo todo. Me voy mañana. —Si saber qué decir porque lo único que quería era gritar que no podía irse se le quedó mirando. Él sonrió. —Sí, se te nota disgustada. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Ese gesto le robó el alma porque jamás la había besado, pero su orgullo le hizo decir —No estoy disgustada, interiormente estoy dando saltos de la alegría.

Rio por lo bajo volviéndose y cuando se alejaba la miró sobre su hombro. Jamás olvidaría su expresión como si le disgustara irse, pero lo hizo, se fue a Tokio y la dejó sola. Puede que fuera sincero sobre que se sentía atraído por ella antes de hacer ese viaje, puede que no se imaginara

ese anhelo como siempre había creído. Pero la pura realidad es que se había ido.

Un movimiento en el coche la hizo mirar hacia allí. Asustada miró a Paul por si se había dado cuenta. —¿El móvil tiene batería? —preguntó ella impaciente—. Me extraña que no haya llamado ya.

Él se lo mostró. —Desbloquéalo. —Unió los puntos de la pantalla tomándose su tiempo. —¡Pon la huella ya, joder!

—Tranquilo. Sí, tiene batería. Estará en una reunión y no quieren molestarle. Siempre pasa lo mismo —dijo como si estuviera exasperada—. Uy, tengo un mensaje.

—Ábrelo.

Abrió la aplicación y al ver que era de Tyger se puso alerta. —No es de él. Es de mi prometido.

Él entrecerró los ojos. —Ábrelo.

Temiendo que pusiera algo que la delatara lo abrió. —Nena, esta noche cenamos con mis padres. Quieren hablar de la boda.

—Contéstale. —Tecleó a toda prisa. —¿Qué has puesto? Enséñamelo.

Volvió el móvil. —Perfecto, mi amor. Estoy deseándolo.

—¿No le dices te quiero? —preguntó con ironía.

—Le he dicho mi amor, tampoco hay que exagerar.

Entonces él entrecerró los ojos. —No os mensajeáis mucho, ¿no? —Cogió su móvil de mala manera y deslizó la pantalla hacia abajo. —¿Dos años sin un mensaje? ¿Qué pasa aquí?

Mierda. —Nada. Somos más de llamadas.

—¿Y cómo no te ha llamado? —preguntó muy tenso.

—Le dije que iba a acostarme. Ha sido una noche muy larga y estaba agotada —dijo temblando por dentro—. Estuvimos preparando la rueda de prensa.

El tortazo la tiró al suelo. —Esa en la que has acusado a mi hermana. —Se apoyó en las palmas de sus manos pasando la lengua por la herida que tenía en el interior de la mejilla y cuando sintió el cañón de la pistola en la cabeza sollozó de miedo. —Más te vale que salga libre de esta. Como no sea así vas a llorar, pero lágrimas de sangre.

—Muy dramático —dijo sin poder evitarlo.

—¿Te ríes de mí, zorra?

—Púdrete, cabrón.

Le dio una patada en el costado que la volvió y gimió abrazándose a sí misma. —Esa lengua —dijo con burla—. Como tu padre no llame en veinte minutos te mato.

—¿Entonces quién sacará a tu hermana de la comisaría, estúpido?

Se agachó agarrándola por la melena. —¿Quieres provocarme?

Le escupió a la cara. —Vuelve a pegarme y puede que ya no sea capaz de decir nada a ese teléfono.

—Lo dirás. —La agarró por el cuello y Anne chilló intentando soltarle. La elevó sobre su cabeza y sintiendo que le faltaba el aire le pateó. Aterrorizada por no poder respirar intentó golpearle en el rostro, pero él la apartó riendo. —No me provoques, puta. —La soltó dejándola caer al suelo y Anne respiró hondo llevándose la mano al cuello. —Contestarás a ese teléfono y harás todo lo que yo te diga cuando yo te lo diga.

El sonido de un mensaje le alertó y como se debía haber fijado cuando lo había desbloqueado sin la huella lo hizo él mismo. Anne cerró los ojos intentando respirar. Le dolía muchísimo la garganta. Al escuchar la risa de Paul miró hacia él. —Tu novio te pregunta si estás de compras.

—Entonces frunció el ceño. —¿Pero tú no ibas a dormir?

—Te pedí que me llevaras a casa, ¿no? Debe pensar que como no estoy durmiendo debo estar de compras.

—Contéstale.

Cogió el móvil con la mano temblorosa y una gota de sangre cayó sobre la pantalla. Tecleó lo más rápido que pudo y él se agachó para ver lo que ponía. Sintiendo que la rabia la recorría se levantó a toda prisa empujándole y provocando que cayera al suelo. Pero antes de que la apuntara con el arma se tiró sobre sus hombros rodeando su cuello con las piernas y agarrando su mano. Recordó la barra y los ejercicios. Apretó las piernas todo lo que pudo gritando de dolor mientras él con la otra mano la golpeaba o la agarraba del cabello para intentar quitársela de encima. Entonces el coche se encendió y dio marcha atrás atropellándole las piernas a Paul y atrapándoselas debajo de la rueda delantera. Este gritó de dolor cayendo hacia atrás e intentando liberarse, pero ella no dejó de apretar su cuello mientras Tom salía del coche rodeándolo por delante con una barra de uñas en la mano. —No lo suelte, señorita. —Le golpeó con la barra en el estómago y se escuchó como se rompía un hueso. —¡Maldito cabrón! —Tom le golpeó de nuevo en el brazo antes de darle una y otra vez. De repente Paul dejó de resistirse y la pistola cayó al suelo, pero ella asustada no dejó de apretar. De pronto Tom se detuvo con la barra en alto. Con la respiración agitada no dejaba de observarle. —Ya está, señorita.

—No.

—Está muerto.

Relajando las piernas dejó caer su cabeza al suelo y sollozó. —Dios mío…

Tom agarró su pistola del suelo metiéndosela en el bolsillo de la chaqueta y se acercó para apartarla. Pasó la mano por su cabello manchado de sangre para apartarlo de su rostro. —Ya he hablado con el jefe y estaban intentando localizar su móvil, señorita. Pero si les decimos donde estamos será más rápido.

—Por la sexta avenida, creo. —Se echó a llorar tapándose la cara con las manos.

—Tengo que salir para ver exactamente dónde estamos. No se mueva de aquí.

Tom se levantó y en ese momento la puerta del garaje reventó haciéndola gritar del susto. Se cubrió la cabeza con las manos gritando una y otra vez cuando sintió a alguien ante ella. En shock intentó apartarse y unos brazos la abrazaron. —¡Nena, soy yo!

Al darse cuenta de que era Tyger sintió tal alivio que se desmayó.

Capítulo 10

Caerse por las escaleras del metro no había dolido tanto. Gimió volviéndose de espaldas en la cama y se llevó la mano a la cara que le dolía horrores. —Shusss… Cielo la tienes hinchada, no te asustes. Recuerda que el médico te dijo que iba a pasar. —La voz de su padre le hizo abrir los ojos lo que podía. —¿Lo recuerdas?

—Sí. Fue en urgencias cuando me hicieron todas esas pruebas antes de sedarme.

—Sí, cielo. Tuvieron que hacerlo porque te dio un ataque de pánico en el escáner.

—Odio esos chismes. —Su padre sonrió. —Mamá…

—Tu madre está bien. Está supervisada por dos médicos que no se separarán de ella, pero no quería que te viera así.

—¿Está muerto?

—Sí, cielo. No volverá a hacerte daño.

Una lágrima recorrió su sien. —¿Tom está bien?

—Sí, habéis tenido mucha suerte.

—Fue un valiente.

—Según me ha dicho la valiente has sido tú. —Acarició su cabello. —Te recuperarás.

—Quiero irme —susurró antes de sollozar.

—Te irás a donde tú quieras. Pero antes nos iremos de vacaciones en familia como antes.

Le miró ilusionada. —¿De veras?

—Todo un mes. ¿Qué tal un crucero por las pequeñas Antillas?

—¿Y el mediterráneo?

—Pues el mediterráneo. Necesitamos unas buenas vacaciones.

Asintió. —¿Cómo nos encontrasteis tan rápido?

—Jeff me llamó de inmediato diciendo que te pasaba algo. Que habías dicho algo de quitar una denuncia y que parecías alterada. Le pregunté si no habías llegado a casa y me dijo que no. Entonces llamé a Tom y no contestó el teléfono. Derek se puso a trabajar de inmediato para localizar el coche, llamó a la policía que intentó localizar tu móvil por eso Tyger te enviaba mensajes para asegurarse de que respondías y no se apagaba. Pero fue Derek quien encontró el coche primero. La señal era débil así que supusimos que era un garaje. En tiempo récord se organizó el operativo. Cuando no contestaste al segundo mensaje de Tyger pensé lo peor —dijo angustiado—. Pero afortunadamente estás viva, cielo.

—Sí, estoy viva. —Le miró a los ojos. —¿Le maté yo?

—Bueno, Tom le dio una buena paliza.

—Papá…

—No pienses en eso. Sé que te torturarías y era necesario para salvar tu vida. Te hubiera matado.

—Si hubiera esperado…

—No sabías que estábamos a punto de llegar. No pienses en eso. Hiciste lo correcto.

Levantó la mano para ver que la tenía vendada. —¿Me ha roto algo?

—No, aunque por el morado que te salió en el costado pensaban que te había roto varias costillas. Hija tienes los huesos de acero.

—Pues estos huesos necesitan esas vacaciones.

Su padre sonrió. —Sí cielo, y lo pasaremos estupendamente.

Suspiró cerrando los ojos. —Creía en ella. Creía en su hermana y que yo lo había organizado todo.

—Lo sé. Tom lo escuchó y lo contó en la declaración a la policía. Era un loco. Tyger ya me había comentado una vez que no estaba muy bien de la cabeza y es evidente que tenía razón.

Le miró sorprendida. —Ah, ¿sí?

—Sí, fue en uno de tus cumpleaños, creo. Tuvo que sacarle de la fiesta y al llegar al aparcamiento amenazó con romperle la cara. Así sin más. Su hermana consiguió convencerle para que subiera al coche.

—Tyger le hubiera pegado una paliza —dijo convencida.

—¿Nuestro chico? Le hubiera destrozado. Por algo le temen en el club.

Sonrió con tristeza. —No es nuestro chico, papá. Es tu chico. —Steven hizo una mueca. —Temes perderle.

—Es como otro hijo para mí. He puesto muchas esperanzas en él.

—No te abandonará si me voy.

Como si supieran que hablaban de él entró en la habitación y sonrió. —Hola nena. ¿Cómo te encuentras?

—Bien.

—No estaba porque tocaba parte médico a la prensa. Están abajo como locos, ¿sabes? Lo que menos se esperaba nadie era que te secuestraran.

—Últimamente estoy un poco gafada. ¿Eso dónde se cura?

Ambos sonrieron. —Lo preguntaré —dijo Tyger poniéndose al otro lado de la cama. Él cogió su mano y Anne sintió que se le retorcía el corazón por su contacto, pero no se podía permitir sentir, así que la apartó poniéndosela sobre el vientre. Tyger apretó los labios—. Mañana te darán el alta.

—¿Ya? —preguntó sorprendida a su padre.

—Lo que tienes se puede curar en casa. Solo te dejaron aquí en observación hasta que comprobaran que en la cabeza todo iba bien.

Suspiró del alivio. —Estupendo, solo quiero irme a casa.

—Organizaré tu salida para que la prensa no capte tu imagen —dijo Tyger.

—No. —Ambos la miraron sorprendidos. —Quiero que vean lo que me ha hecho. Quiero que piensen en esto y no en lo que ponía en ese maldito diario.

—Quieres apartar la atención de tu padre y centrarla en ti.

—Exacto. Quiero que vean que nosotros somos las víctimas y que únicamente me defendí. Y vamos a anunciar que la Fundación Steven Snow va a donar veinte millones de dólares a distintas asociaciones que luchan contra la violencia, ya sea de género, bulling o cualquier otro tipo.

—Nena me equivoqué.

Sorprendida preguntó —¿En qué?

—Serás una relaciones publicas estupenda.

—Con mi dinero —dijo Steven indignado—. ¿Veinte millones?

—Papá, te desgrava.

—Eso es cierto.

—Y no voy a ser relaciones públicas. Me voy a París.

Tyger apretó los labios. —Será mejor que prepare tu salida. Llamaré a tu madre para que te envíe un vestido.

Parpadeó cuando le vio salir. —¿Ves? No renuncia.

—Exacto, cielo. No renuncia.

—Estás hablando de su puesto, ¿no?

—¿Y tú?

Sentada en la tumbona de la terraza de casa de sus padres pasó la hoja de su álbum de fotos. Su grupo de amigas reía ante la tarta de cumpleaños. Parecían felices. Cindy a su lado hacia una mueca y recordó como segundos después cogió un pedazo de tarta con la mano y amenazó con tirársela. Todas salieron despavoridas haciéndola reír y gritó —¡Toda para mí!

Bajó la vista a la siguiente foto. Donde sus padres bailando se miraban a los ojos en una nochevieja. Parecían tan felices... ¿Cómo se podía haber torcido todo tanto en apenas cuatro años? Vio que detrás de ellos estaba Tyger bailando con una chica. Nunca le había pedido un baile. Siempre que había una ocasión así la ignoraba. Sintió una pena enorme por ser tan idiota y pensar que podía conseguirle. Por pensar que esas eran sus amigas y por creer en los cuentos de hadas y creer que el amor de sus padres era para siempre.

—Hija. —Se sobresaltó al ver a su lado a su madre. —Lo siento, no quería…

—No pasa nada.

Marilyn se sentó a su lado y sonrió con tristeza. —¿Qué haces?

—¿Torturarme? —Cerró el álbum y lo dejó a un lado.

Su madre cogió el álbum y lo abrió sonriendo al ver una foto suya cuando era bebé. Estaba sentada en la alfombra con un cubo de plástico en la mano y se lo tendía a quien sacaba la foto. —Que buenos tiempos.

—¿De veras? —preguntó irónica

—Claro que sí. —La miró con pena. —No todo fue malo. Lo que ocurre es que has pasado un año muy duro y ahora estás triste.

—No estoy triste, mamá. —Intentando no llorar se levantó. —Voy a estirar un poco a la barra.

—Cielo, tienes demasiados morados. Saliste antes de ayer del hospital, no deberías…

Su hija no le hizo caso saliendo de la terraza y Marilyn apretó los labios. Steven vio como su hija subía las escaleras reprimiendo las lágrimas y suspiró. Se acercó a la terraza donde su mujer miraba el álbum de fotos. —Deberíamos llamar a una psicóloga.

—Es tan cabezota como tú, no querrá verla.

—Tan cabezota como yo, ¿eh? —dijo divertido antes de sentarse a su lado—. Joder, mírala. —Anne estaba sentada sobre un caballo sonriendo a la cámara y mostrando que le faltaban dos dientes. Se echó a reír. —Estaba muerta de miedo, pero lo consiguió.

—Pero no quiso subirse a otro caballo nunca más. —Marilyn le miró a los ojos. —Si todo esto la ha afectado como ese caballo, ¿qué tipo de vida llevará mi niña?

—Temes que se quede sola

—Está enamorada de él. Nuestro divorcio y el comportamiento de Tyger la han afectado,

Steven. Eso por no hablar de todo lo demás. Tiene la felicidad al alcance de su mano y se niega a hablar con él. Antes de ayer cuando salió del hospital no le dijo ni una sola palabra. Cuando llegamos a casa subió directamente a su habitación negándose a compartir más tiempo con él.

—El chico no se rendirá.

—Quiere irse. Fue lo primero que me dijo en cuanto nos quedamos solas. Después de esas vacaciones se irá a París y pondrá distancia con todo lo que conoce.

—Igual es lo que necesita. Un año fuera…

—No volverá.

Steven se tensó. —¿Qué has dicho?

—Conozco a mi hija y si ha decidido dar un paso así no habrá vuelta atrás. Tiene intención de vivir allí. Sabes que le encanta París y si tiene trabajo para qué volver. Aquí no le queda nada.

—Estamos nosotros.

—¿Nosotros? ¿Crees que no desconfía de que hayamos vuelto a estar juntos? No quiere pasar por lo mismo dos veces.

Steven se tensó. —¿Tanto daño le hemos hecho? ¿Hasta el punto de querer echarnos de su vida?

—Ese diario lo demuestra… Hay frases que desgarran el alma. —Los ojos de Marilyn se llenaron de lágrimas. —Yo también fui responsable de eso y no me lo perdonaré nunca.

Steven apoyó los codos en las rodillas y suspiró. —Si quiere irse no se lo impediré.

A Marilyn se le cortó el aliento. —Claro que lo harás.

—Cielo…

—Mi hija no se va a ir del país. ¡Arréglate como quieras, pero la quiero aquí a mi lado! —Y mirándole a los ojos siseó —¡Dile a tu chico que empiece a hacer las cosas bien de una maldita vez!

—Como has dicho no quiere hablar con él.

—Pues habrá que provocar una situación en la que sea inevitable. —Se levantó. —Arréglalo Steven, porque sino no estaré nada contenta y eso afectará a nuestra relación ya de por sí herida. —Fue hacia el salón.

—¿Acaso no me quieres?

—¡Claro que sí no digas tonterías! —Se volvió. —¡Pero a ella la quiero más!

—¡Mujer, esas cosas no se dicen! —exclamó atónito viendo cómo iba hacia las escaleras.

—¡Como si tú no sintieras lo mismo! —gritó desapareciendo de su vista.

—Claro que no, os quiero igual.

—¡Ja!

—¿Qué significa eso?

Cuando su mujer no contestó gruñó. —Joder como necesito esas vacaciones. —Iba a levantarse cuando vio una foto en el suelo y la cogió volviéndola. Su niña preciosa para su graduación sonreía a la cámara al lado de ellos dos. Recordaba que Tyger había sacado la foto porque había ido a llevarle unos papeles para que los firmara y le aprovecharon para sacar la foto. Parecían la familia perfecta. Mirando esos ojos azules se dio cuenta de que anhelaban algo y recordó como bajando las escaleras de aquella misma casa había preguntado loca de contenta si estaba bonita. Ellos sentados en el sofá charlando se levantaron y recordó como él la llenó de piropos, pero Tyger no dijo palabra. Sacó la foto y preguntó —¿Y tu pareja?

Su hija se sonrojó. —No tengo. No he querido ir con nadie.

—Será que nadie te lo ha pedido.

—Pues te equivocas —dijo ella con orgullo levantando la barbilla.

Steven apretó los labios. —Joder Tyger…

Tyger con los ojos entrecerrados preguntó —¿Qué pasa? He tenido que salir de una reunión porque me has llamado. —Steven sentado en su sillón puso la foto ante él. —La noche de la fiesta de graduación de Anne.

—Es interesante que recuerdes esa noche. ¿Recuerdas lo que le dijiste?

—Sí —dijo entre dientes—. ¿Qué es esto, Steven? ¿Vas a recriminarme mi comportamiento? ¡Porque sé que fui un cabrón, pero algo tenía que hacer! —Steven le miró muy serio. —¡No me mires así, me hubieras echado! ¡Le saco diez años!

—En eso tienes razón.

—Está bien que lo reconozcas.

—¿La querías?

—Joder…

—¿La querías? —preguntó más alto.

—No.

Steven apoyó la espalda en su sillón. —La deseabas.

—Joder al principio no. Era una cría. Pero… —Se pasó la mano por la nuca. —Un día en los Hamptons estaba con unas amigas en la piscina. Tenía diecisiete años. Quiso quedar bien ante ellas y se acercó con el bote de crema a mi tumbona. Por supuesto la rechacé y dije que se lo pusiera una de sus amigas que con las manos pringosas no iba a tocar los papeles que estaba leyendo. Se lo tomó mal, claro. La había dejado en evidencia. Pero cuando se alejó.

—Sentiste remordimientos.

—Sí, ¿vale? —Molesto le miró a los ojos. —¿A qué viene esto?

—¿Cuándo te enamoraste de ella?

Tyger apretó los labios. —Me di cuenta de que pasaba algo unos días antes de irme a Tokio, por eso adelanté el viaje. Y cuando volví…

—Estabas furioso.

—Sí. ¡No me esperaba ese video! ¡No me contaste lo que estaba pasando! —gritó cabreado.

—¿Sabes por qué no te lo conté?

—Porque sabías que te detendría —siseó.

Steven asintió. —Exacto y en aquel momento no necesitaba a la voz de mi conciencia diciéndome que lo que hacía no era lo correcto, porque yo creía que sí. Estaba furioso, sabía que las ayudarías y no pensaba consentirlo.

—Pues mira hasta donde ha llegado la lección que le estabas dando a tu mujer y a tu hija —dijo con rabia.

Steven sonrió. —La quieres…

—¡Te he dicho que sí!

—Pues si la quieres en parte es por la mujer en que se ha convertido. —Tyger frunció el ceño. —Niégalo si te atreves. Antes para ti era caprichosa, una mantenida que solo pensaba en pasárselo bien con sus amigas. Ahora la admiras. Ha sabido plantarme cara y hasta se ha enfrentado a un hombre que quería matarla. Todas esas circunstancias han cambiado su carácter y no has podido evitar enamorarte de ella. ¡Te vino fenomenal que te la pusiera en bandeja y has vuelto a joderlo todo!

—¿Esta conversación tiene algún propósito aparte de decirme que soy un gilipollas?

—Se va a ir a París y no volverá.

Tyger se tensó. —No se va a ir a París. ¿Y qué es eso de que no volverá? —gritó alterado.

—Mi mujer está segura de que si se va no volverá. Intentará hacer su nueva vida allí y dejar todo el pasado atrás. Desgraciadamente le prometí que podría irse y tengo las manos atadas. En tu mano está renunciar o no. En tu mano está luchar por ella o no.

—¡No se va a ir!

—¿Vas a luchar?

—¡Claro que sí!

—Te aconsejo que te des prisa. Nos vamos de crucero en una semana.

—No me jodas… —dijo sorprendido—. No puedo arreglar esto en una semana. ¿Tú has visto el estado en el que está? ¡Ni puedo besarla a gusto para intentar convencerla!

—¿Querías convencerla con sexo?

—Jefe, creo que esta conversación no debería tenerla contigo.

—¿Pero es que acaso no sabes enamorar a una mujer? —preguntó pasmado.

—Nunca he tenido interés, la verdad. No es que haya practicado mucho —dijo entre dientes —. ¡La única que me interesaba estaba fuera de mi alcance por tu culpa! ¡Y aun así se enamoró de mí!

—Enamoraste a la caprichosa adolescente no a la que es actualmente.

—No me lo recuerdes —dijo como si eso le retorciera las tripas.

—No te habla.

—¿Quieres dejar de hurgar en la herida? ¡Dame soluciones!

—¿Yo? —No salía de su asombro.

—¡Tú eres el jefe!

De repente Steven se echó a reír a carcajadas. —Estás cagado.

Gruñó de nuevo. —No quiero hacerle más daño.

Steven perdió la sonrisa poco a poco y suspiró levantándose. —Muy bien. Atento. A las mujeres les gusta que las piropeen, que sean caballeros con ellas, que las sorprendan con cosas inesperadas. —Le advirtió con la mirada. —Cosas inesperadas que deseen como una cena romántica o un paseo en calesa por el parque.

—¿No me digas? Ya he ligado antes, ¿sabes? ¡Yo quiero que me ame y que no se largue a París! —Frunció el ceño. —¿Cómo enamoraste tú a Marilyn?

—Fue un flechazo, no te vale.

Se dejó caer en la silla derrotado. —Cualquier cosa que haga se la va a tomar a mal.

—Sí, ahora no está muy receptiva.

—Parece deprimida —dijo preocupado.

—Lo que ha pasado ha sido muy gordo. Ha matado a un hombre, Tyger.

—¡Y tengo que enamorarla precisamente ahora! —Le rogó con la mirada. —Dame más tiempo para que olvide un poco a ese gilipollas.

—No puedo. Marilyn ya avisó al barco ayer y la niña está deseando irse.

—¡Para perderme de vista!

—Pues ya que lo dices… Pero ánimo, a mí me perdonó, así que a ti terminará por perdonarte.

Tyger entrecerró los ojos. —Sí, no es rencorosa. Nunca lo ha sido.

—Sí, a mí me perdonó en unos minutos de conversación.

—Y si se me resiste, la sigo a París.

Asombrado vio cómo se levantaba. —¿Cómo has dicho?

—Tengo vacaciones.

—¿Y quién va a dirigir la empresa? Después del crucero me voy a los Hamptons.

—Bah, en septiembre no hay mucho trabajo. Por cierto, me tomo el día libre. —Pensativo fue hasta la puerta sacando su móvil. —¿Peggy? Llama a la florista. Que le envíen doscientas rosas a mi prometida. ¿De qué color? Mejor las elijo yo, dame la dirección y que venga mi chófer.

Steven sonrió cogiendo la foto de su hija. —Esto va a ser interesante.

Capítulo 11

Se levantó de la siesta adormilada. No sabía para qué las dormía, se levantaba más cansada de lo que se acostaba. Además lo de la barra no había sido buena idea porque ahora le dolía todo. Gimiendo fue a su baño y sentada en el wáter frunció la nariz. ¿Su madre había cambiado el ambientador? Se había pasado un poco, ¿no? Se levantó y se miró en el espejo suspirando de la decepción. Los morados de la cara seguían allí. Esperaba que se le quitaran un poco para el crucero porque si hacían alguna escala los turistas iban a flipar. Bueno, no podía hacer nada. Sintiendo hambre fue hasta la puerta y al abrirla el olor se hizo más intenso. —¿Mamá? ¡Te has pasado con el ambientador! —Fue hasta las escaleras y se detuvo en seco al ver rosas de todos los colores por el salón. —Oh mamá, que detalle ha tenido papá —dijo ilusionada bajando las escaleras.

—No son para mí —respondió Marilyn saliendo del despacho.

—¿No? —Dejó caer la mandíbula del asombro girándose para ver todas las que eran. —¿Para mí? ¿De quién? ¿De amigos? —preguntó no queriendo hacerse ilusiones.

—Hija, ¿por qué no abres la tarjeta? —Le mostró un sobre gigante que había apoyado en la chimenea.

Corrió hacia allí cogiendo el enorme sobre y soltando una risita lo apoyó en el sofá para abrirlo. La enorme tarjeta tenía un corazón y la volvió agarrándola con ambas manos.

"¿Recuerdas la rosa que llevabas en tu muñeca la noche de tu graduación? Te la compré yo, nena."

Se le cortó el aliento mirando a su madre que asintió. —Se me olvidó, cielo, y le pedí que la trajera de la que venía a traerle unos papeles a tu padre.

Asombrada siguió leyendo: *"Quería ponértela yo, pero no podía. Y me mordí la lengua para no decirte lo preciosa que estabas esa noche.* —Sus ojos se llenaron de lágrimas. *—Pero tú siempre estás preciosa.* —Hizo una mueca porque ahora no estaba en su mejor momento. *—O casi siempre.* —Se echó a reír gimiendo cuando le dolió la mejilla. *—Con esto quiero decirte que aunque no lo creas siempre he querido estar ahí para ti. Aunque fuera en la sombra. Nunca he podido expresar lo que siento, pero he estado ahí preciosa. Entiendo tus razones para creer que no podías contar conmigo cuando estuviste en problemas, pero te equivocaste. El pasado no puede cambiarse, pero como en el futuro tengas un problema y no me llames, me voy a cabrear.* —Rio por lo bajo. *—Porque siempre serás importante para mí, nena. Puede que tú no me quieras a tu lado, pero siempre estaré ahí."*

Emocionada miró a su madre que estaba limpiándose las lágrimas. —Le importo.

—Sí, cielo. Qué bonito, ¿no? Se nota que lo ha escrito de corazón.

—Sí. —Miró la gran tarjeta y con cuidado la metió en el sobre.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y corrió hacia allí abriéndola de golpe para ver a Jeff con un paquete en la mano. —¿Cómo te va, compañero?

—Bien, señorita. —Sonrió malicioso. —Está abajo, ¿sabe?

—¿Sí? —preguntó ilusionada.

—Con una furgoneta llena de paquetes.

Asombrada miró a su madre antes de correr hasta la terraza sacando medio cuerpo fuera. —¡Hija te he dicho mil veces que no hagas eso!

Soltando una risita volvió a la puerta y cogió el paquete. —¿No va a subir?

—Creo que hasta que no se los haya entregado todos no.

—¿Uno por uno?

—Uno por uno.

—Eso son muchas propinas, Jeff. ¿Te ha pagado los doscientos?

—Por supuesto. Hoy le dejo pelado.

Se echó a reír y lo abrió impaciente, pero demostrando lo que le importaba más sacó la tarjeta a toda prisa poniéndole a su madre la caja en los brazos. *"Uno*. —Frunció el ceño y le dio la vuelta a la tarjeta. *—Este debería haber sido mi primer regalo de cumpleaños. ¿Lo recuerdas, nena? Cumplías trece."* —Con curiosidad se acercó y su madre sacó una cajita de terciopelo rosa. La abrió con cuidado para encontrarse unos sencillos pendientes de diamantes. Emocionada pasó el dedo por ellos porque en aquel momento se habría vuelto loca con ese regalo.

—¿Ya con trece le habías echado el ojo, hija?

—Con lo guapo que era hasta tú se lo habrías echado.

Su madre se echó a reír asintiendo. —¿Qué te regaló? No lo recuerdo.

Gruñó. —Un libro para colorear.

Marilyn se echó a reír a carcajadas. —Menuda indirecta.

Jeff se fue, pero no tardó en llegar y antes de que pudiera decir ni pío ya le había quitado el paquete de las manos. —Se impacienta. Menudos gritos me ha metido. Luego preguntó si lo había abierto delante de mí y qué le había parecido.

—¿Y qué le contestaste? —preguntó Marilyn.

—Oh, que no lo había visto. Es para que se muerda las uñas.

Marilyn se echó a reír. —Serás malo.

Miraron hacia ella que leía la tarjeta y soltaba una risita. —Mi primer regalo de navidad. —Sacó de la caja un bonito bolso de Dior en color beige y su madre soltó un chillido. —¿Qué?

—¡Es un Lady Dior! ¿Sabes lo que cuesta esto? —Se lo arrebató de las manos y abrió los ojos como platos. —Es vintage. Es de los primeros cuando todavía no se lo habían dedicado a Lady Di. —Admirada elevó el bolso. —Es una obra de arte.

—Tenías dos de esos en tu armario antes de venderlos —dijo divertida.

—Como este no. Este es una joya.

—Pues la joya es mía. ¿Me lo devuelves?

Gruñó devolviéndoselo y Anne soltó una risita. —Hubiera sido la bomba en el instituto con este bolso.

—Menudo sacrilegio regalarle eso a una niña. Una mujer de mi edad lo apreciaría más.

—Mamá te mueres de envidia.

—Pues sí.

El siguiente regalo correspondía a su catorce cumpleaños. Una tabla de surf porque en aquel momento lo practicaba mucho. Para navidades un portátil. Una gargantilla. Un reloj. Unos esquís que eran una maravilla. Para navidades el traje de esquiar y así hasta llegar a sus dieciocho cumpleaños donde Jeff llegó solo con la tarjeta que decía —*"Aquí no te regalo nada que acerté de pleno."*

Se echó a reír asintiendo.

—Cómo será el regalo de Navidad… —dijo su madre divertida.

Impaciente vio la enorme caja empujada por el carrito de Jeff que ya estaba agotado. —Esto pesa un montón.

Tuvo que ayudarla su madre y al ver el juego de maletas de Louis Vuitton esta chilló como una loca mientras ella se llevaba la mano al pecho. Aquello era una fortuna. Eran cinco maletas de distintos tamaños y hasta había un baúl de la marca. —Está loco. —Entre tanto embalaje no encontraba la tarjeta. —¿Dónde está? —preguntó ansiosa rebuscando entre el papel de burbuja. Se arrodilló a cuatro patas apartando un cartón. —¡No la encuentro! —Al ver el sobrecito chilló arrastrándose para cogerlo. Se sentó en el suelo para abrirlo a toda prisa. —*"Tu primer viaje a Europa con las amigas. Tenías que ir preparada, nena."* —Sollozó de la emoción llevándose la tarjeta al pecho. Se acordaba de tantos detalles que no se lo podía creer.

Jeff sorbiendo por la nariz dijo —Voy a por otro.

—Sí, sí —dijo Marilyn impaciente—. Madre mía y todavía quedan siete años.

Los siguientes regalos fueron igual de especiales porque todos significaban algo y en el último la tarjeta decía —*"Siento haberme perdido este, porque era el más importante de todos y cuando más me necesitabas."* —Miró la caja que tenía al lado y sacó un teléfono móvil de última generación. Sonrió porque en la caja había un post-it con su número de teléfono.

—Llámale hija.

Se mordió el labio inferior y susurró —Tenemos mucho que solucionar. Esto es solo para ablandarme el corazón.

Se arrodilló a su lado. —¿Crees que todavía quiere casarse contigo por la empresa?

—Quiero que se case conmigo, aunque no tenga la empresa. ¿Soy idiota?

—No, cielo. Es lógico que desees que te ame solo por ti. Pero amenazó a tu padre con irse, ¿recuerdas?

—Jamás lo hubiera hecho. —Se levantó y cogió todas las tarjetas antes de ir a la habitación.

—¿No vas a darle las gracias?

—Claro que sí, estará al caer.

Efectivamente sonó el timbre y ella levantó una ceja. —¿Ves?

Marilyn suspiró levantándose y abriendo la puerta. Él gruñó. —Que me abras tú no es muy buena señal.

—Le han encantado —susurró.

Él sonrió entrando en la casa sorteando todo lo que allí había. —¡Cielo tienes visita!

Apareció en lo alto de las escaleras y sonrió. —Ha sido todo un detalle, gracias.

—De nada, nena. ¿Así que te han gustado tus regalos?

—Sí, son estupendos. Gracias de nuevo.

Se volvió para irse y él la miró pasmado. —¿Es todo lo que vas a decir?

Regresó como si le costara hacerlo y apoyó las manos en la barandilla. —¿Qué quieres que diga?

—Pues no sé. Algo.

—Son regalos que deberías haberme hecho en su momento, ¿no?

—Sí.

—Son una especie de disculpa por ser tan capullo conmigo en el pasado.

Él gruñó antes de decir entre dientes —Sí, nena. Exactamente eso.

—Pues acepto tus disculpas. —Sonrió. —Y gracias.

Cuando desapareció miró asombrado a Marilyn que forzó una sonrisa. —Esta niña…

Él entrecerró los ojos. —Ya no aprecia lo material como antes.

—Pues la verdad es que no mucho. Pero le han encantado.

—Tu hija me está poniendo las cosas muy difíciles.

—Tranquilo, que al menos no te ha dicho eso de podemos ser amigos.

La miró con horror. —¿Cómo que amigos?

—Ya sabes. Habéis cortado y cuando esas cosas pasan cada uno por su lado, pero como a ti va a verte a menudo si no se va a París, pues deberéis tener una mínima relación cordial. Amigos.

—¡Ni hablar! —Se volvió. —¡Anne ven aquí!

—Ya empezamos —escucharon desde arriba. La oyeron caminar hasta la barandilla—. ¿Qué pasa?

—¡Tú y yo no seremos amigos nunca! ¿Me has entendido?

Levantó la barbilla con orgullo. —¡Pues muy bien, como si quisiera que fueras mi amigo! —Se largó dejándole con la palabra en la boca. —Será posible, este hombre no va a cambiar nunca. —Furiosa volvió. —¡Imbécil!

Asombrado miró a Marilyn que hizo una mueca al escuchar el portazo. —¿Qué me ha llamado? —Marilyn jadeó cuando le vio subir las escaleras de dos en dos. —¡Nena, no quiero decir que no seamos amigos, pero con algo más! —Golpeó la puerta de su habitación. —Anne abre. Tenemos que hablar.

—¡Qué te den! —Anne al otro lado de la puerta sonrió escuchándole jurar por lo bajo.

—Vale, ¿quieres que seamos amigos?

—¿Y cuándo he dicho yo eso?

—¡Tu madre me ha liado!

—¡Tú no quieres ser mi amigo me lo acabas de decir! —Hizo que sollozaba.

—Joder nena, no llores. Claro que soy tu amigo.

—¿De veras? —preguntó de manera infantil.

—¿No te he dicho ya que puedes contar conmigo cuando quieras? Eso lo hacen los amigos.

Hizo que sollozaba de nuevo. —Necesito un amigo.

Él suspiró del alivio apoyando la frente en la puerta. —Pues aquí me tienes.

—Ahora quiero estar sola. Y pensar. Tengo mucho que pensar antes de irme a París.

Juró por lo bajo volviéndose y Marilyn hizo una mueca. —Estará cansada. Todo lo sucedido…

—Nena llámame.

—Vale.

Se acercó a la puerta para oír como se alejaba y por sus pasos no estaba nada contento.

—¡Y dónde está la doncella! —gritó él furioso.

—Ahora solo viene una por las mañanas. ¡Intento ahorrar como mi hija! —gritó su madre desde allí.

—¿Será una broma?

—Eso dice mi marido. Está harto de fregar los platos por la noche.

—La madre que las parió.

Ambas jadearon y Anne abrió la puerta para gritar —¿Qué has dicho?

—Menudo oído más fino que tiene —dijo por lo bajo—. ¡Te llamo luego, nena!

Sonrió sin poder evitarlo. —Vale.

Madre e hija se miraron y cuando escucharon la puerta Marilyn preguntó—¿Ahora sois amigos?

—A ver cuánto aguanta.

—¿Piensas torturarle?

—Claro que sí. Tiene que pagar por sus desplantes todos estos años. Y por no creerme, sobre todo por eso.

—¿Pero el treinta y uno de diciembre habrá boda?

—Por supuesto.

—Uy, hay que preparar muchas cosas.

—Sé discreta, mamá.

—Claro que sí. Si no quiero no me pillan.

Ella levantó una ceja y Marilyn carraspeó. —A no ser que tu padre contrate un detective, claro.

—No le digas nada a papá. Es un espía doble.

—Hecho.

—¿Seguro? ¿Podrás con esto?

—Hija confía en mí. De mí no sacarán nada.

Ambas sonrieron yendo hacia las escaleras y cuando bajaron los escalones allí estaba Steven con los brazos cruzados. Se pusieron como tomates y su madre intentó disimular. —Cielo, ¿ya estás en casa?

—Sí, precisamente me he cruzado con el chico —dijo mirándolas fijamente.

—No le digas nada. —Bajó las escaleras a toda prisa y juntó las manos. —Por favor, por favor.

—Hija, que Tyger no tiene paciencia…

—Pues deberá tenerla. —Elevó la barbilla como toda una Snow. —Es su penitencia.

—¿Vendrá al crucero?

—Claro, ya me arreglaré para invitarle.

—Hija, ¿te das cuenta de que tengo una gran empresa y que si ambos estamos de vacaciones no habrá quien la dirija?

Ambas dieron un paso hacia él amenazantes. —¿Qué has dicho? —preguntaron a la vez.

Steven carraspeó. —Nos las arreglaremos.

—¡Más te vale! —gritó Marilyn sobresaltándole—. ¡Tu hija es lo primero! ¡Ahora ayúdame a subir todo esto que la niña está muy dolorida!

Él miró con horror todo lo que tenía a su alrededor. —¡Espera que llamo a alguien que tú tampoco puedes hacer esfuerzos, mujer!

—Vale. —Ambas con la barbilla en alto fueron hasta la cocina.

Al ver hacia donde iban él casi se puso a temblar. —No iréis a hacer la cena, ¿no?

—Claro —respondió su mujer con desconfianza—. ¿Acaso cocino mal?

—No, cielo. Tus espaguetis quemados de ayer por la noche son una evolución culinaria. —Forzó una sonrisa. —Pero no te esfuerces, que ya pido yo algo.

—Vale. —Entró en la cocina y reprimió una risita. —Parece otro —susurró.

—Yo le veo igual.

—Qué va. Es el Steven con el que me casé —dijo ilusionada—. Estas vacaciones van a ser fantásticas.

Durante todo un mes les iban a tener para ellas solas y sonrió. —Sí.

—Hija tienes que ir al ginecólogo. Dudo que si estáis en el barco no os dejéis llevar por la pasión. No querrás estar embarazada antes de la boda, ¿no?

Se puso como un tomate. —Mamá, ¿tienes que hablar de eso?

—Hay que ser práctica.

—Demasiado tarde.

La miró sin comprender. —Pero si han pasado cinco días desde… ¡No!

—Sabes que soy como un reloj y… Nada.

—¿Será por los golpes? ¿El shock? Has matado a un hombre, eso altera mucho.

—¿Tú crees? —Sonrió. —Sí, igual es eso. ¿Recuerdas aquella vez que me rompí la pierna esquiando? No me bajó la regla.

Marilyn suspiró del alivio. —Claro, es eso. El shock y la paliza que te la han asustado. Lo que yo decía. Terminará saliendo.

—¿El qué? —preguntó su padre tras ellas.

Ambas se volvieron con los ojos como platos. —La mancha del suelo de ayer de la salsa de tomate. Terminará saliendo.

Él frunció el ceño mirando el impecable suelo. —La ha limpiado la doncella esta mañana.

—Uy, ¿sí? —Marilyn miró hacia abajo. —Anda, es verdad.

Su padre suspiró dejando una de las cajas vacías en el reciclaje y salió de la cocina.

—Mamá no me extraña nada que papá te pillara. ¡Eres un desastre mintiendo!

—Pues a ti te la colé con lo de James. —Marilyn se sonrojó por lo que había dicho. —Quiero decir… Que cuando a alguien le importas mucho es fácil colársela.

—Mamá déjalo. Pero tienes razón y has confirmado mi teoría.

Marilyn la miró sin entender. —¿De que Tyger se lo tragará todo?

—Precisamente eso es lo que vamos a comprobar, hasta qué punto le importo.

Esa noche la llamó, pero para darle una lección no se lo cogió por mucho que le fastidiara porque estaba deseando oír su voz. Pero debía ser dura. Al día siguiente Tyger por supuesto estaba trabajando. Sabía por su padre que tenía una reunión importante, así que le llamó justo en ese momento. Sonriendo mientras sonaba el teléfono se tumbó en la cama cruzando los tobillos. Al tercer tono frunció el ceño, pero de repente respondió —Nena, ahora no puedo hablar.

—Ah, ¿no? —preguntó decepcionada.

—Estamos en medio de una reunión.

—Ya veo. No importa. —Colgó el teléfono y gruñó sentándose en la cama. —¡Sí, te importo muchísimo! —gritó desgañitada.

El teléfono empezó a sonar. —Ah… —Se lo puso al oído.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Qué mono, se preocupaba por ella. —Estoy algo triste y quería hablar.

Le escuchó jurar por lo bajo. —¿Y no podemos hablar dentro de una hora?

—¿Para qué me llamas si no quieres hablar conmigo?

—Nena, sí quiero —dijo intentando ser delicado—. Nada me gustaría más que hablar contigo, pero tengo a veinte ejecutivos de otra compañía sentados en la sala de juntas pensando qué ocurre. ¿Por qué no hablas con tu madre mientras termino? Los despacho y soy todo tuyo.

Reprimió la risa. —Menudo amigo estás hecho. Solo me vales después de las cinco.

—¡Eso! —exclamó sobresaltándola—. Después de las cinco voy a tu casa y hablamos durante

horas.

—No te molestes —dijo remilgada—. ¡Después de las cinco ya está papá! —Colgó el teléfono y soltó una risita. Mejor se duchaba que a las cinco en punto allí le tenía.

Capítulo 12

Estaba desvistiéndose cuando sonó su móvil y frunció el ceño al ver que era su padre. —Hola papá—dijo tan contenta.

—Te llamo para entretenerte durante su reunión. —Anne se echó a reír. —No tiene gracia —dijo su padre entre dientes—. Hija, esto es un negocio.

—Ya, pero es que quería comprobar algo.

—¿El qué?

—Pues si en nuestro matrimonio me va a dejar tirada por el trabajo con reuniones interminables y viajes eternos. ¿Te suena de algo? ¿El aburrimiento de mamá y lo que pasó después?

Su padre carraspeó. —Hija tienes muy mala leche.

—¡A quién habré salido! Y como le digas algo para que se centre en el trabajo me voy a cabrear. ¡Esta semana y durante el crucero es mío para saber lo que le importo!

—Mucho, porque estoy viendo como salen los ejecutivos de la sala de juntas a toda pastilla.

Emocionada se llevó la mano al pecho. —¿De veras?

—Y se larga —dijo atónito—. ¡Mi vicepresidente se larga! ¡Y sin avisar!

—Uy, te dejo que iba a ducharme. Te quiero —dijo colgando a toda prisa antes de que pegara cuatro gritos más.

Al quitarse las braguitas hizo una mueca porque no le había bajado la regla. Otro día más. Aquello empezaba a ser muy mosqueante. ¿Cuántos días tenía que esperar para hacerse la prueba? Cogió su móvil y miró en internet. Diez desde el día más probable de la concepción. Bah, todavía le faltaba. Entonces frunció el ceño leyendo que si la hormona hCG ya estaba presente en el organismo puede que se supiera incluso antes si la prueba de embarazo era muy sensible. Que pasaba en los embarazos múltiples. Soltó una risita. —Gemelos. No estaría mal. —Distraída siguió leyendo que si la hormona todavía no estaba presente podía dar negativo y días después dar positivo por eso era recomendable esperar de diez a quince días.

Estuvo mirando varias páginas y todas ponía casi lo mismo. Entonces por curiosidad buscó cuáles eran las pruebas de embarazo más sensibles.

—Nena, ¿qué haces?

Gritó del susto volviéndose para ver a Tyger apoyado en el marco de la puerta. —No me des esos sustos.

—Joder…—Se acercó cogiendo su brazo para levantarlo delicadamente y ver el morado de su costado. —¿Te duele?

—Sí. —Cuando rozó su costado suavemente se estremeció de deseo y al ver que sus pezones se endurecían con fuerza se apartó para taparse con una toalla. —No puedes hacer esto, ¿sabes?

Él se enderezó. —¿El qué?

—¡No te hagas el tonto!

—Nena, no sabía que me esperabas desnuda.

—¡No te esperaba!

Entrecerró los ojos. —¿Me estás mintiendo?

—No, me dijiste que estabas en una reunión. ¡Y vuestras reuniones son eternas!

—¡Pues esta ya ha acabado! ¿Con quién estabas chateando en el móvil?

—Con nadie.

Eso sí que le mosqueó. —¿Con nadie? Desbloquéalo.

Jadeó indignada. —¿Qué has dicho?

—¡Nena, querías hablar con alguien y estabas embebida en lo que estuvieras leyendo! ¿Con quién hablabas?

—Tú no estás bien.

—¡Eso le dijo tu padre a tu madre y mira lo que pasó!

—¡No metas a mis padres en esto!

—Es que me mosquea mucho. —Dio un paso hacia ella. —¡Mucho! ¡Y que no me digas su nombre mucho más! ¡Estabas tan distraída que te has quedado en pelotas cuando es obvio que ibas a ducharte y has tenido tanta prisa en contestarle que te he sorprendido! ¿Quién es?

No salía de su asombro, estaba celoso. Y celoso de un amante imaginario que era lo peor. Si era virgen hasta hace cinco días, aquello era de locos. Le retó con la mirada. —Lo que estuviera leyendo en el móvil pertenece a mi intimidad y no tienes derecho a saberlo.

—Ah, ¿no? Ahora sí que estoy mosqueado, nena. Dime quién es.

—¡Estos celos no tienen sentido cuando somos amigos!

—Amigos. ¡Ja!

—¿Qué quiere decir eso? —Ahora sí que empezó a cabrearse. —Sal de mi baño.

—Ni hablar hasta que me digas quien es.

—¡Estás metiendo la pata hasta el fondo! Vas a quedar como un idiota, ¿sabes?

—Sí, ya. Pues estarás impaciente por demostrarme cuán idiota soy.

Sujetándose la toalla con los brazos desbloqueó el móvil y lo volvió para mostrar la página de internet que estaba leyendo. Su cara se quedó congelada y sonrió maliciosa. —¿Ves? No estaba chateando con nadie. Discúlpate.

Él la miró como si la viera por primera vez. —¿Qué coño es esto, nena?

Puso los ojos en blanco y fue hasta la habitación mostrando otro enorme morado en la espalda. Tyger apretó los puños siguiéndola. —¿Por qué mirabas eso?

—No me ha bajado la regla.

—Preciosa, será del disgusto o de la tensión por todo lo sucedido.

—Ya.

Fue a abrir la puerta antes de ir hasta él para cogerle por el brazo y como aún estaba algo impresionado se dejó llevar hasta la salida. —Pero tú estás bien, ¿no?

—Claro —dijo antes de cerrar de un portazo y girar el pestillo—. ¡Imbécil!

Él gimió al otro lado dejando caer la frente sobre la puerta varias veces. Marilyn desde su habitación suspiró. —Qué desastre de hombre. —Le fulminó con la mirada. —Mira que pensar que mi hija te es infiel. ¡Largo de mi casa!

—Estupendo Tyger —dijo entre dientes antes de ir hacia las escaleras.

—¡Tú eres idiota! —gritó su jefe furibundo.

—Empiezo a pensar que sí. —Agotado se pasó la mano por los ojos antes de sentarse ante su

escritorio.

—¡Ahora está furiosa contigo! ¡Las dos lo están! ¡Marilyn ayer en la cena te puso verde! ¿Cómo se te ocurrió pensar algo así?

—Pues no lo sé. Será que cuando llegué escondió el móvil a toda prisa y no deja que la toque. ¡Será que quiere que seamos amigos!

—¡Solo quería comprobar cuánto te importaba con esa amistad fingida! ¡Ya estaban preparando la boda! ¡Ibas a ir al crucero con nosotros!

—¿De veras? —preguntó esperanzado.

Steven hizo una mueca. —Sí, pero de eso olvídate porque ayer mi niña llamó ante mí al florista para cancelar las dos mil rosas blancas que lo decorarían todo y si te viera en el barco te tiraría por la borda.

Decepcionado dejó caer los hombros.

—Chico, para un ataque de celos como el de ayer hay que tener pruebas sólidas.

—La próxima vez contrataré un detective —dijo entre dientes.

—Mira, algo has aprendido.

—Con esto solo le he confirmado que no me fío de ella. Metí la pata con lo del diario y la volví a meter ayer.

Steven se sentó en su escritorio. —No has pegado ojo.

—Es que no me lo puedo creer —dijo asombrado—. Jamás me había pasado esto y estoy empezando a acojonarme, la verdad.

Steven sonrió. —¿Por perderla?

Se apretó las manos. —No puedo perderla. ¡Ni lo menciones!

Asombrado dijo —Hijo, estás fatal.

—¡Culpa de tu hija! —Se levantó furioso. —Yo antes era normal. ¡Me acostaba con quien quería y trabajaba como un cabrón! —Le fulminó con la mirada. —¡Desde que he vuelto no sale de mis pensamientos y la culpa es tuya!

—¿Mía?

—Me la has metido tanto por los ojos que…

—¡Ya te gustaba de antes!

—¡Pero de lo de antes a lo de ahora hay un abismo! ¡Así no se puede vivir! ¡Hostia, desde lo del depósito de cadáveres los tengo por corbata! —Le miró pasmado. —¡Y encima la secuestran! Con tu hija no sobrevivo a los cuarenta. Vete buscándote otro vicepresidente porque…

—No, si ya viene de camino, me lo contó ayer por la noche mi mujer. —Steven reprimió la risa.

Pálido se volvió a sentar. —Eso es lo que me faltaba. ¡Una noche, una sola noche y ya está embarazada! Yo antes sabía qué hacer. No había problema al que no supiera enfrentarme, pero con Anne… ¡Es una sorpresa tras otra! —Steven iba a decir algo, pero se levantó de nuevo. —Dice que no quiere boda, después sí la quiere advirtiéndome que no le sea infiel, después me deja por una desconfianza de nada y ahora iba a haber boda pero yo no sabía nada… ¡A ver si se aclara! ¡Yo soy así! ¡Me conoce muy bien! ¡Tengo mala hostia y soy desconfiado por naturaleza! ¡Pregúntaselo a cualquiera! Nuestros socios saben que no me fío de ellos. ¡O trabajan o puerta! Meto cuatro gritos y les pongo a todos firmes. Pero claro, con ella no puedo porque con todo lo que le ha pasado y que es tan delicada… Delicada cuando quiere porque menudo escupitajo que me metió en plena discusión. Muy fina no te ha salido. —Steven iba a decir algo, pero él continuó —Es que no me puedo creer todo lo que ha cambiado en un año. ¡Le has dejado un

trauma! Aunque a mí me gusta más así, para qué negarlo. Antes era respondona, pero también era tímida. ¡Ahora es descarada, tiene mala leche y me pega unos gritos que parece un sargento! ¡Pero es mía y ya no la cambio! ¡Así que vaya llamando al florista que estoy harto! —Salió de su despacho dando un portazo y Steven escuchó que gritaba —¡A trabajar!

Anne rodeando la barra con las piernas se agarró cruzando los tobillos y dejó caer la parte superior de su cuerpo hasta que la espalda pegó con la barra de acero. La estiró arqueándola y en ese momento frunció el ceño al parecerle escuchar su apellido en la tele. Apoyó las manos en el suelo bajando las piernas y se volvió para coger el mando y subir el volumen. —Efectivamente estamos ante los juzgados donde se ha preparado un operativo para buscarlas. Ambas iban en un furgón policial e iban a presentarse ante el juez porque la fiscalía al fin había presentado cargos, cuando el furgón chocó con un taxi. El conductor del furgón bajó del vehículo y en ese momento el taxista furioso se lanzó sobre él. Al ser presas de bajo riesgo los agentes bajaron de la parte trasera para ayudar a su compañero y ellas aprovecharon para escapar. En este momento Jessica Broke y Cindy Morton se hayan en busca y captura.

Dejó caer la mandíbula del asombro. ¡Estaban locas! ¿Pero cómo se les ocurría hacer algo así?

Escuchó el timbre de la puerta y palideció antes de gritar —¡Mamá no abras! —Corrió hacia la escalera. —¡No abras! ¡Esas locas se han escapado! —Llegó abajo casi sin aliento para ver que su madre ya había abierto y que al otro lado estaba Tyger que levantó una ceja. —¡Se han escapado! ¡Lo han dicho en la tele!

Él se acercó preocupado. —¿Quién se ha escapado?

—¡Jessica y Cindy! —exclamó muy nerviosa—. No vendrán a por mí, ¿no? ¡Necesito una pistola!

—Nena cálmate. —La cogió por los brazos. —Ahora cuéntame muy despacio que han dicho en la televisión.

—Que iban hacia el juzgado porque al fin se habían presentado cargos. Su furgón chocó con un taxi y cuando los guardias fueron a ayudar se largaron.

—Dios mío —dijo Marilyn—. Tyger vete a comprar una pistola. ¡Cómo no tenemos de eso! ¡Tenemos de todo y no tenemos un arma! ¡Date prisa, qué haces ahí!

—Calmaos. Lo que menos quieren es acercarse por aquí para que las pillen.

—¿Pero cómo se les ocurre hacer algo así? A Jessica le iba a caer como mucho un año de libertad condicional, ¿no? Eso dijo el abogado.

Tyger apretó los labios. —Eso era antes, nena.

—¿Qué?

—Con todo lo ocurrido con Paul no quisimos decirte nada para no preocuparte más —dijo su madre angustiada.

—¿Preocuparme más? —Miró a Tyger. —¿Qué es?

—Nena, sabía que Jessica no era trigo limpio, a mí no me la dio con la actuación que hizo en tu casa ante su padre. Solo quería tu compasión y que no la denunciaras. Cuando Paul te secuestró fue inevitable que salieran sus nombres a la luz. Ha recibido tres denuncias más por extorsión. —Anne jadeó llevándose la mano a la boca. —Teresa sí que estaba allí el día en que se escaneó el diario y se largó porque lo que oyó la cabreó muchísimo. Al parecer quería utilizar el diario cuando ya las rencillas con tu padre hubieran pasado y recuperaras tu asignación. Me

pagará ese bolso de Gucci tan caro que papá no quiere comprarme, eso dijo.

—Dios mío, ¿pero entonces por qué lo filtraron antes de chantajearme?

—Porque le plantamos cara en el restaurante y es muy temperamental. Le ordenó a Cindy que lo publicara. Que te ibas a joder. Cindy que también tenía una cuenta pendiente con los Snow lo subió a la red creyendo que no la pillarían, pero Jessica se dio cuenta de lo que había hecho demasiado tarde y se arrepintió.

—Contándoselo a su padre para que la protegiera —dijo Marilyn.

—Vino aquí, montó el numerito, pero sabía que no podía salir indemne sin delatar a alguien, así que como tú tenías las sospechas de que Cindy estaba metida en esto, reconoció que ella había escaneado el diario.

—Además, Teresa estaba de testigo. No podía negarlo. Su esperanza era que tú no la denunciaras.

Anne pensó en ello. —Y que así solo culpara a Cindy. Pero su nombre saldría en el juicio. Tendría que ir de testigo y todo el mundo sabría que robó el diario.

—Su única opción es que no hubiera juicio. Cuando salió de aquí, ¿adivina a dónde fue?

—¿Hiciste que la siguieran?

—Por supuesto. Fue a ver a Cindy, pero ella no estaba en casa. Estaba Brooklyn en casa de uno con el que se acostaba, subiendo el diario a través de su portátil. En el registro de llamadas de Jessica de esa noche hay veintitrés llamadas perdidas a Cindy, que no cogió el teléfono.

—Y al día siguiente fue la rueda de prensa.

—Ya era imposible detenerlo.

La mirada de Tyger la alertó. —¿Qué crees que iba a hacer cuando fue a visitarla a su casa?

—Tenía que cubrirse las espaldas, nena. Puede que los otros, a los que estaba extorsionando abrieran la boca.

—¿Crees que quería matarla?

—Así no habría juicio, todo se hubiera terminado con un año de libertad condicional en un trato con la fiscalía y sería mucho más discreto. No había testigos que le llevaran la contraria. Al fin y al cabo ella había robado el diario casi como una niñería.

—Pero la prensa querría saber. Su nombre saldría a la luz igualmente.

—Las noticias en esta ciudad se olvidan pronto. Ya no hay nadie ante tu portal. Su delito era una tontería comparado con lo que había hecho Cindy. Y la muerte de Cindy sería mucho más jugosa que el robo del diario.

—Una manera de desviar la atención era que Cindy se hubiera suicidado por lo que había hecho —dijo su madre—. Tu padre opina que la mejor manera de salir de esa, era simulando el suicidio de Cindy porque en parte sería como un reconocimiento del delito. Con Cindy muerta incluso podía haber dicho que robar el diario fue idea suya o vete tú a saber…

—Dios mío… —Fue hasta el sofá sintiendo que le temblaban las piernas. —Muchas veces comentamos entre nosotras todo lo que se compraba Jessica y los viajes que hacía. Nos dijo que su padre era mucho más generoso que el nuestro y nos lo creímos.

—A uno de sus amantes le sacó más de un millón. Tenía un video de ellos dos juntos en la cama y el muy imbécil cerró la boca. Pero cuando Paul intentó matarte el nombre de Jessica salió en todos los periódicos. Fueron saliendo uno por uno y seguramente habrá más que no se atreven a contarlo. Estoy seguro de que la fuga es idea suya porque le iban a caer muchos más años que a Cindy. —Se agachó ante ella y cogió sus manos. —Pero tú no tienes que preocuparte, estás segura. Hay vigilancia las veinticuatro horas por todo el edificio y no se atreverían a venir aquí.

—Pues no sé yo —dijo Marilyn—. Porque no tienen muchas luces. Y si Cindy hizo lo del diario por un negocio de nada, a saber qué hará ahora que mi niña se ha cargado a su hermano.

—Marilyn, por favor. Ya hemos hablado de esto y está segura.

—¿Habéis hablado de esto? —preguntó atónita.

—En el hospital hablamos de tu seguridad.

—Por eso papá quiere irse de crucero, ¿verdad? ¡Para desaparecer una temporada! ¡Ya me extrañaba a mí que quisiera irse un mes cuando sacarle de su despacho un solo día es todo un triunfo!

—Necesitas desconectar —dijo su madre—. Nos venía bien salir de la ciudad un tiempo hasta que las aguas se calmaran. El padre de Cindy está llevando todo esto muy mal.

—¿Cómo de mal? ¿No querrá matarme también? ¡Porque sus hijos no están bien de la cabeza y eso tiene que venir de algún lado!

—Nena, nadie intenta matarte.

—Tyger vete a por la pistola —dijo Marilyn.

Él juró por lo bajo. —¡No la asustes!

—¡Es que esto asusta a cualquiera! ¡Yo estoy asustada por mi niña! ¡Mírala! ¡Otro golpe y no lo cuenta! ¡Que haya tres tíos en el pasillo no me alivia!

—¿Que hay qué?

Corrió hasta la puerta y la abrió sacando la cabeza para ver uno en los ascensores y otro en la escalera. Giró la cabeza hacia su derecha para ver uno enorme que forzó una sonrisa. —Señorita Snow… Buenas tardes.

Ella entrecerró los ojos. —¿Cuántas pistolas tienes? Dame una.

—Nena… —La cogió por la cintura metiéndola en casa. —¡No te va a pasar nada! ¡Son timadoras y estúpidas! ¿Crees que van a poder con esos que son profesionales que han estado en las fuerzas especiales?

Decidida fue hasta la escalera. —¡Yo me largo hasta que las detengan! ¡Y aun así todavía me quedará uno porque el padre de Cindy seguro que me la tiene jurada! ¡Mamá haz las maletas!

—Uy, sí. ¿Estrenamos las Vuitton?

Se detuvo en la escalera. —Claro, hay que viajar con clase. —Miró a Tyger indecisa. —¿Vienes?

Se le cortó el aliento. —¿Quieres que vaya?

—Pero como amigos, que aún estoy cabreada.

Él sonrió. —Claro que sí, nena. Por supuesto que voy.

—Bien.

Siguió subiendo las escaleras y Marilyn pasó ante él sonriendo maliciosa. —Ya verás cuando se entere mi marido de que adelantas tus vacaciones.

—Me da igual lo que diga. Anne me necesita, la empresa puede esperar —dijo yendo hacia la puerta y saliendo del piso.

Asombrada miró hacia arriba donde su hija tenía la misma cara de pasmo que ella. —¿Ha dicho lo que creo que ha dicho?

—Sí, cielo. Lo ha dicho.

Chillaron locas de contentas dando saltitos. La puerta cayó abajo haciéndolas gritar del susto y el de seguridad entró con una metralleta en la mano. —¿Donde? ¿Dónde está?

Marilyn miró a su hija con los ojos como platos. —Sí que estamos seguras, hija.

—Pues nos vamos igual.

Su padre no hacía más que gruñir subiéndose al avión privado de la compañía y Tyger le miraba de reojo mosqueado porque habían tenido una discusión de primera que ellas no habían presenciado. Gracias a Dios había sido en la empresa. Al parecer cuando su padre se enteró de que se iban y que tenían que suspender la agenda casi le da algo. Un mes fuera de la oficina iba a ser demasiado para él. ¡Si había sido idea suya! No sabía por qué se ponía así por adelantar el viaje unos días.

Se sentó en el asiento de detrás de sus padres mientras Marilyn intentaba calmarle hablando por los codos sobre lo ilusionada que estaba con ese viaje. Tyger suspiró sentándose a su lado. —Nena, el cinturón.

Se acercó a él y susurró —¿Ha sido muy gorda?

—Me ha despedido.

—¿Cuántas veces?

—Seis, seis veces.

—Bah, pero estás aquí.

Él sonrió de medio lado. —Eso no podía impedirlo —dijo comiéndosela con los ojos.

Separó los labios mirando los suyos sin darse cuenta. —Ah, ¿no?

—Me has invitado tú.

—Claro. —Al darse cuenta de que le estaba mirando como una boba se enderezó. —¿Qué miras?

Se acercó a ella. —¿Sabes que tienes los ojos más bonitos del mundo?

Pero si estaba hecha un mapa. Levantó una ceja. —Uno tiene un derrame.

—Casi ni se te nota. ¿Estás muy dolorida?

—Pues un poco, la verdad. —Le miró con desconfianza. —¿Por qué?

—No, por nada. Por si podrás nadar y eso.

—Puedo subirme a la barra, así que supongo que puedo nadar.

—A la barra… Eso conlleva mucho esfuerzo muscular, ¿no? —preguntó con voz ronca.

Con la boca seca respondió —Algo.

—Pues entonces ya puedes hacer de todo.

—Bueno, de todo…

Miró sus labios con gula. —Nena, ¿recuerdas esa noche?

Uy, qué calores. —Azafata, ¿está puesto el aire acondicionado?

Tyger rio por lo bajo mientras la mujer se acercaba. —Por supuesto, señorita Snow. ¿Necesitan algo? Vamos a despegar.

—Un vaso de agua.

—Ahora se lo traigo. ¿Señor Cassady?

—Puedo esperar. —En cuanto la mujer se alejó la miró fijamente. —Soy un hombre muy paciente.

—Menuda mentira.

—Nena…

—Hija, las pastillas —dijo su padre desde delante—. ¿Te las has tomado?

—Sí, papá.

—Y nos vamos sin que el médico dé el visto bueno —dijo fastidiado.

—Steven, la niña está bien.

—¡Sí, está perfecta! Ya verás cuando lleguemos al control de pasaportes de Barcelona y le vean la cara.

Preocupada miró a Tyger. —¿Pueden detenerme?

—No, nena. Llevo el informe policial por si hay algún problema. ¡Steven ya está bien, la estás asustando! —dijo cabreado.

—Oye, marido… ¡O cambias de actitud o te quedas en tierra!

Anne estiró el cuello para ver como la fulminaba con la mirada. —No estamos casados. ¡Y este es mi avión!

Ambas jadearon mientras su madre perdía todo el color de la cara. —Está claro que esto no tiene arreglo. Tú no vas a cambiar y yo ya no tengo la paciencia de hace veinte años. —Se levantó furiosa. —¡Abra la puerta que me bajo!

Steven la miró asombrado. —¿Cómo que te bajas?

Tyger se levantó. —Vamos a calmarnos todos un poco.

—¡Estoy harta! —gritó Marilyn con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Harta de que siempre pagues conmigo tus frustraciones en el trabajo y que el resto del tiempo me ignores! ¡Esa maldita empresa hundió nuestro matrimonio y ya no lo soporto más! ¡No sé por qué fui tan estúpida como para volver contigo!

Angustiada por su madre se levantó. —Mamá… —Se acercó a ella. —¿Quieres que nos bajemos?

—De aquí no se va a bajar nadie —dijo Tyger muy serio—. Steven discúlpate.

—¿Acaso ahora soy un niño para que me reprendas? —dijo molesto.

—¿Es que no ves que le has hecho daño?

—¡Tú le hiciste daño a mi hija!

—¡Pero no fue intencionado! ¿Acaso no puedo expresar mis dudas? —gritó frustrado—. ¡Y ella las propició al decirme que te había manipulado con lo del club!

Ella hizo una mueca pensando que igual tenía razón, pero él no lo vio sin dejar de discutir con su padre. —Y no estamos hablando de mi relación con tu hija. ¡Tu actitud en la oficina hace dos horas ha sido intolerable como lo es ahora!

—¡Mañana teníamos una reunión crucial!

—Y la haremos por videoconferencia —dijo entre dientes—. Ahora se puede estar en cualquier parte del mundo para cerrar tratos como he hecho en los últimos dos años. ¡No dejaré de dirigir la empresa desde donde esté!

Steven se levantó. —¡La empresa la dirijo yo!

Tyger apretó los labios. —O se lo dices tú o se lo digo yo.

Anne separó los labios cuando su padre palideció. —¿Papá?

—Steven, ¿qué pasa? —preguntó Marilyn asombrada por su actitud.

—¡Díselo!

Steven las miró apretando los puños y de repente pareció derrotado dejándose caer en el asiento del avión. Anne al ver su palidez se acercó. —Papá, ¿qué ocurre?

Él la miró y sonrió con tristeza. —Lo siento, hija. Tenía que habértelo contado hace mucho tiempo.

—¿El qué?

—James era conocido mío. —Marilyn se tensó. —¿Recuerdas, cielo? Te lo presenté en una cena.

Como su tono no indicaba ironía su exmujer asintió. —Sí, habíais cerrado un trato.

—Un trato muy provechoso. —Miró a su hija para explicarle —James tiene una empresa que se dedica a las transacciones inmobiliarias de alto nivel.

—Sí, lo sé. Me lo dijo dándose importancia cuando mamá nos presentó.

—Habíamos hecho bastantes negocios juntos y siempre fueron operaciones redondas, pero como dos meses antes de darme cuenta de que tu madre y él… bueno, ya sabéis.

—Cielo, lo sabe todo el mundo no hace falta que te lo calles —dijo Marilyn apenada.

—Dos meses antes de sospechar su relación se presentó en mi despacho. Tenía un edificio en el centro que le acababan de ofrecer. Cuarenta y siete millones de dólares. El chico ya estaba en Tokio desde hacía meses y estábamos al final de año. —Suspiró como si estuviera agotado. —La fecha es importante porque cuando la caída de Leman Brothers decidimos poner un presupuesto anual en inversiones que no superarían los cuatrocientos millones al año. Y ese año ya los habíamos invertido.

—Así que no pudiste comprarlo con el dinero de la empresa —dedujo Anne mirando hacia Tyger que asintió.

—Usé casi toda mi liquidez.

Marilyn jadeó tapándose la boca.

—Parecía una operación segura y al día siguiente ya estaba firmando el contrato de compraventa. —Sonrió con ironía. —Cómo me la jugó ese cabrón. El edificio estaba bien aparentemente, pero me ocultó que había un pleito sobre una herencia y el juzgado paralizó cualquier cosa que se pudiera hacer con el inmueble hasta que el juez no decidiera. Por lo tanto, no cobraría esos alquileres ni podía venderlo. De hecho conllevaba gastos de mantenimiento. El edificio era un pozo sin fondo y en un mes tuve que invertir en él otros diez millones.

Anne empezó a comprender. —¿Te quedaste sin liquidez?

—No, cielo. Tengo acciones de otras compañías y los alquileres de otros edificios que nos darían para vivir como reyes el resto de nuestra vida. Pero me cabreó, me cabreó mucho. Ese gilipollas me había tomado el pelo y aunque los abogados resolverían el asunto me sentó como una patada en el estómago.

—¿Qué hiciste? —preguntó Marilyn —. Tú no te quedas con el golpe, jamás lo haces.

—¿Qué hice? En ese momento nada. La venganza debe servirse fría. Hice como si no me hubiera importado a la espera de que pudiera hincarle el diente, pero un día al salir de un restaurante os vi en una cafetería. Recordé ciertas miradas entre vosotros y sonrisas en otras reuniones que ya me habían puesto alerta. Ahí mi mente empezó a pensar en mil cosas. Que todo había sido trazado entre los dos, que no era una casualidad que me traicionaras con ese hombre. Creí que me volvía loco y me dije que tenía que asegurarme, así que contraté el detective.

—Y él te lo confirmó —dijo su hija.

—Tardó cuatro semanas en traerme las pruebas, porque según el detective erais muy discretos. A aquella fiesta en nuestra casa le invité yo. Quería ver cómo se comportaban juntos. Cuando la siguió a la habitación no me lo podía creer. Ante mis narices…

—Creíste que nos burlábamos de ti —dijo con lágrimas en los ojos.

—Eso me lo confirmó, sí. Entonces ya nadie pudo detenerme. Dejé que la furia dominara todo lo que hacía y quería hacerte todo el daño que era posible. De mí no sacaríais ni un maldito dólar más. Te juro que en aquel momento en que os vi en la habitación os hubiera estrangulado con mis propias manos.

Su madre sollozó. —Yo no sabía nada de eso.

—¿Crees que me dolió más lo de ese negocio que lo que hiciste? Lo de ese edificio solo fue

la gota que colmó el vaso.

—¿Qué pasó después, papá?

Volvió la vista hacia ella. —Que tú te pusiste de su parte. Que no te dabas cuenta de que tenía que haber pasado algo muy grave para que yo me comportara así.

—Otra traición —susurró.

—Cielo, lo tuyo no lo vi como una traición. Sabía que tu madre te había mentido. No entendías lo que ocurría, pero no pensaba dar marcha atrás. Incluso a pesar de ti.

Se quedaron en silencio mientras Marilyn intentaba no llorar. —Lo siento.

—No lo sientas. Ese cerdo se aprovechó de ti —dijo Anne indignada—. ¡De tu debilidad y de lo mal que estaba tu matrimonio! ¡Fueron un cúmulo de circunstancias que James aprovechó!

—No es excusa —dijo Marilyn—. No lo es.

Se volvió furiosa hacia su padre. —¡Espero que a ese cabrón le arrebates cada maldito dólar que aún tenga en el bolsillo! ¡Quiero verle ante empresas Snow pidiendo en la calle!

—De eso ya se ha encargado el chico —dijo divertido por sus ganas de sangre.

—Ah, ¿sí?

Tyger levantó una ceja. —¿Recuerdas esa cena en la que provocaste un divorcio, nena? Pues ahí Steven me lo contó todo. Al día siguiente me puse a ello. Cerramos el trato mañana.

—¿Y qué hacemos aquí? —gritó alterada. Se giró de nuevo hacia su padre—. ¿Y por qué no hiciste algo antes?

—Cielo, quería ver si se casaban.

Marilyn jadeó asombrada. —¿Creíste que te había traicionado hasta ahora?

—Bueno…

—¡Papá!

—¡Fue cuando leí tu diario cuando me di cuenta de que ella no tenía nada que ver con el timo!

Ambas le miraron con los ojos como platos y Steven apretó los labios. —Cuando el portero del edificio me dijo que estabais vendiendo los muebles no me lo podía creer. ¡Lo lógico hubiera sido que él os hubiera echado una mano! ¡Estabas con él!

—Nunca le pedí ayuda y él no me la ofreció.

—No te la hubiera dado, mamá. Quería que no tuvieras nada para aceptar su mano, pero tardó mucho y papá ya había recapacitado con lo de la pensión. —Frunció el ceño mirando a su padre. —Cediste en lo de la pensión antes de leer el diario…

—Nena, déjale continuar.

—Perdona papá, pero es que se me está poniendo una mala leche… Continúa.

—Os puse un detective.

Ahora sí que se quedó de piedra. —¿Qué?

—Nena…

—¡Vale, me callo!

—Entonces fue cuando me enteré de que él no os ayudaba y las dificultades económicas que estabais pasando. Fue cuando empecé a dudar…

—¡Pero seguiste sin ayudarnos!

—Hija, tenías que estar en mi piel. ¡Si Tyger te hubiera traicionado de esa manera le hubieras pegado un tiro!

—No —dijo mirándole con rencor—. Porque eso sería muy rápido.

—¡Exacto! ¡Estaba cabreado! ¡Y se me fue de las manos! ¡Fue cuando lo del club cuando me

di cuenta de que me había pasado! Así que después de recapacitar decidí darle la pensión porque no quería perderte.

Se agachó a su lado para coger su mano. —Oh, papá…

—No he acabado.

—¿Hay más?

—La venganza.

—Oh, claro. Espero que sea de aúpa…

—No, si esto es el remate porque ya empecé hace dos meses.

—Ah, ¿sí? Cuéntame y no te dejes los detalles.

—Pues verás hija, hice que le investigaran…

—Que útiles son los detectives.

—Sí, hija. Tú cuando notes algo raro contrata a uno. Ya te daré unos números. —Tyger puso los ojos en blanco. —Pues averiguaron que tenía un par de hipotecas pendientes.

—Encima moroso.

—¿Y qué hice yo? Comprar su deuda.

—¿Eso se puede hacer?

—Claro que sí, cielo. Los bancos quieren cobrar. Sobre todo si ven que se retrasan en los pagos.

—Qué importante es tener dinero. Pienso ahorrar todo lo que pueda.

Le dio palmaditas en la mano. —Tampoco hay que exagerar. ¿Pues qué hice yo? Ejecutar las hipotecas. Gracias a un juez amigo mío le embargué el edificio de oficinas que tenía en la zona baja de Manhattan y una casita que tiene en Aspen.

—Uy, con lo que me gusta esquiar.

—Lo sé —dijo su padre sonriendo de oreja a oreja—. De hecho ya la he puesto a tu nombre, preciosa mía.

Soltó una risita y miró sobre su hombro a Tyger que le guiñó un ojo. Steven siguió hablando —Ahí fue cuando le pidió matrimonio a tu madre.

—Será cabrito. No la había fastidiado bastante —dijo ofendida.

Marilyn parpadeó asombrada. —¿Me estás diciendo que me pidió matrimonio para joderte?

—Básicamente… Sí.

—¡La madre que lo parió!

—Mamá de la que te has librado.

—Sí, hija sí. —Miró a Steven con la misma mirada sanguinaria que su hija. —¡Quiero que le hundas!

—¡A eso voy, la reunión de la compra de su negocio era mañana y no vamos a estar! ¡Por eso estaba cabreado!

—Steven, él no se presentará. Lo harán sus representantes porque no quiere dar la cara. No te dará esa satisfacción —dijo Tyger cogiendo un botellín de whisky del mueble bar.

—Cabrito y cobarde… Es que lo tiene todo —dijo Anne indignada. Frunció el ceño—. ¿Pero no te habías quedado ya con su edificio?

—Nena, eso no es el negocio. Es el local donde se tiene el negocio, pero este se puede trasladar a donde uno quiera. ¿Recuerdas ese curso de finanzas que te regalé? Igual es el momento de…

Le fulminó con la mirada. —¿Para qué te tengo a ti?

Ya con el whisky en la mano se volvió. —Ah, ¿que solo me quieres para eso?

—¿Y cuándo te he dicho yo que te quiera?

Entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

Se sonrojó. —¡Bueno, tú no me lo has dicho!

—¡Claro que te lo he dicho!

—Ah, ¿sí? —Se incorporó y al darse cuenta de lo que quería decir le miró con los ojos como platos. —¿Me quieres?

Él carraspeó incómodo y los Snow le animaron con la cabeza. Tyger sonrió. —Claro que sí, nena.

Chilló saltando sobre él y rodeándole con sus piernas. —Ya sabía yo que esos regalos significaban algo.

Él rio sujetándola por el trasero. —Significan que me importabas y que me importas, aunque no te lo demostrara. Y sé que yo te sigo importando.

—¿Sí, señor Cassady? ¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó acariciando su nuca.

—Nena, te has puesto el anillo de compromiso después de que te visitara esta tarde.

—Es que pegaba con las maletas.

Él se echó a reír. —Ya, claro. —Anne levantó una ceja y Tyger perdió la sonrisa poco a poco. —¡Será una broma!

Se echó a reír. —La cara que has puesto.

—Respondona.

Mirando sus labios susurró —Estirado.

—Uy, que los niños se casan, Steven.

Ambos miraron hacia sus padres que ya estaban sentados juntos con las manos unidas y sonreían de oreja a oreja demostrando que la felicidad de su hija era lo único importante.

—Sí nos casamos. —Miró a Tyger con amor. —Voy a pasar por alto todo lo malo que has hecho.

—Y yo perdonaré todo lo malo que has hecho tú.

—¡Yo no he hecho nada malo!

—Nena, que aún me envían el video.

Se puso como un tomate antes de sonreír maliciosa. —Reconócelo, te puso mucho.

—¡Hija! —Steven carraspeó. —Más decoro. Azafata, ¿despegamos o no?

—Enseguida, señor Snow.

Tyger divertido la sentó en su asiento y en cuanto se pusieron los cinturones se cogieron de la mano. Fascinada vio como entrelazaba sus dedos con los suyos. Se acercó a él mirándole con amor y susurró —Así que lo de mañana es cosa tuya, ¿no?

—Algo he hecho.

—No sé cómo se ha contenido tanto, si papá no tiene paciencia —dijo asombrada.

Se la comió con los ojos. —Ni yo tampoco.

—¡Ja! —Le señaló con el dedo. —Te pillé. Antes dijiste que eras un hombre muy paciente.

Tyger se echó a reír. —Eres imposible.

—Pero me quieres —canturreó dejándole asombrado—. Vale, me controlo.

—¿Seguro?

—Sí, seguro —dijo comiéndoselo con los ojos y acercándose a él todo lo que el cinturón le dejaba—. ¿Cuándo crees que se me quitará esa herida del labio?

—Joder nena, no lo sé pero espero que pronto. —Acarició su cuello provocando que cerrara los ojos. —¿Sabes? Yo no hubiera hecho lo mismo.

Elevó los párpados para mirarle. —¿A qué te refieres?

—Le hubiera hundido tanto en la mierda desde el principio que ni se le hubiera ocurrido acercarse a ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De veras?

—De veras, preciosa. Y lo nuestro siempre será lo primero.

—Eso ya me lo has demostrado hoy.

—Siempre será así.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Anne sonrió y apoyó la cabeza en su hombro. Escucharon un sollozo delante. —Qué bonito —susurró su madre.

Por la rendija entre los asientos vieron como Steven le pasaba un pañuelo. —¿A que he elegido bien?

—Qué listo eres, cielo. —Se quedaron unos minutos en silencio y el avión empezó a despegar. —¿Amor? —preguntó asustada.

Él alargó la mano y cogió la suya para calmarla. —No pasa nada. Solo son unos minutos —dijo suavemente.

A Anne se le cortó el aliento por la manera tan cariñosa en que le cogía la mano y como le hablaba en susurros para que se relajara. Recordó los años anteriores a su divorcio y esa actitud antes no la sorprendía. Parecían un matrimonio tan bien avenido y tan sólido que el divorcio fue toda una sorpresa. Si a ellos les había pasado eso… El miedo la recorrió por lo que sufriría si él la abandonaba. Miró de reojo a Tyger que la observaba. —Deberías descansar, estás agotada.

Se apoyó en él e inquieta disimuló aparentando que no ocurría nada, pero algo en su interior no dejaba de decirle que aquello no iba a durar. En cuanto despegaron él susurró —Duerme, tenemos muchas horas por delante. —Dio a un botón que giró ambos asientos hacia el pasillo y reclinó el suyo del todo hasta hacerlo cama. —Una manta —Le pidió a la azafata mientras ella cerraba los ojos.

—¿Está bien? —preguntó su madre preocupada estirando el cuello.

—Necesita descansar.

—Sí, cielo —dijo su padre—. Tu cuerpo tiene que estar agotado.

—Deberíamos estar celebrándolo —susurró ella intentando apartar esos inquietantes pensamientos de su mente, pero no se iban.

—Y lo celebraremos. —Se agachó y la besó en la sien antes de susurrarle al oído. —Sueña conmigo.

Sonrió. —Siempre.

Tyger se enderezó sonriendo y observó como se quedaba dormida en apenas unos minutos. Su mirada recorrió su mejilla hinchada y perdió la sonrisa poco a poco antes de levantarse con el teléfono en la mano para alejarse de ellos. Se puso el teléfono al oído mientras Steven se levantaba a por una copa. Bebiendo de su whisky le miró fijamente mientras él decía al teléfono —Solucionadlo definitivamente cueste lo que cueste.

Capítulo 13

Cuando se despertó ya habían aterrizado. Era lo que tenía viajar de noche y empastillada, que los vuelos se te hacían cortitos. Como le tocaba la medicación de nuevo estuvo algo ida en el control de pasaportes, pero Tyger habló con el hombre y les dejaron pasar. Un viaje corto en coche y llegarían al puerto. —Quiero ver Barcelona.

—Claro que sí, hija —dijo preocupado porque parecía agotada—. Cuando descanses un poco.

—Uff, no sé lo que me pasa. No tengo muchas energías.

—Esas pastillas son muy fuertes y han sido muchos días de tensión. Tu cuerpo ahora se ha relajado.

Sonrió. —Claro, es que menuda proeza he hecho.

Tyger levantó una ceja. —¿Proeza?

Le cogió del brazo sonriendo radiante. —Te conseguí.

—Nena, te he conseguido yo.

—¡Ja!

Rieron por lo bajo. —Bueno, ahora descansarás y podrás salir con tu madre por Barcelona. Por la tarde tendremos la reunión. —Miró su reloj. —La ventaja del cambio de horario y de viajar de noche es que esta tarde aún será por la mañana en Nueva York. A las cinco tenemos la reunión por videoconferencia.

Steven asintió. —¿Todo está listo?

—Claro, jefe. Su representante solo tiene que poner su firma al lado de la tuya.

—¿Cuánto le vais a pagar por ella? —preguntó distraída pensando en que bien olía Tyger.

—Diez millones.

Esa frase la espabiló de golpe. —¿Se va a llevar diez millones?

Los hombres sonrieron. —Tranquila nena, que no le van a durar mucho. Le servirán para pagar los salarios pendientes. Tu padre se quedó un poco corto cuando os dijo eso del embargo porque hizo varias cositas más.

—Tú también aportaste tu granito de arena, hijo.

—Minucias.

—Que novio más listo y modesto tengo.

—¡Eh! ¿Y yo? —preguntó su padre aparentando indignación.

—Tú eres el genio, papá.

Rieron por lo bajo y el coche se detuvo ante el yate. Al bajarse vio como varios turistas embarcaban en un trasatlántico. Era mediodía y hacía un tiempo maravilloso. El capitán de su barco les estaba esperando y después de subir la pasarela su padre le dio la mano. —Bienvenido al Ocean Snow, señor. Me alegro mucho de verles.

—Y yo de verle a usted Harry. ¿Cómo está mi pequeño?

—En plena forma y listo para navegar.

—Seguro que sí. —Sonrió a la tripulación que en fila esperaban impecables. —Nos

quedaremos en Barcelona unos días, mi hija quiere hacer turismo.

—Por supuesto. —Su mirada fue a parar a ella y el capitán se tensó al ver su aspecto. —Procuraremos que se divierta. Señora Snow. Señorita Snow…

Anne sonrió. —Capitán siempre es un placer subir a bordo. ¿Recuerda a Tyger Cassady?

Este sonrió y alargó la mano. —Por supuesto. Bienvenido.

—La última vez jugamos unas interesantes partidas de póker —dijo estrechándosela.

—Espero que su estancia esta vez sea más larga.

—No vengo a trabajar, amigo. —Sonriendo cogió a Anne por la cintura. —Es un viaje de placer. Unas vacaciones en familia.

—Nos vamos a casar —dijo ella tan contenta.

La sonrisa del capitán se congeló. —Oh… Felicidades.

—Gracias —dijo emocionada.

—Vamos hija, que estás agotada —dijo su madre.

—Tyger habla con Harry de la seguridad.

—Entendido, Steven.

Se alejaron y Harry sonrió incómodo. —La tripulación impedirá que nadie suba al barco. Los Snow estarán seguros. Me he enterado de los últimos acontecimientos y he tomado medidas para que la señorita Anne se sienta segura.

Tyger suspiró. —Te dije que te olvidaras. Te lo advertí si querías conservar el empleo.

El capitán enderezó la espalda. —Y me quedó muy claro.

—¿Seguro? —Dio un paso hacia él. —Porque Anne será mi esposa y vamos a estar aquí un mes. No quiero que te hagas ilusiones para nada.

Sin intimidarse elevó una ceja. —Tú lo has dicho, será significa en futuro. Puede que en este mes se dé cuenta de que quiere otra vida.

—Contigo.

—Puede.

Alguien carraspeó y el capitán se puso como un tomate al ver a Anne tras ellos descalza. —Capitán, no encuentro a mi doncella. ¿Puede decirle que mi prometido compartirá mi camarote? No sé por qué han metido sus maletas en otro sitio.

El hombre se sonrojó. —Por supuesto, señorita Snow.

—Vamos cielo —dijo antes de volverse como toda una Snow y entrar en el salón.

Tyger reprimió una sonrisa antes de seguirla. Cuando bajaron la escalerilla ella le miró por encima del hombro con los ojos como platos y este rio por lo bajo. —¿Hablabas en serio? —preguntó Anne.

—Totalmente, nena. Me di cuenta antes de irme a Tokio. Aquel fin de semana que vine para hablar con tu padre de…

—Bla, bla, bla…—dijo entrando en su dormitorio.

Tyger se echó a reír. —Muy bien, lo pillo. Nada de hablar de la empresa.

—Por favor… Quiero que estas vacaciones sean especiales.

Se la comió con los ojos. —Y lo serán, te lo prometo.

Le miró maliciosa. —Tienes competencia.

—Ya no porque le has dejado las cosas muy claritas. —Intentó cogerla por la cintura y Anne dio un paso atrás. —Uy, uy… Que al parecer no estaban tan claras. —Se pasó la mano por la nuca. —Nena, ya te he dicho que te quiero.

—Estoy echa un cromo. Como me toques voy a ver las estrellas, así que nada de nada hasta

que esto se vaya.

—Ah… que es por eso. —Sonrió como si estuviera encantado antes de dar un paso hacia ella como un depredador. —Pero te subes a la barra.

—Con cuidado. —Se sonrojó. —Así no puedo ni besarte y tú eres muy fogoso.

Se quitó la chaqueta. —Nena te aseguro que tú no te quedas corta. Tengo muy presente la noche que pasamos juntos y en fogosidad íbamos a la par.

Gimió por dentro porque parecía que quería comérsela entera. —Pues con más razón.

Él parpadeó dejando caer la chaqueta al suelo como si no se lo creyera. —Podemos hacer otras cosas.

Sonrió radiante. —¿Una siesta?

—Nena es mejor que no duermas por el jet lag. —dijo preocupado—. ¿Tan cansada estás?

La enterneció su preocupación y se acercó a él para abrazarle. —Estoy bien.

—No tan bien —gruñó haciéndola reír.

—No, no tan bien, pero ánimo que me recupero pronto. ¿Vamos a ver Barcelona?

—Tengo la reunión. —Acarició su sien. —¿Crees que estarás bien para salir a cenar?

—¿Con esta cara?

—Sí, tienes razón. Mejor nos quedamos aquí todos, que así descansas.

—Ah, no. Tú a pringar, pero yo me voy a ver el Tibidabo. Se ve todo Barcelona, ¿sabes? Y hay atracciones —dijo como una niña.

—¿Pero tú no estabas cansada? —preguntó pasmado.

—Ya se me ha pasado. —Se apartó para coger su bolso. —¡Mamá! ¿Te apetece una montaña rusa?

Se mordió el labio inferior inquieta al ver la cara de Tyger que parecía a punto de pegar cuatro gritos.

—Uy, sí. Hace años que no me subo en una. —Su madre se presentó en la puerta con la respiración agitada y loca de contenta. —¿Voy así?

—Pantalones cortos y camiseta.

Marilyn frunció el ceño. —Como digas zapatillas de deporte no voy.

—¡Mamá!

—Vale, vale… —Salió corriendo y gritó —¡Steven voy a subirme en una montaña rusa!

—Mujer, ¿no eres muy mayor para eso?

—¿Qué has dicho?

Ambos estiraron el cuello para escuchar a su padre carraspear. —Pásatelo bien, amorcito.

—Nena, ¿no temes hacerte daño en una de esas atracciones? —susurró él en su oído.

Se estremeció por su aliento y le miró a los ojos. —Tranquilo, seguro que están acolchadas.

—Anne, ¿qué pasa?

Era evidente que tenían que hablarlo. Cogió su mano, cerró la puerta y tímidamente le miró a los ojos. —Estás a prueba.

—¿Perdón?

—Has de reconocer que has avanzado mucho en unas horas. Eso demuestra que tengo un gran corazón. —Entrecerró los ojos. —Soy una blanda.

—Nena… —La cogió por los brazos y la sentó en la cama. —Creía que esto ya estaba aclarado.

—Sí. —Sonrió radiante. —Me quieres y yo te quiero.

—¿Y?

—Pero no me fio. —Puso un dedo ante su cara. —Me pusiste verde durante años. —Levantó otro dedo. —Accediste a casarte conmigo por la empresa, no por mí. —Levantó un tercer dedo. —Desconfiaste de mí. —Él iba a decir algo, pero ella le cortó —¡Tenemos muchos temas que resolver y al menos hasta que mi cara vuelva a ser la que tengo habitualmente estás a dieta! ¡Y bastante buena soy que te dejo dormir conmigo! ¿Ahora te ha quedado claro?

Él carraspeó. —Que lo pases muy bien, cielo.

Sonrió encantada. —Gracias amor.

Cuando volvieron al yate lo hicieron cargadas de bolsas. Los hombres que estaban tomando una copa en cubierta levantaron las cejas por la cantidad que eran. Anne se quitó las enormes gafas de sol. —Mamá quiso parar de camino y al final no salimos de la calle. Nos hemos vuelto un poco locas —dijo dando sus bolsas a su doncella.

—¿Y de dónde habéis sacado el dinero? —preguntó su padre.

—Me he gastado todos mis ahorros. —Se encogió de hombros. —En realidad no sé para qué tengo que ahorrar cuando tengo un padre y un futuro marido rico. No es práctico. Como decís vosotros el dinero tiene que moverse.

Marilyn reprimió la risa y Tyger sonrió. —Nena si lo has hecho para demostrarme que sigues siendo una malcriada y así provocar una discusión para probar que no te quiero, no pierdas el tiempo.

Gruñó yendo hacia el camarote mientras oía las risas de los demás. —¡Listillo!

—¡Preciosa espero que te hayas comprado un traje de baño!

De repente regresó. —¿Y la reunión?

Su prometido sonrió malicioso. —Ha firmado, nena. Puede que ese deseo de que pida en la calle se cumpla muy pronto.

—Bien —dijo con ganas de sangre antes de irse.

Los Snow se miraron y Steven dijo —Parece que la niña está algo alterada.

Marilyn se apretó las manos. —Es culpa nuestra.

Su marido se adelantó en su asiento. —Explícate…

Frustrada se sentó en el tocador y al ver el estado de su rostro gimió. Estaba hecha un lío. Si un matrimonio como el de sus padres había terminado como había terminado, su relación con Tyger no tenía ninguna oportunidad. Pero se sentía tan bien a su lado, le necesitaba tanto… Sus ojos se llenaron de lágrimas porque le amaba por encima de todo y él decía que la quería, sí, pero ¿y si todo aquello no era real? ¿Y si después de que pasara un tiempo ese amor se desvanecía? Cuando decía que no se fiaba de él, era cierto. Algo en su interior le impedía aceptar que el hombre del que siempre había estado enamorada sintiera algo por ella. Puede que fueran las pullas de cuando era adolescente o todo lo que había ocurrido en el último año con el divorcio de sus padres, pero no se sentía segura. Y por nada del mundo quería sufrir más. Miró sus ojos azules en el espejo. Ya no podía con más.

—Nena… —Se sobresaltó volviéndose para encontrarse a Tyger observándola desde la puerta. —¿Qué ocurre, cielo?

—No lo sé. —Se echó a llorar tapándose el rostro y él se acercó de inmediato a agachándose ante ella para abrazarla. —Tendría que ser muy feliz, me estoy volviendo loca.

—Shusss. No digas eso. —La besó en la frente y acarició su cabello. —Estás confusa, eso es todo.

Se abrazó a él. —Yo te quiero.

—Lo sé, pero la discusión del avión te ha alterado.

Se le cortó el aliento y se apartó para mirarle a los ojos. Él sonrió irónico. —¿Creías que no me había dado cuenta? Te conozco muy bien. —Acarició su sien con el pulgar. —No somos como ellos. No tardarías ni un solo día en decirme a gritos lo que te disgusta. Y yo a ti tampoco, nena. Y mi ataque de cuernos del otro día demuestra que si estoy celoso te lo diría a las claras. Yo no me ando con rodeos, no te pondría un detective, te pediría explicaciones.

—Pero…

—Quieres tiempo para pensarlo. —Asustada por si se ofendía y se echaba atrás le abrazó. —¿Sabes? Estamos de vacaciones. Un tiempo para disfrutar juntos y conocernos mejor. Deja de pensar en ello y disfruta, cielo. Nada de hablar de boda, ni de divorcios, timadores, secuestros, ni la empresa… Hablaremos solo de nosotros.

Sonrió. —No podrás.

—¿Qué te apuestas?

Los ojos de Anne brillaron apartándose. —Cada día que durante estas vacaciones hables de lo que no debes, será un día más que estarás en dique seco.

Él rio por lo bajo. —¿Y si eres tú la que infringe las normas?

—Pide por esa boquita.

—Si a lo largo del día hablas de los temas tabú me harás un baile.

Se echó a reír. —Sabía que te había gustado. Pero no tengo barra.

—Te las apañarás.

—¿Y si los dos hablamos de alguno de esos temas?

—El primero que pierda paga. —Rio por lo bajo. —Me vas a hacer un montón de bailes. Intenta ser original, ¿quieres?

—¡Eh! ¡Qué soy una profesional!

Se la comió con los ojos. —Estoy deseando verlo.

—Las manos quietas, Cassady.

—Los besos están permitidos —susurró acercándose y dándole suaves besos por toda la cara. Anne suspiró de gusto.

—¡Chicos la cena ya está en la mesa! —gritó su madre.

Él rio por lo bajo apartándose y cogió su mano. —Esta noche cuenta.

—Pero si solo quedan unas horas —dijo aparentando indignación.

—Aprovecha el tiempo, nena.

A la mesa sentado uno frente al otro se miraban con malicia mientras los padres de Anne les observaban intentando incluirlos en la conversación. Steven suspiró. —Muy bien, ¿qué pasa? ¡No habéis abierto la boca en una hora!

—¿No habréis roto?

—No —contestaron los dos a la vez de manera rotunda.

—¿Entonces?

Anne carraspeó. —Cosas nuestras.

Steven miró hacia su vicepresidente. —Estoy esperando.

—Jefe, son asuntos de pareja —dijo antes de coger la copa de vino y darle un sorbo comiéndosela con los ojos.

—¿Nosotros éramos tan idiotas? —preguntó Steven exasperado.

—Mi madre decía que sí, cariño.

Bufó molesto. —Tyger, me ha llamado Donovan porque no te localizaba. El contrato de Tokio está listo. Te lo ha enviado por email.

Ella se adelantó esperando su respuesta y Tyger dijo —Nena, eran conversaciones entre nosotros.

—¿Entonces por qué llevas callado una hora? Ni hablar, no busques excusas. Además ellos siempre están presentes, esto es un barco.

Steven no entendía nada. —¿Se puede saber de qué habláis?

—Se lo tengo que decir.

Anne se encogió de hombros como si le diera igual. Tyger se removió incómodo en su silla. —Jefe, si quieres hablar de la empresa…

—¡Ja! —exclamó señalándole con el dedo—. ¡Has caído! —Tyger gruñó escuchándola reír. —¡He ganado!

—¡Anne! —Rio por lo bajo negando con la cabeza. —Eres una tramposa. Te he pedido permiso para decírselo.

—De eso nada. Has dicho tengo que decírselo. Yo no he dicho que te diera permiso. Has perdido. Una apuesta es una apuesta.

Su padre cada vez estaba más intrigado y Marilyn puso los ojos en blanco. —Cielo, han apostado que no hablarán de la empresa…

—Ni de divorcios, ni todo lo demás... —Soltó una risita. —Me has durado una hora. Pringado.

—¿Todo lo demás? —preguntó Steven.

Tyger se lo explicó con detalles y cuando lo comprendieron dijo —Con ella no puedo hablar de esas cosas para que se relaje un poco.

—Que buena idea, marido. Es como una cura. ¿Lo intentamos nosotros?

Steven la miró con horror. —¿Un mes sin hablar de la empresa?

—Cielo, si quieres hablar de la empresa te vas al despacho con Tyger. —Miró a su hija. —Estos no van a ver el sol en todo un mes.

—Ah, no —dijo Anne tajante advirtiendo a su hombre con la mirada.

—Una hora al día como mucho, nena. Te lo prometo.

—¿Ves, mamá? Una hora al día como mucho.

—Díselo a tu padre. —Todos miraron a Steven que no sabía qué hacer para no tener que comprometerse a la apuesta. —¿Cielo? Estamos esperando.

—Tienes que tentarle con algo que quiera mucho, Marilyn —dijo Tyger malicioso.

—¿Qué te ha ofrecido mi hija? —preguntó Steven mosqueado.

—¡Papá! Eso son cosas nuestras —dijo roja como un tomate.

—Cosas de sexo, cielo —dijo Marilyn —. ¿Y tú qué quieres?

—¿Qué quieres tú?

—Un masaje en los pies.

Anne se echó a reír a carcajadas por la cara de su padre. —¿De todo lo que puedes pedir, pides eso?

—Cielo, cuando me tocas los pies no respondo.

Dejó caer la mandíbula del asombro mientras su prometido reía a carcajadas por la cara de satisfacción de Steven. —Pues yo quiero que si transgredes las normas digamos… ¿quince veces? Te cases conmigo.

Marilyn se llevó la mano al pecho de la impresión y Anne se levantó asustada al igual que los demás. —Estoy bien. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Cielo…

—Una apuesta es una apuesta. ¿Sí o no?

—¡Sí!

Preocupada miró a Tyger que hizo un gesto con la cabeza para que lo dejara pasar. Él hablaría con su padre.

Después de hablar un rato en el salón, Anne no aguantaba más y decidió irse a la cama. Tumbada de costado abrazó la almohada cuando le escuchó llegar. —No hay baile, Cassady.

Escuchó como reía por lo bajo. —Como para bailes estás tú.

Bostezó. —Te voy a dejar con la boca abierta.

Apenas dos minutos después se tumbaba a su lado y Anne se volvió para mirarle a los ojos. —¿Quieres hablar de ello? —preguntó él en voz baja antes de acariciar su sien.

—Después de todo lo que ha pasado…

—Lo sé. Es muy pronto para tomar una decisión así, pero es cosa suya, nena. Y si les hace felices…

—Perdonar lo que hizo ella, lo que hizo él… Hacen como si no pasara nada. ¿Sabes las lágrimas que derramó mi madre?

—He leído tu diario, cielo. Sé lo mal que lo pasasteis. Y también sé lo mal que lo pasó Steven, por eso entiendo que se aferren a la posibilidad de volver a ser felices. Intentan olvidarlo, que quede atrás.

—Siempre he querido que estuvieran juntos de nuevo, pero cuando sucedió tuve miedo a que algo lo estropeara y que volvieran a empezar los problemas. Lo que pasó en el avión es buena prueba de ello.

—El pasado siempre va a estar ahí.

Anne levantó la vista hasta sus ojos y él suspiró. —No, nena. No sigas comparándonos porque no nos parecemos en nada. —Ella agachó la vista. —Eh…—Acarició su mejilla con ternura. —En esta vida hay que correr riesgos. Marilyn no sabe si va a funcionar como no lo sabe Steven, pero van a intentarlo. Son valientes por hacerlo y yo voy a apoyarles. Y sé que tú también porque les quieres con locura y lo único que deseas es que sean felices.

—Sí.

—Y yo quiero que tú seas feliz. Por eso me empeño en este matrimonio.

Sonrió sin poder evitarlo pegándose a él. —Así que me harás feliz.

—Uff, vas a serlo tanto que me vas a llamar a todas horas porque me echarás de menos cuando esté trabajando.

—¿No me digas? —Sintió la mano en su trasero. —Más arriba, Cassady.

—Eres tú la que te arrimas —dijo con voz ronca.

Movió la cadera sobre su miembro y se le cortó el aliento cuando le escuchó gemir. —Nena no llevas bragas debajo del camisón. Eso es una clara invitación —dijo subiendo su camisón para acariciar su nalga. Anne sin poder evitarlo acarició con su pierna su muslo hasta llegar a su cadera y rodearle.

Sintiendo que la sangre corría alocada por sus venas susurró —Has perdido la apuesta. —Cuando sintió su miembro entrando lentamente en su interior se le cortó el aliento.

Él sonrió malicioso. —¿Quieres que lo deje?

—¿Ahora? —Él asintió. —¿No querías hacerme feliz?

—Sí, nena… No hay nada en este mundo que desee más. —Entró en ella por completo y Anne gritó de placer abrazando su cintura. Él mirándola a los ojos salió lentamente de su cuerpo para regresar de inmediato. Fue tal el placer que la recorrió que tembló entre sus brazos antes de que repitiera el movimiento. Anne dejó de pensar y sintió como se deslizaba de nuevo por su interior. Cada fibra de su ser se tensó deseando recibirle y enterró la cara en su pecho. Tyger la invadió de nuevo con contundencia. —Joder, estás tan caliente que me abrasas. —La tumbó boca arriba y se apoyó en las palmas de sus manos para embestirla con fuerza. —¿Demasiado?

Aferrada a su cintura suplicó —No me dejes.

Mirándola apasionado la invadió de nuevo. Todo su cuerpo gritó deseando liberarse y sin darse cuenta Anne lloriqueó. —Sí nena, necesitas más. —Entró en su ser más rápido, más fuerte y Anne creyó que se partía en dos, pero cuando la llenó de nuevo todo a su alrededor dejó de importar porque conoció realmente la felicidad.

Tyger se dejó caer a su lado y cuando su respiración se normalizó, se apoyó en su codo para mirar su rostro que tenía una amplia sonrisa. —Joder, nena… Se te ha roto el labio.

Sorprendida abrió los ojos. —¿De veras? —Se llevó una mano allí para ver que era verdad. —Si no me has besado.

Él hizo una mueca. —Pero has gritado un poco.

Se puso como un tomate. —No fastidies.

Tyger se echó a reír. —¿A que ahora no te parecen tan bien las vacaciones con tus padres?

Gruñó, pero él se acercó y besó su labio inferior antes de pasar la lengua por él para borrar su sangre. —Deliciosa como toda tú.

Ella acarició su cabello negro. —Sí que me haces feliz.

La miró a los ojos. —Lo sé.

Se echó a reír y Tyger la abrazó a él. —Bueno, ¿y ahora qué vas a pedir si pierdo la apuesta diaria? Porque esto ya no hay quien lo pare, nena. Pienso hacerte el amor todas las noches.

Suspiró como si fuera un fastidio. —Si hablas de temas prohibidos durante quince días, le comprarás al señor Curtis la casa de los Hamptons.

—Nena, la casa de tus padres es enorme y es tuya para ir cuando quieras.

Hizo una mueca. —Es que…

—¿Qué? —preguntó él asombrado.

—Esa tiene cancha de tenis, la piscina es olímpica y vistas al mar desde todas las habitaciones. Un jardín mucho más pequeño, pero más bonito.

—¡Está dando la vuelta a la esquina! ¡Están pegadas!

—Pues eso. La esquina es lo que importa. ¿Sí o no?

Tyger sonrió. —¿Tanto la quieres?

—Es la casa más bonita de la zona. —Apoyó la cabeza sobre su hombro. —Siempre me ha encantado.

—Quince días, ¿eh? No creo que falle tanto.

—Oh, me van a sobrar días, te lo aseguro —dijo divertida.

—¿Y si no la vende?

Elevó la cabeza levantando una ceja. —Eres Tyger Cassady, no hay negocio que se te resista,

¿no?

—¿Sabes que eso de que quieras esa casa suena un poco a capricho? —dijo divertido.

—¡Oye, que si pierdo te habrás llevado unos cuantos bailes y mucho sexo!

Tyger se echó a reír. —Muy bien, buena negociación. Trato hecho.

Sonrió encantada. —No te será difícil comprarla, hace tres años que no van por allí. Me lo ha dicho la señora Parker. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, es el ama de llaves de la casa de tu padre allí. ¿La has llamado para preguntárselo?

—Bueno, hablo con ella de vez en cuando —dijo como si nada.

Tyger rio. —Nena, eres increíble.

—La quiero desde niña, era por si se la vendían a otros. Entonces ya no la soltarían.

—Si pierdo la apuesta será tuya, te lo aseguro.

Anne entrecerró los ojos. —Tenía que haberlo pensado antes, ya hubiera ganado un día.

—Si tus predicciones son correctas la conseguirás.

—Y a la señora Parker también —susurró—. Pero no se lo digas a papá.

Su prometido se partía de la risa y Anne sonrió. —Yo también te hago feliz.

—Mucho, nena. Nunca he sido tan feliz.

Emocionada susurró —Esto es como un sueño.

La abrazó a él. —Y no se acabará, te lo prometo.

Capítulo 14

Los siguientes días no pudieron ser más perfectos. Tomaron el sol, salieron en motos de agua, comieron exquisiteces y visitaron lugares realmente hermosos. Afortunadamente su cara volvía a la normalidad y los morados ya estaban amarillentos, así que podía cubrirlo con maquillaje y parecer casi normal.

Pasada la segunda semana estaba tumbada tomando el sol en cubierta cuando salió su padre frotándose las manos. —¡Casi está hecho! —dijo emocionado—. Acaba de meter la pata en el desayuno.

Sonrió divertida. —¿No me digas? Está siendo muy descuidada, ¿no?

—Sí —dijo encantado—. Eso es que quiere casarse. —Se sentó a su lado. —No hemos hablado de esto, pero ahora que estamos solos…

—Papá si sois felices así, por mí estupendo. —Le cogió la mano. —Lo único que no quiero es que sufráis más.

—Lo sé. Pero es la decisión correcta. Jamás debí desatenderla.

—Y ella debió hablarlo contigo.

—Eso también.

—Espero que no caigáis otra vez en el mismo error.

Su padre vio el miedo en sus ojos y apretó su mano. —Te juro que voy a poner todo de mi parte para que funcione.

Sonrió. —¿Palabra de Snow?

—Palabra de Snow. —Le guiñó un ojo. —¿Y cómo va lo tuyo?

—Oh, pues estoy a un día de conseguir la casa.

Steven se echó a reír. —Este chico… Será que quiere comprártela.

—Empiezo a pensar que sí —susurró haciéndole reír.

Tyger salió del salón con el teléfono en la mano y por su expresión se tensó. —Cielo, ¿qué ocurre?

Él hizo un gesto sin darle importancia. —Es un tema de la empresa, nena. No te preocupes.

Chilló de la alegría levantándose. —La conseguí. ¡La conseguí!

Tyger sonrió acercándose y le dio un suave beso en los labios. —Claro que sí. Felicidades.

Le abrazó por el cuello. —Te amo.

—Y yo a ti, preciosa. —La besó de nuevo y perdió la sonrisa mirando a su padre. —¿Me acompañas? Tenemos que hablar.

—Sí, claro —dijo Steven extrañado.

Anne perdió la sonrisa poco a poco porque Tyger estaba muy tenso aunque intentaba disimularlo y cuando se metieron en el salón cogió el pareo rodeando sus caderas con él. Al dar un par de pasos vio que Harry la observaba desde el puente de mando. Empezaba a incomodarla, era hora de hablar con su padre de ese tema. Atravesó el salón y bajó la escalerilla. La puerta del despacho de su padre estaba cerrada, pero se acercó. —¿Estás seguro?

—Me acaban de llamar —dijo Tyger furioso.

—Así que su padre las ha trasladado a Sudamérica. —Se le cortó el aliento. —Sabía que Broke la cubriría.

—El detective dice que contrató un avión privado hace dos días. En el registro de navegación dice que aterrizó en Caracas. Desde allí les ha perdido la pista.

—Joder. Y del padre de Cindy, ¿se sabe algo?

—Prepárate…

—Coño, ¿qué pasa?

—Se pegó un tiro hace una semana.

Anne se tapó la boca de la impresión. —¿Y me lo dices ahora?

—¡No quería que esto enturbiara las vacaciones, joder! ¡Pero lo de hoy tenía que decírtelo ya!

—¿Y eso por qué?

—El detective que sigue a Broke dice que se ha reunido con James.

—¿Qué? —preguntó su padre incrédulo—. ¿Para qué?

—Eso no lo sabe, pero llamó a James a su teléfono móvil. Como es el mismo detective que siguió a tu esposa en el pasado cuando se encontraron le reconoció enseguida.

—¿Qué estarán tramando?

—¡Vengarse, Steven! ¿Qué coño crees que pretenden? ¡Broke ha perdido a su hija por la denuncia de Anne y James ha perdido la empresa!

Impresionada pegó la oreja a la puerta, pero su padre no decía nada. Aquello no estaba pasando. ¿Por qué no les dejaban en paz de una maldita vez?

—En cuanto lleguemos a Nueva York quiero que hables con Derek de la seguridad de mi familia.

—Eso ya está hablado.

—¿Qué hacemos?

—Steven, ya sabes que yo no soy de quedarme con los brazos cruzados a esperar acontecimientos. Me voy a Nueva York.

—Joder, a Anne le va a sentar fatal.

—Si lo hago es por ella. No pienso dejar que nos sorprendan de nuevo. Intentaré regresar cuanto antes.

—¿Dirás que es un viaje de negocios?

—Exacto.

—Te cubriré.

Sin aguantar más abrió la puerta lentamente y se cruzó de brazos mirando a Tyger a los ojos. Este suspiró. —Nena… No deberías escuchar detrás de las puertas.

—Ese problema estará cuando regresemos.

—O será un problema todavía peor. No pienso arriesgarme. Debo ir e iré.

Levantó la barbilla.

—No me mires así, nena. Debo hacer lo que sea para proteger a mi familia y pienso hacerlo. Esos dos traman algo y tengo que descubrir qué es.

—¿Y si te hacen algo a ti? —preguntó con un nudo en la garganta—. Eres mi prometido. Haciéndote daño a ti nos dañan a todos.

—Derek se encargará de mi seguridad. —Se acercó a ella y acarició sus brazos. —Volveré en cuanto pueda. Eh… —Levantó su barbilla para que le mirara. —Te compensaré.

—No quiero que me compenses. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Tengo miedo por ti.

¿Y si te hacen algo?

—No me pasará nada. —La abrazó a él y tenso miró a su suegro. —Nos casaremos, tendremos un bebé precioso y pasaremos las vacaciones en la casa de tus sueños.

Sorbió por la nariz. —No me hecho la prueba.

—Nena, eso ya no hay quien lo pare. Otro Snow viene en camino.

Su padre gruñó. —Se apellidará Cassady.

Anne rio sin poder evitarlo y se apartó para mirarle. —Está pensando en cómo cambiarle el apellido, tienes que volver para impedirle que me convenza de ello.

—Estaré aquí antes de que te des cuenta. —Besó suavemente sus labios y apoyó su frente en la suya. —Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti. Te amo.

—Te amo, nena. Más que a nada.

Con un nudo en la garganta vio como salía del despacho. El sonido del helicóptero acercándose indicaba que había decidido irse en cuanto había recibido la llamada. Preocupada miró a su padre.

—Todo estará bien. Averiguará lo que quieren y lo arreglará, ya verás.

Eso esperaba, pero si esos dos se habían juntado no era para nada bueno y temía por él.

El viaje perdió su encanto porque todos estaban tensos por la situación y pendientes de los móviles por si él les llamaba. Pero solo lo hacía por la noche para desearle dulces sueños. Ella intentaba que le hablara de lo que pasaba, pero Tyger solo respondía que seguían investigando la relación entre ambos, sin dar detalles, lo que la frustraba y mucho.

Quedaban tres días para volver cuando se dio cuenta de que su padre estaba muy tenso. Casi no hablaba y no dejaba de mirar el móvil. —Papá, ¿ocurre algo? —preguntó en la comida.

Él sonrió. —No, nada. Es que han caído unas acciones y estoy esperando a que me las compren. Mañana subirán mucho.

—Uy, que masaje en los pies me vas a hacer hoy —dijo Marilyn divertida antes de meterse la langosta en la boca—. Mmm, está deliciosa.

Su padre charló sobre la comida intentando parecer relajado, pero a ella no se la daba. Preocupadísima se levantó y cogió su móvil de la tumbona para llamar a Tyger.

—Hija, todo está bien.

—Pasa algo, lo sé.

Por primera vez no cogió el teléfono y angustiada miró a su padre. —¡Cuéntamelo!

—Hija no te disgustes, no te conviene nada. —Marilyn se levantó preocupada. —Si tu padre dice que no pasa nada…

—James le reveló detalles importantes sobre nuestras vidas y Broke piensa poner una bomba en nuestra casa para cuando volvamos.

Asombradas miraron a Steven que apretó los labios antes de continuar diciendo —Se suponía que durante la noche pasada los sicarios contratados por Broke entrarían en nuestra casa. Un equipo especial estaba a la espera para detenerles con las manos en la masa.

Pálida dio un paso hacia su padre. —¿Cómo se enteraron de lo de la bomba?

—Ya conoces al chico no es de irse por las ramas. Se presentó en casa de James y lo zarandeó un poco para que le contara lo que sabía. Lo cantó todo. —Marilyn se llevó la mano a la boca de la impresión dejándose caer en la silla. —Lo siento, cielo. Le reveló la clave de nuestra alarma y

cuáles eran las costumbres del servicio. Contó todo lo que sabía de nosotros por una buena cantidad de dinero. Al enterarse de que Tyger llevaba un micro no tuvo más remedio que hacer un trato con la fiscalía a cambio de que grabara un siguiente encuentro que propiciaría él. Le diría a Broke que tenía una información muy valiosa que se había guardado. Le recalcó que era muy valiosa y que tuviera preparado un millón.

—¿Qué información? —preguntó Anne.

—Le mintió sobre la combinación de la caja fuerte. Le dijo que las joyas de la familia están allí.

—¿Mintió para que accediera al encuentro y le diera más dinero? —preguntó Marilyn asombrada.

—Sí, ese era el trato. La fiscalía exigía que hubiera otra transacción por información y en cuanto le pagó, le preguntó qué iba a hacer, dejando claro que no le molestaría nada que nos liquidara a todos. Fue cuando Broke le dijo que entonces sus planes le iban a encantar. Que se iba a librar de todos los Snow. En la grabación se escucha como dice que ha contratado a un tal Jeremías y que nos haría explotar por los aires, pero que antes se llevaría una fortuna.

—Es tan rastrero como su hija —dijo ella con desprecio.

—Dios mío… —dijo Marilyn asombrada—. ¿Cómo pudo James engañarme tanto?

—Mamá no te fustigues, quería tenerte contenta. Es un cerdo y un manipulador. —Miró a su padre fijamente. —Espero que no se vaya de rositas después de esto.

Steven sonrió. —Claro que no, hija. Nos presentaremos como acusación particular. Se le va a caer el pelo y aunque no podemos tirar abajo el trato que ha hecho con la fiscalía, en cuanto la opinión pública se ponga en contra de ellos encontrarán más mierda para hundirle. Empezando por un tema de impuestos que descubrimos cuando le investigamos. Se pasará muchos años en la cárcel.

—Todo esto es culpa mía —dijo su madre con la mirada perdida—. Todo lo que ha ocurrido desde el principio es culpa mía.

—Mamá…

Marilyn se echó a llorar y Steven se acercó a ella. —Cielo…

—No digas nada, por favor. —Salió corriendo.

Steven la siguió. —Marilyn, lo arreglaremos.

Anne se llevó las manos a la cabeza. Todo aquello era una mierda y rabiosa gritó tirando el teléfono contra la pared.

—Eso no ha sido muy inteligente.

Sorprendida se volvió para ver a Harry allí. Este se acercó al teléfono y lo cogió. —Increíble, no se ha roto.

Molesta porque les estuviera espiando en un momento tan íntimo se acercó a él y le arrebató el teléfono. —¿Estabas escuchando?

—Esto es un barco, no hay mucha intimidad. Iba por cubierta y…

—Ya, claro. Estoy empezando a pensar que eres un auténtico incordio porque siempre estás detrás de mí cuando menos me lo espero. ¡Eso por no mencionar que esas miraditas seductoras que me lanzas me ponen de los nervios! Así que te aconsejo que te dediques a tu trabajo si es que no quieres perderlo, claro.

—Encontraría otro chasqueando los dedos. —La miró de una manera que la puso muy nerviosa. —Pero no encontraría otra como tú.

—¿Qué? Deja de decir estupideces.

—¿Acaso no estoy a tu altura? —preguntó divertido.

—Oh, sí que lo estás, pero no estás a la altura de mi marido.

Rio por lo bajo. —Todavía no es tu marido.

—Como si lo fuera —dijo fríamente—. ¿Eres sordo o estúpido? No me interesas y si quieres permanecer en tu puesto te aconsejo que se te meta en la mollera.

Iba a pasar a su lado cuando la cogió por el brazo y antes de darse cuenta la estaba besando. Ella gimió intentando resistirse, pero era muy fuerte. Asustada sintió como la pegaba a la pared mientras la besaba desesperado sin darse cuenta de que ella no respondía. De repente salió despedido hacia atrás cayendo al suelo y resbalando sobre la cubierta hasta la tumbona. Atónita vio como Tyger vestido con un traje gris se acercaba y le cogía por la camiseta. —Te lo advertí, hijo de puta. —Le pegó un puñetazo que le rompió la nariz. —¡No vuelvas a acercarte a ella! —gritó antes de agarrarle por el cuello y lanzarle por la borda.

Con los ojos como platos miró hacia él que exasperado dijo —Nena, no puedo dejarte sola.

—¿Cómo has llegado? No he oído el helicóptero.

—Y él tampoco. Será porque he venido en lancha desde Dubrovnik. —Eso demostraba lo importante que era para él porque no había esperado ni que hubiera un helicóptero disponible con tal de llegar cuanto antes y en ese momento ya no tuvo ninguna duda de que ese era el hombre con el que quería compartir su vida. Sollozó corriendo hacia él y abrazándole con fuerza mientras la tripulación gritaba hombre al agua. La abrazó como si la necesitara. —¿Te ha hecho daño?

—No.

Gruñó apartándola para mirar bien su rostro —¿Seguro?

Sonrió. —Estás aquí.

—Siempre nena. —Besó suavemente sus labios como si los adorara. —Todo ha terminado. Ya están detenidos y no saldrán en muchos años.

—¿Y ellas?

—Broke llamó a su hija para vanagloriarse de lo que iba a hacer. Localizaron la llamada en Brasil. En este momento las están deteniendo. Nuestros abogados ya están con el tema de la extradición a los Estados Unidos. No quieren ningún cabo suelto

Cerró los ojos aliviada y se abrazó a él. —Por fin. En este momento daría lo que fuera por volver a ser la niña caprichosa de antes. —Le miró enamorada. —¿Me lo permitirías?

—Ni hablar.

En ese momento subió por la escalerilla Harry y Anne que era la que estaba más cerca de él le pegó una patada en la entrepierna tirándole al agua de nuevo. —¿Ves, nena? Ya no se puede volver a atrás. Ahora eres así y me encanta.

—Lo sé. —Le besó y Tyger la abrazó por la cintura elevándola y tomando el control del beso.

Steven salió en ese momento y confundido vio que la tripulación intentaba salvar al capitán. —Chico, ¿qué has hecho? ¿Qué te he dicho de controlar los celos? ¡Ya sé que se le van los ojos, pero tenemos que regresar a casa!

Ignorándole pasó ante Steven llevándose a su hija con él mientras la comía a besos. —¿Todo bien en Nueva York? Vale, ahora estás muy ocupado. —Carraspeó incómodo antes de mirar a la tripulación y gritar —¿Queréis sacarle de ahí? ¡Volvemos a casa! —Estiró el cuello para ver que su capitán se agarraba entre las piernas y entrecerró los ojos. —¿Qué has hecho, chico? Nada bueno, eso seguro para que mi yerno reaccione así. ¡Por cierto, en cuanto lleguemos a tierra estás despedido!

Tyger la metió en la habitación y cerró la puerta con el pie antes de dejarla sobre la cama. Comiéndosela con la mirada Tyger se quitó la chaqueta de mala manera. —Vamos nena, quítate el vestido. —Sonrió maliciosa llevando las manos al primer botón y cuando movió las caderas de un lado a otro Tyger dejó caer la chaqueta de la impresión. —¿Ahora?

—¿No quieres un baile especial? —Le guiñó el ojo. —Solo para ti.

La cogió por la cintura tirándola en la cama y haciéndola reír a carcajadas mientras se tumbaba sobre ella. —Otro día, nena…

La miró como si la viera por primera vez y a Anne se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¿Cómo he podido llegar a amarte tanto? —susurró.

Emocionada acarició su nuca. —Asusta, ¿verdad?

—Mucho. —Acarició su sien. —Temo perderte.

—Pues no temas porque te amaré siempre. —Besó sus labios. —Siempre.

Epílogo

Cerró la carpeta de la fundación y se levantó de su sillón saliendo al pasillo. El sonido del taladro la hizo sonreír y cuando llegó al último piso vio un osito de su hijo sobre el aparador. Lo cogió y fue hasta su habitación que en ese momento estaba vacía. Colocó bien la foto de su boda sonriendo al ver a su familia unida. Todos con una mano en su vientre mostraban los anillos de boda. Apartó la foto de Stevie para colocar uno de sus peluches sobre la estantería. Acarició su rostro pensando en lo rápido que estaba creciendo y sonrió porque su niño lleno de papilla estiraba los bracitos hacia la cámara.

—¡Señora, ya está listo!

Corrió fuera de la habitación del niño y entró en la suya donde el hijo de su asistenta había atornillado la barra al techo. Su marido iba a poner el grito en el cielo porque antes estaba en el gimnasio, pero realmente ahí era más práctica y esa noche se lo iba a demostrar. —Gracias John —dijo acercándose y tirando de ella con fuerza.

—De nada, señora. No se moverá, se lo garantizo.

—Se ve muy firme.

—Ya está todo listo para la cena, señora.

—Podéis iros.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Sharon se volvió cuando iba a salir. —Señora, se me olvidaba…

—¿Si?

—Su madre ha llamado para decir que el decorador de la casa de los Hamptons ha terminado.

La miró asombrada. —¿Y por qué no me ha llamado a mí?

—No lo sé.

Fue hasta su teléfono y gimió porque lo tenía sin batería. Fue a enchufarlo de inmediato. —Gracias Sharon.

—Hasta mañana.

Se mordió el labio inferior y cuando vio que tenía cuatro llamadas perdidas de su marido gimió sentándose en la cama. —Hola cielo, ¿algo va mal?

—No, me imaginaba que no lo oías o que te habías quedado sin batería —dijo divertido.

—Odio estos chismes. ¿Vas a tardar mucho?

—Nena, tengo una cena de negocios. Saldré tarde de la oficina e iré directamente.

Escuchó la voz de una mujer al fondo de la habitación y se tensó de inmediato. —¿Quién es esa?

—Penélope, la nueva directora de recursos humanos.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes.

—No contrates al detective todavía, cielo.

—¡Tú estás muy suelto últimamente! ¡Ya no me cumples! Donde está eso de estar en casa a

las cinco y nada de reuniones los fines de semana, ¿eh? —preguntó alterada antes de mirar la barra. Entrecerró los ojos—. O vienes a casa o te hago otro de esos videos que bajan acciones y lo subo a la red.

—¿Qué has dicho?

—Pensaba hacerte el baile solo a ti, pero si no tengo público… —dijo con mala leche y cuando su marido le colgó el teléfono jadeó antes de mirar la pantalla—. Uy, uy…

Se levantó quitándose el vestido de seda verde que llevaba y entró en el vestidor. —Este no me conoce. —Abrió el cajón y cogió un conjunto de lencería blanca que había comprado para su aniversario que sería en dos semanas. Se puso unas medias blancas por el muslo y unos buenos zapatos de tacón. La sencilla bata de seda blanca que usaba a menudo le valdría y se alborotó el pelo antes de entrar en el baño para pintarse los labios de rojo intenso. Al final se puso más rímel, más sombra de ojos y hasta se hizo la línea de encima del párpado. La verdad es que estaba para comérsela. Se echó perfume y cuando lo hizo se dio cuenta de que era una tontería. Se volvió diciendo —A ver cómo se pone lo del video en el móvil…

Estuvo un rato buscando la mejor posición del móvil para grabar y fue algo complicado porque al estar cargando, el cable no era muy largo. Cuando todo estuvo preparado, puso música. Respirando hondo dejó que la bata cayera por su hombro antes de entrar en la zona de encuadre y coger la barra para girar de manera sexy. La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y se soltó de la barra cayendo de culo. —¡Ay!

Su marido atónito miró hacia el móvil. —¡Te estabas grabando! ¿Es que no has aprendido nada del pasado?

—¡Sí! ¡A no quedarme de brazos cruzados mientras mi marido pasa de mí!

Él suspiró. —Nena, no paso de ti. Nada me gustaría más que estar contigo.

—¿De veras?

—Claro que sí. —Frunció el ceño. —¿Dónde está el niño?

—Con mi madre. —Se levantó poniendo los brazos en jarras. —Iba a ser una noche especial, ¿y sabes por qué?

Él entrecerró los ojos. —¿Es una pregunta con trampa?

—¡Tyger!

—Muy bien, capto la indirecta. Últimamente he estado algo distraído con el trabajo. —Ella se cruzó de brazos mientras él se quitaba el abrigo. —Nena, dame una pista. Nuestro aniversario no es, esa fecha es difícil de olvidar.

—Sigue pensando.

Él dio un paso hacia ella y Anne casi podía ver cómo le hervía el cerebro intentando dar con la respuesta. —El cumpleaños del niño es a finales de abril…

Dio dos golpecitos con el pie en el suelo y se dio por vencido. —Ni idea.

—Hoy hace quince años que nos conocimos.

Separó los labios como si le hubiera sorprendido. —Será una broma. —Cuando ella entrecerró los ojos dijo indignado —Nena, ¿cómo voy a acordarme de eso? ¡Acababa de salir de la carrera y estaba hasta arriba de trabajo porque iba a ser la mano derecha de tu padre! ¿Crees que me iba a acordar de una preciosidad de cabello por la cintura que llevaba una faldita roja demasiado corta para su edad?

Se le cortó el aliento. —¿Lo recuerdas?

Tyger sonrió. —Claro que me acuerdo, nena. Eras una niña preciosa y aunque estoy encantado con nuestro hijo, estoy deseando tener una así.

Cuando la cogió por la cintura y le dio un beso, ella soltó una risita dando un paso atrás. —Tendrás que esperar, mi amor… —Se apartó y cogió la barra. —¿Por qué no te sientas? Tengo algo especial para ti.

Comiéndosela con los ojos se aflojó la corbata y se sentó en la cama. —Estoy deseando verlo.

—¿Y la cena de negocios? —preguntó seductora.

—¿Qué cena? Siempre serás lo primero, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar
44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo
90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.
140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí
153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida
158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector
170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies
182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)
186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)
194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199- Un baile especial
200- Un baile especial 2

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.